

# LA RELACIÓN HURTADA

EN BUSCA DEL PADRE

FRANCISCO PEÑARRUBIA



LA RELACIÓN HURTADA  
En busca del padre

Francisco Peñarrubia  
LA RELACIÓN HURTADA  
En busca del padre



ARZALIA  
*ediciones*

## *La relación hurtada. En busca del padre*

© 2017, Francisco Peñarrubia  
© 2017, Arzalia Ediciones, S.L.  
Calle Zurbano, 85, 3º-1. 28003 Madrid

Diseño de cubierta: Rafael Ricoy  
Diseño interior y maquetación: Luis Brea Martínez

ISBN: 978-84-17241-14-8

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la editorial.

[www.arzalia.com](http://www.arzalia.com)

# Índice

[Aviso para caminantes](#)

[Dos puertas y un mito](#)

[PRIMERA PARTE. La relación hurtada](#)

[1. Diagnósticos](#)

[2. Telémaco vs. Edipo](#)

[3. Patrimonio](#)

[4. El sexo de papá](#)

[SEGUNDA PARTE. La búsqueda del encuentro](#)

[1. El amor venerativo](#)

[2. El mentor](#)

[3. Cantar al padre](#)

[4. Padres de cine](#)

[5. El padre encarnado](#)

[TERCERA PARTE. Matar o crear](#)

[1. El conflicto creativo](#)

[2. El daño paterno](#)

[3. El carácter del padre](#)

[4. Humor y tiempo](#)

[5. El horizonte de la fraternidad](#)

[Epílogo](#)

[Bibliografía comentada sobre el padre](#)

[Sobre el autor](#)

[Títulos publicados por ARZALIA](#)

«Una vida no es más que este aprender a hablar la propia palabra a través de la palabra de los demás».

MASSIMO RECALCANTI, *El complejo de Telémaco*

«La infancia es la protección materna, y toda escritura, en tal orden, inmortaliza a la madre. Pero, a la vez, el lenguaje, que es el lugar de la escritura, ineluctablemente impone un orden, y es la ley paterna.

Las palabras son de la tribu, de la clase social, del lugar, del momento histórico».

BLAS MATAMORO, *Novela familiar*

*A los Padres Paúles,  
que tan-bien me educaron.*

# Agradecimientos

*Al Boletín de Ex-alumnos* de la Escuela Madrileña de Terapia Gestalt, que fue la primera motivación para reflexionar sobre la relación paterno-filial.

A mi editor, Ricardo Artola, que me alentó a desarrollar y completar este material.

A todos los padres y a todos los hijos que se preguntan por este vínculo.

A Annie, siempre.

# Aviso para caminantes

No sé por qué te cuento todo esto. Hace pocos años, cuando mi hijo no había cumplido los tres, me dijiste que no recordabas nada de cuando yo era niño. Te pareció gracioso y te reíste. Yo me fui al cuarto de baño a llorar... Esa agresiva desmemoria tuya que te divierte tanto, padre, no sabes qué agujero es, qué pozo abre en mí. Tu olvido es un infierno, una nada que me abraza. Contra ese infierno yo jamás tendré palabras suficientes.

Jesús Aguado, *Carta al padre*

Este libro es una indagación sobre la relación padre-hijo que nació años después de haber fallecido mi padre. Su muerte, ocurrida en 2002, fue el verdadero desencadenante de esta búsqueda más poética que psicoterapéutica. Y digo esto, porque antes de cumplir los cuarenta había revisado en profundidad, a través de diversos métodos y terapeutas, la complicada relación con los padres, biográfica, psicoemocional y simbólicamente hablando. Además, después de haberlo sufrido y aprendido con Claudio Naranjo, estuve impartiendo varios años el método de Bob Hoffmann, centrado en la curación de las heridas infantiles causadas por los vínculos parentales. En equipo con Antonio Asín y Juanjo Albert hacíamos tres veces al año este trabajo profundamente sanador, ayudados por los colaboradores respectivos de Bilbao, Alicante y Madrid. Es imposible no trabajar sobre sí en talleres tan catárticos: siempre aparecían nuevas escenas olvidadas de la infancia, dolores ocultos, comprensiones nuevas, actualización del perdón y del vínculo amoroso... Sin contar con las veces que también he acompañado este proceso dentro de los cursos de SAT de C. Naranjo.

Quiero decir con esto que creo haber trabajado terapéuticamente la relación con mis padres desde muchos ángulos y a lo largo de mucho tiempo, lo cual me ha permitido vivir la última parte de sus vidas en paz, reconciliado y amoroso con ellos: lo tengo como un grandísimo regalo, por no decir una apabullante gracia.

La muerte de mi padre despertó al poco tiempo unos canales de sensibilidad literaria y poética que no reconocía desde la lejana adolescencia. El linaje de mi madre viene del comercio, el de mi padre de la agricultura: en ambos me reconozco nuclearmente, pero la orfandad paterna (ocho años anterior a la

materna) me devolvió la religación con la tierra de una manera tan sensorial y tangible como sutil y artística.

Él, con quien compartía nombre, Paco, murió en otoño, tiempo de vendimia en nuestra tierra. Lo visité una semana antes, con el pretexto de sacar vino de la bodega del pueblo de la que él era cooperativista (como casi todos los vecinos). Fue la última vez que lo vi vivo, y lo supe por la crisis de llanto que tuvimos al despedirnos. El otoño en La Mancha tiene un olor dulzón a mosto y un sonido permanente de avispas y moscas enloquecidas por la fermentación. La vendimia es la labor del campo que más he frecuentado (en mis años de estudiante, como parte de la cuadrilla que recolectaba los viñedos de la mía y otras familias) y que más satisfacciones me ha dado por lo dulce de la estación y la camaradería de la tarea colectiva. A todas estas connotaciones se ha añadido, desde entonces, el adiós a mi padre como parte esencial del otoño y su recolección, del tiempo de cosecha previo a la época alquímica de la fermentación donde la uva se transformará en vino en el silencio del invierno.

A los siete meses, en plena explosión de la primavera, tuve una experiencia mágica cuando una mañana salí al jardín de Piedralaves y sentí la presencia incontestable de mi padre en todas las plantas, árboles y arbustos que me rodeaban, y tuve la certeza gozosa de que él ya estaba «en el otro lado» y me acompañaría siempre desde allí, viniendo a «visitarme» cada primavera. Este ciclo de otoño a primavera, que es un mito eminentemente femenino, de la tierra como madre generatriz, para mí es una experiencia de muerte-renacimiento asociada, más allá de creencias y saberes, a mi padre.

Hasta donde llego, el gusto por la lectura y los libros me viene de él, que siempre tenía alguna novela de esas de kiosco entre las manos y, sobre todo, bajo su cabeza dormitando. Contaba las cosas con un sentido narrativo impecable, con sus pausas y sus crescendos, algo que reconozco en otras muchas personas de esa tierra, cuya escucha he disfrutado casi sensualmente.

También escribía unas cartas extraordinarias. Conservo algunas de la época en que estuve estudiando en el internado, por su belleza ortográfica y su contenido amoroso, profundo, de una intimidad insospechada entre nosotros, puesto que luego éramos más bien tímidos ambos y poco dados a demasiada cercanía en el cara a cara. Creo que por ahí se explica este «renacer» literario, aunque siempre he escrito y ya para entonces había publicado (entre otras cosas) mi libro-manual de terapia gestalt, para el que tuve otro padre auspiciador impagable, Claudio Naranjo. Pero lo que mi padre trajo tras su pérdida fue al poeta, cosa que le agradezco tanto como a mi madre el aprendizaje social, las habilidades para el

negocio y la interacción. Obviamente, parece que tengo las «funciones simbólicas» cambiadas, pero no tanto.

Volviendo al principio, inicié aquellas reflexiones desde otra perspectiva psicoterapéutica que no era la convencional, en buena parte porque hacía tiempo que había dejado de impartir terapia. Había sustituido la clínica por la didáctica y mi desempeño fundamental era la formación y supervisión de gestaltistas. Y en parte porque ya había excelentes textos<sup>[1]</sup> que abordaban el asunto desde la psicología (y la patología) y lo mío no iba a aportar nada nuevo.

Fue un pretexto para volver a la literatura, para releer aquellos libros que recordaba enfocados a la relación paterno-filial y para encontrar nuevos textos-joya que me fueron viniendo a las manos sin ningún esfuerzo, como suele ocurrir cuando uno está en la actitud propicia. El material creció tanto que ha dado lugar a este libro. Los buenos escritores son realmente maestros-guías, y a ellos me he entregado confiando en su arte y en su conocimiento para componer estas reflexiones como si fueran comentarios de texto.

Tengo la misma querencia hacia los narradores que hacia los pensadores, pero creo que los novelistas y los poetas suelen llegar más lejos que los ensayistas e incluso los filósofos. No se me olvida el consejo de uno de mis primeros profesores de psicopatología, que nos recomendó leer a Dostoievski antes de abordar el *DSM (Manual de Diagnóstico)*, lo cual abunda en una de mis convicciones actuales más arraigadas: que la psicoterapia se está convirtiendo en el último reducto de las Humanidades, perseguidas con saña insensata en los nuevos planes de estudio. Espero que este libro remedie en lo posible el desencuentro entre las Humanidades y el autoconocimiento, que siempre fueron juntos y a veces se consideraron sinónimos.

---

[1] El último, *Ser padre hoy*, de Albert Rams. Plataforma editorial. Barcelona, 2016.

# Dos puertas y un mito

Mi padre solo se acordaba de mí para olvidarme mejor. Sus olvidos eran memorables. Como aquella vez en la playa. O en el aeropuerto. O el día de mi boda. Desmemoria creativa, amorosa, liberadora. Qué habría sido de mí sin sus olvidos.

Jesús Aguado, *Carta al padre*

Los devotos de la «primera frase» o *incipit* (entre los que me cuento) no olvidan el arranque evangélico de San Juan: «En el principio era el verbo», que resuena con la idea compartida de que «el origen es el padre», semilla original, lo que estuvo allí y entonces, la palabra-logos fundacional. Cualquier indagación hacia «allí», hacia el padre, necesita de la memoria para remontar a ese origen. Y ya sabemos que la memoria es frágil y acomodaticia: acaba haciendo literatura, combinando elementos para hacerlos comprensibles, para dar una lógica a aquello azaroso que el narrador necesita ordenar «como si tuviera un sentido». Un planteamiento-nudo-desenlace que cuente algo, que descubra ese algo y lo eleve a la categoría del conocimiento y de la comprensión. Cervantes, en otro inicio canónico, hace un guiño a esa memoria selectiva que no quiere «ni acordarse de ese lugar de La Mancha», que inaugura el territorio de la novela moderna. Se recuerda lo que se quiere, o lo que se puede. El resto desaparece en la niebla de lo que nunca será narrado, de lo que no llegará a ser palabra y conciencia. No habrá «verbo». No habrá padre<sup>[2]</sup>.

La figura del padre tiene algo de desconocido, ausente, inexistente incluso, lo que complica poner palabras a esa relación. Sobre la relación con la madre se ha hablado mucho más. En realidad, la psicoterapia parte de (y se centra en) este vínculo primario y fundamental, porque ilumina la protohistoria de cada ser y define la biografía de todos nosotros. La relación con la madre existe, es «real» (incluso en nuestra cultura puede «sobrar» madre), pero no así la relación con el padre. Su figura suele ser un hueco, el perfil de un vacío donde anclar fantasmas e ilusiones.

Para crecer, cada varón se pelea con su madre interna, tantea y sufre la ambivalencia de tener que separarse de ella (para hacerse un hombre) y negar el

dolor del niño que no quiere despedirse de ese calor. Para esta batalla necesita aliados, pero ¿dónde encontrarlos? El padre suele ser el ausente, así que hay que inventarse modelos, más soñados que reales, buscar identidades orientadoras, espejos que salven de la angustia de averiguar qué es eso de ser hombre: ¿es un rol, una estrategia, una verdad o un fraude? Para este ámbito de búsqueda casi a ciegas, quiero acotar los límites de la travesía con otros dos «primeros párrafos», en este caso dos de los más felices y famosos arranques de la literatura hispana, que nos sirvan de pórtico. El primero encabeza la inmortal narración de Juan Rulfo, *Pedro Páramo*, que nos introduce en Comala (otro territorio de la memoria) y que ilustra la primera parte de este texto: la búsqueda del padre fantasma.

Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo.

Así comienza el fascinante relato del mexicano Rulfo. Así podría igualmente iniciar todo hijo la búsqueda de ese «tal padre», una sombra difusa que alimenta el secreto anhelo de encontrar tras ella a un ser humano al que reconocer y en quien reconocerse.

Pero ¿dónde está esa Comala particular, por dónde empezar la búsqueda?, ¿por la memoria básica (y selectiva)?, ¿por los agujeros negros del corazón donde se sedimentan el dolor y el resentimiento?, ¿por los valores y creencias recibidos inconscientemente por vía parental que pretenden explicar la sustancia de la vida e incluso del más allá de la vida, aunque a veces atufen a engaño y palabrería?

El otro comienzo ya clásico de las letras hispanas se lo debemos a Gabriel García Márquez. Así arrancan sus *Cien años de soledad*:

Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre le llevó a conocer el hielo.

El recuerdo luminoso que se impone frente a la muerte no es tanto el deslumbramiento del hielo (esa asombrosa transformación mágica del agua, esa joya efímera que imita a la vida en su dureza y en su evanescencia), sino, quiero creer, la presencia del padre iniciador que acompaña el descubrimiento, que lo provoca y sostiene porque «sabe» con antelación el efecto que va a surtir en el hijo. Tan poderosa es esta experiencia, que puede ser ahora evocada, frente a los fusiles, como la única compañía imprescindible para el viaje desconocido que se avecina. No es una invocación a la madre, tan espontánea ante cualquier situación de daño o peligro (¿quién no ha gritado o susurrado «¡Ay, madre mía!»

ante la desgracia?), sino una invocación al guía ante el enigma, un remitirse al eje frente a la nada.

Entre estos dos escenarios literarios, la Comala fantasmal de Rulfo y el Macondo mágico de García Márquez, tenemos la perspectiva total del paisaje a recorrer en este autoconocimiento que todo varón emprende a través de su padre o de las figuras que actuaron como tal o de los huecos y vacíos que nadie ocupó y que siguen aspirando a completarse.

Volvamos a la Biblia. Dejamos aparte al padre original, Adán, de quien nos separa un detalle definitivo, el ombligo, lo que imposibilita cualquier identificación: él fue creado directamente por Dios, el resto venimos unidos a ese cordón umbilical cuya cicatriz, el ombligo, nos recuerda permanentemente el vínculo original con la madre. Pero el mito bíblico de referencia es la historia de Abraham, que brilla como el padre fundamental compartido por las tres religiones monoteístas. Según el relato del Génesis, se trata de un padre tardío, aunque se haya asegurado la descendencia por una vía, digamos, alternativa (fecundando a una esclava), al que Dios dará un hijo, Isaac, para pretender quitárselo más adelante pidiéndole que lo sacrifique en el altar, como cualquier otro animal, en honor al padre eterno celestial. En el momento del sacrificio-asesinato un ángel parará la mano al padre, sustituyendo al hijo-víctima por un carnero, este sí finalmente inmolado. Tenemos entonces a Abraham, el hombre destinado a ser padre de todo un pueblo, al que sin embargo la naturaleza no ha dotado de descendencia. Su esposa legítima, Sara, era estéril, y solo podría concebir gracias a un milagro divino que trascendiera los límites del cuerpo y de la edad. Este milagro, como tantos que pueblan los mitos y leyendas, exige del lector superar los límites de la lógica. El milagroso embarazo de Sara remarca que su hijo no procede de la mecánica de la carne, sino de la intervención divina, la cual santifica el «apellido». Este padre anciano, asombrado receptor de la gracia de los cielos, deberá superar ahora una prueba más que heroica al tener que renunciar al hijo por orden divina.

Para nuestra mentalidad laica, donde no se concibe ningún compromiso por encima del vínculo amoroso básico, es inaceptable la actitud de este padre: ¿lo mueve una fe irracional y una entrega a la voluntad del «padre eterno» por encima del instinto natural, del corazón humano, incluso de los límites del ego?, ¿o suena más bien a servilismo, a desconexión de sí en aras del deber, como tantos padres que renuncian a la familia por la empresa, por las exigencias del

jefe, por las imposiciones del padre-patrón que antepone el negocio familiar a la vida propia de sus vástagos?

Si nos ponemos del lado del padre, acabaremos entendiendo que su conducta solo puede explicarse como una prueba del espíritu. Si nos ponemos del lado del hijo, su actitud se nos hace aun más grandiosa a la vez que difícil de entender. La reflexión del hijo podría ser: «Si quien me engendró, me cuidó y me protegió de peligros, si quien me ama como una extensión de sí (su futuro, su proyección) no me defiende de cualquier otra instancia por más que la considere superior, es un fanático y un desnaturalizado: no merece mi respeto y puedo legítimamente rebelarme a sus designios»; esta sería la conclusión lógica de nuestro tiempo, incluso la salida sana, según algunas psicoterapias modernas: «libérate de un padre inmaduro, posesivo, fanático, egocéntrico, etc., y sálvate tú».

Pero Isaac acepta humildemente la voluntad paterna y se entrega a ella sin resistencia, como podríamos criticar de cualquier hijo sumiso, acomodaticio, sin demasiada autoestima o simplemente sin conciencia de sí: un desconectado, un confluyente, un títere de papá o de la cultura familiar, a la que entrega su vida como tributo.

En ninguna representación artística del mito (y mira que se ha pintado y esculpido a lo largo de la historia) he visto un Isaac peleando con la situación, intentando escapar, defendiéndose de una muerte absurda, sino, como mucho, apenado por su destino o con el desconcierto lógico del inocente; pero prima la aceptación de lo que está más allá de la lógica: un acto de fe por lo menos tan sólido como el de Abraham (y más generoso porque se trata de su propia vida), como una equivalencia del vínculo que el padre tiene con Dios y que el hijo reproduce con su padre (su dios).

Esta escena paradójica rompe nuestros esquemas de pensamiento habituales y nos abre a otro espacio: algo tenemos que aprender de esa lección para que no se quede en una historia perversa o en una moraleja obvia (la del padre que debe renunciar a la posesión del hijo como ley de vida).

A lo que creo que se refiere es a vislumbrar otro padre más allá del biológico y protector, una autoridad aparentemente arbitraria pero que se rige por principios más grandes y por tanto incomprensibles para la mente pequeña: es el descubrimiento de eso que C. Naranjo llama el «amor venerativo» como esencia del amor al padre, la comprensión de un saber que detenta el adulto y que transmite (a veces por la vía más dolorosa) al joven inmaduro, el cual, a partir de abrirse a esta comprensión, empieza a su vez a madurar, a respetar lo que no entiende pero asume por confianza en la autoridad; aprender a confiar es un

proceso complejo psicoemocionalmente, un viaje de fuera a adentro, como si el hijo dijera en un hipotético monólogo de conciencia: «el poder que te doy y la autoridad que te atribuyo (fuera) es el poder que tendré que reconocerme y recuperar (dentro) en otro momento. Respeto tu autoridad porque eres mi padre; me respeto, me doy autoridad, porque soy tu hijo».

Siempre volvemos a este juego gestáltico de espejos donde no hay «yo» sin «tú», donde no existo hasta que te miro y me veo reflejado en tus ojos.

Para una comprensión más profunda y trascendental del mito, «remito» a Claudio Naranjo<sup>[3]</sup>, que traduce los símbolos esenciales de este relato: la generatividad (concepto de Erick Erickson que ilustra un aspecto esencial de la paternidad: el interés adulto por guiar y ayudar a los jóvenes) ilustrada a través del hombre sin descendencia, al que Dios promete un largo linaje. Y este pacto fundacional se sella en el mismo lugar del sacrificio interrumpido de Isaac: allí será construido tiempo después el templo de Salomón en Jerusalén, núcleo simbólico del pueblo judío, y su referente a través de todas las desgracias sufridas históricamente.

Es también símbolo del autosacrificio, ya que «Isaac representa algo así como el fruto interior de Abraham y su muerte es una especie de “renuncia” al propio desarrollo espiritual, comparable a la renuncia de un bodhisattva a alcanzar la budeidad». Del mismo modo, la supervivencia del hijo es como un renacimiento del padre, «un nacimiento en el mundo interior del individuo que hasta ahora hemos conocido como Abraham».

Y por último, la historia de Abraham e Isaac es uno de los símbolos más poderosos de la fe, del contacto con lo divino, que puede hacer parecer ciertas actitudes como absurdas, inmorales y locas para la racionalidad «higiénica» de nuestro tiempo; «la fe de Abraham es la de quien sabe escuchar y obedecer una voluntad cósmica» (Naranjo).

Para la ensayista Cynthia Ozick, este relato inaugura la metáfora, porque «la metáfora es el heraldo de la piedad humana, y la piedad encuentra su figura inicial en la sustitución del sacrificio humano por el de un animal en el episodio bíblico de Abraham e Isaac»<sup>[4]</sup>. Por si fuera poco, además de ser el mito básico del padre y el tronco común de judaísmo, cristianismo e islamismo, este relato parece ser también la invención literaria por excelencia.

Kierkegaard también utiliza la historia de Abraham para ilustrar el tercero de los tres estadios de la progresión existencial. Estos tres estadios: estético, ético y

religioso, le dieron sentido a su proceso vital, «explicaron» su existencia. Para Sören Kierkegaard, el primer estadio, llamado estético, corresponde en su biografía al joven disoluto que dilapidó su herencia y su vida en placeres y diversiones. El vacío existencial consecuente lo llevó al segundo estadio, el ético, lo que supuso abandonar sus hábitos de dispendio para centrarse en el estudio de la teología. Es un claro homenaje al padre tras su fallecimiento, y merece una explicación.

Michael, el padre del filósofo, pastor de cabras en su infancia, se reveló contra la dureza de su vida y en un momento de angustia levantó el puño al cielo y maldijo a Dios. Con los años se convirtió en un rico comerciante y tuvo siete hijos (el primero, ilegítimo con la criada. En seguida enviudó y se desposó con esta mujer), el último de los cuales fue Sören, nacido en Copenhague en 1813. El padre dedicó su madurez y su capital al enriquecimiento espiritual, estudiando alemán, filosofía... pero nada de eso, como tampoco anteriormente su prosperidad económica y su fecundidad, pudo contrarrestar su culpa por aquella rebeldía de juventud, por la ofensa a Dios y por la transgresión del adulterio.

Cada hijo fue recibido como un regalo inmerecido que un día le sería sustraído, y en parte se cumplió su temor: las muertes se suceden en la casa hasta quedar solo el padre, el hijo mayor (clérigo) y Sören, el benjamín enclenque. La paranoia del padre, su culpa sexual y su angustia patológica se volcarán sobre el hijo débil y enfermizo también en peligro de muerte, inculcándole una fe inmovible en la existencia de un Dios severo y vengativo.

La juventud reactiva del Kierkegaard estudiante explica ese primer estadio estético al que hemos aludido y que retrata el dramático vínculo con su padre (y con Dios).

A la muerte del progenitor, abandona su vida disipada y se entrega en cuerpo y alma a la teología. Ingresar en el «estadio ético». En *Temor y temblor* ilustra este segundo estadio «ético» con otro sacrificio: el de Agamenon a su hija Ifigenia. El padre la sacrifica para aplacar a los dioses y salvar de sus iras al pueblo. Actúa como un ciudadano comprometido con lo social, con el grupo. El sacrificio tiene por eso un sentido «ético». Pero el siguiente estadio, el «religioso», no tiene sentido social, es eminentemente personal y subjetivo. El sacrificio de Isaac es absurdo y solo se explica por la fe. Con él intenta justificar Kierkegaard su renuncia a la mujer amada, Regina, que fue el gran amor de su vida (lo esperó hasta el último momento antes de casarse con otro y abandonar Dinamarca), aunque señala más bien la ambivalencia del filósofo, su miedo al compromiso con la mujer, la culpa sexual heredada y el mandato paterno de no

apartarse del camino de Dios. Todo ello hará imposible la relación.

Su «sacrificio» restaurará la transgresión del padre, con el que se ha identificado haciendo propio el pecado y el destino ajenos: el hijo ha sido derrotado por la neurosis del padre. El padre condena al hijo a la soledad, al celibato y a la melancolía. En esta soledad solo pueden acompañarlo Dios y el absurdo. Dice Liberman:

El pensamiento religioso es claramente un mecanismo de desplazamiento ante su incapacidad de comprometerse con el amor a una mujer porque su padre, a través de tácitos mandatos de pesadumbre, se lo había prohibido[5].

Así es desde un punto de vista psicoanalítico, pero la versión que Kierkegaard hace de este estadio religioso es más irracional o, dicho de otro modo, basada en la creencia de Dios, en la fe hacia un padre al que no se cuestiona sino que se obedece:

La vida es el mayor bien que un hombre debe a otro. Es una deuda incalculable. Por eso me parece muy razonable lo que dice Cicerón cuando afirma que un hijo nunca tiene razón contra su padre... la piedad filial me enseña a renunciar a cualquier forma de penetrar en los secretos de un padre, prefiriendo que se los guarde ocultos para sí, y que se los lleve a la tumba. (*In vino veritas*).

Una ceguera interesada, puesto que al no «investigar» al padre, se protege de descifrar sus propias sombras. El relato de Abraham e Isaac cumple una doble función sublimadora: conciliar el mandato paterno y asumirse como hombre de fe, como caballero de la renuncia:

En este mundo del espíritu se puede afirmar con toda verdad que solamente el angustiado alcanza el reposo, solamente el que desciende a los infiernos salva a la mujer amada y solamente el que coge el cuchillo recupera a Isaac. (*Temor y temblor*).

Como vamos viendo, el mito bíblico de Abraham es una de las versiones más complejas y profundas del padre. Combina al aspecto más humano (ya que muestra a un Abraham ambicioso, estratega, compasivo, hospitalario e incluso mentiroso) con el más trascendente; confronta la razón y la fe, la decisión humana (discute con Dios como un igual, le «regatea» incluso el número de supervivientes de Sodoma) y la entrega a lo que está por encima de lo humano. Nos choca su apuesta por el deber en lugar del querer, sobre todo en nuestro tiempo, donde aquellos que invocan la fe como pretexto suelen ser fanáticos, terroristas o dictadores (por eso se acepta mejor una espiritualidad atea: budismo, taoísmo, yoga... según remarca C. Naranjo). Y a la vez ilumina el

ángulo borroso o borrado de nuestra contemporaneidad: el respeto al principio masculino adulto, maduro y sagrado. Por eso he querido traerlo al centro y a la base de estas reflexiones, que cierro con la famosa cita del filósofo danés acerca de Abraham:

Todos perduraremos en el recuerdo, pero cada uno será grande en relación a aquello con lo que batalló. Y aquel que batalló con el mundo fue grande porque venció al mundo, y el que batalló consigo mismo fue grande porque se venció a sí mismo, pero quien batalló con Dios fue el más grande de todos.

A partir de aquí, la indagación del vínculo padre-hijo que propongo se extiende en dos direcciones que van desde el centro a la periferia. Por la izquierda, tenemos la vía del anhelo generado por la ausencia, la persecución del padre fantasma que ilustraban las palabras de Rulfo. Por la derecha, la vía de la reconstrucción de ese referente paterno que nos guía internamente como varones, según las palabras de García Márquez. Por ambas puertas cruzaremos alternativamente, volveremos para desandar y para reanudar el camino, apoyándonos en los narradores que tan buenas pistas nos dieron sobre la travesía.

---

[2] Estos juegos de palabras me llevan a resonancias lacanianas, aunque siempre tuve la sensación de no entender a Lacan (deben de ser resistencias intelectuales, lo asumo). Incluso un prestigioso lacaniano, Nestor Braunstein, con quien coincidí en un congreso (Colombia, 1987) y nos hicimos inseparables durante esos días, intentó acercarme a su figura. Braunstein venía de México a presentar su libro *Psiquiatría, teoría del sujeto, psicoanálisis* (Siglo XXI- México, 1985) y me estuvo contando cosas de Lacan insospechadas para mí hasta entonces: era tan políticamente incorrecto como Perls, si no más, lo cual me lo hizo realmente más simpático. Pero en lo teórico no fui un buen receptor: Braunstein y yo acabábamos siempre hablando de arte, de política, de cine especialmente. Era un excelente conversador y nos unía la devoción por el director italiano Roberto Rosellini. Años más tarde volví a hablar con Braunstein en México, donde recomendó generosamente a algunos de sus alumnos asistir a un taller de creatividad que yo impartía en Cuernavaca.

[3] Naranjo, C., *El viaje interior en los clásicos de Oriente*. La Llave. Barcelona, 2013.

[4] Ozick, C., *Metáfora y memoria. Ensayos reunidos*. Mardulce, Buenos Aires, 2016.

[5] Liberman, A., *La nostalgia del padre. Un ensayo sobre el derrumbe de la certeza paterna*. Temas de Hoy. Madrid, 1994.

## PRIMERA PARTE

# La relación hurtada

«La figura paterna tiene cualidades legendarias. Los padres mitológicos vivían en los cielos o en las cimas de los montes y dominaban a sus descendientes y afines desde las alturas y la distancia. A pesar de su omnipotencia, estas deidades supremas sabían que su ineludible destino era ser derrocadas por un hijo. Esta fatídica suerte explica la suspicacia, la hostilidad y la ambivalencia habituales que los dioses sentían hacia sus hijos varones...

Todos los padres se parecen. Todos son grandes de tamaño. Todos presumen ante el hijo de alguna virtud masculina. Todos imponen una tradición de mandamientos, de ritos y de prioridades. Todos se distinguen por sus conversaciones breves y entrecortadas en las que no se dice nada —porque los hombres nunca se dicen nada, especialmente cuando se quieren decir muchas cosas—. Todos, en fin, son, sin saberlo, el objeto de una obsesión conflictiva e irresistible en el hijo que a menudo dura toda la vida...

Para estos hijos, la memoria del padre siempre es un momento de vacío, de soledad, de añoranza y de silencio, un enorme agujero en el que se busca intensamente a alguien que, por estar ausente, “está presente”...

Incluso entre familias intactas y bien avenidas, son demasiados los padres que, como cumpliendo con alguna oscura ley de la vida, se ausentan antes de que los hijos hayan podido hacer las paces, reconciliarse con ellos... Los hijos, más que las hijas, necesitan al padre para formar su “yo”, para consolidar su identidad, para desarrollar sus ideales, sus aspiraciones, para modular la intensidad de sus instintos y de sus impulsos agresivos. De hecho, muchos de los males psicosociales que en estos tiempos difíciles afligen a tantos jóvenes —la desmoralización, la desidia, la desesperanza hacia el futuro o la violencia nihilista— tienen un denominador común: la escasez de padre».

Luis Rojas Marcos<sup>[6]</sup>

---

[6] Rojas Marcos, L., «El hambre de padre». *El País*- 26 Abril- 1993.

## Diagnósticos

Mi padre era explorador. Ninguna geografía, por remota que fuera, se le resistía. Ninguna excepto yo.

Jesús Aguado, *Carta al padre*

Muchas y buenas mentes se han ocupado de diagnosticar la quiebra de la figura del padre en nuestra cultura. Aparte la cita anterior de Rojas Marcos, traigo aquí otras palabras, en este caso de Fernando Colina:

Freud nos describió un padre kafkiano, una suerte de caudillo convencido de su jurisdicción, que ahora nos parece algo ridículo patológicamente generador de rebeldes rencorosos e insatisfechos, de antihéroes y de obsesivos. Pero mientras nos recuperamos de esa ausencia y de esa falsa imagen, el «otro» padre se nos muestra excesivamente frágil por varias razones: por cedernos a un mundo sin autoridad, por convertirse en cómplice indulgente del pavoneo y la seducción materna, por permanecer pasivamente como observador desengañado y vago en un mundo que en realidad le enflaquece desde que engendra un descendiente... La existencia del padre bueno, tolerante, idealista, animado, y sin embargo insuficiente, es el rasgo definitivo de una época que aún no sabe bien con quién se ha de enfrentar.<sup>[7]</sup>

La figura del padre parece tener más presencia en lo simbólico que en la realidad. La cultura patriarcal transmite una figura idealizada del padre todopoderoso, autoridad suprema (y temible) que sobrevive como concepto y que han sufrido más frecuentemente las generaciones anteriores. Algunos testimonios de hijos de la posguerra española<sup>[8]</sup> transmiten esa experiencia de padres autoritarios y/ o simples portadores de la paternidad como estatus o como símbolo:

Nuestro padre tenía una presencia un tanto simbólica (a la vez que una auténtica omnipresencia), pero estaba gran parte del día en el despacho trabajando, y por las noches tenía también su mundo, incluso espacialmente (sus habitaciones)... Era bastante cariñoso con sus hijas, pero nada efusivo con sus hijos.

Eugenio Trías.

Mi hermana y yo comentamos que no hemos tenido un padre, en todo caso un sargento, un

representante del verdadero padre, que ha estado allí ejerciendo de capataz, pero no un padre, todo lo contrario, era un enemigo terrible... En las fiestas familiares, en casa de la abuela Azúa, era una persona amena, divertida; fuera de casa cambiaba completamente... Nunca he odiado tanto a alguien.

Félix de Azúa.

Cuando era niño mi padre me daba la impresión de abulia, se pasaba horas sentado en su sillón; con mi madre salía poco, creo que no la hizo feliz. Era un hombre muy correcto, muy cordial, muy buena persona, como me lo ha corroborado mucha gente de manera espontánea tras su muerte.

Eduardo Mendoza.

Yo diría que era un cobarde, un personaje histriónico y salvaje, alguien incapaz de asumirse, un pobre diablo acomplejado ante lo que significa la relación hombre-mujer. Vivía en un universo imaginario, la afirmación de un narcisismo sin espejo alguno; él se consideraba un personaje importante y grande. Un paranoico. Por ejemplo: llegaba a casa, se cabreaba, la pagaba con cualquiera y decía: «Yo, que vengo preocupado de la oficina y en vez de...». Y no tenía oficina ni nada, venía de la taberna.

Víctor Gómez Pin.

Mis padres se llevaban veinte años. Cuando yo nací mi padre se acercaba a los cincuenta. Digo esto porque yo he visto siempre a mi padre muy mayor, es decir, no he visto a un padre joven, competitivo con el hijo, sino que mi padre se aproximaba un poco al abuelo. Nos dedicaba bastante tiempo, estaba presente, pero como suelen estar los abuelos, con la bufanda, etc. Tampoco le gustaban nada las broncas ni las riñas, todo eso lo dejaba para mi madre.

Fernando Savater.

Lo que tienen en común las opiniones de este grupo de intelectuales españoles que crecieron tras la guerra civil es la percepción de un padre irreal, un rol más que una persona, sea su actitud grotescamente autoritaria o convencional o simbólica. Si está, es más como concepto («lo patriarcal», aunque sea en caricatura) que como ser humano. O sobra por un lado o escasea por el otro: en realidad, no «es» en ninguno, no existe como figura adulta de referencia, confundido entre estos extremos irreconciliables de grandiosidad o de mediocridad. El perfil mediocre pervive en nuestros tiempos, mientras que el grandioso ha ido desapareciendo.

Si alguna mística del gran padre sobrevive hoy en día, habría que buscarla en la exaltación de la fuerza masculina (el superhéroe) o en su contrapeso: el poder del mal, el supervillano que envilece el conocimiento, como una especie de perversión del sabio. También puede considerarse otro resto patriarcal el endiosamiento de la tecnología: lo que antes correspondía a Dios como idealización de la totalidad (recordemos: omnipotencia, omnisciencia, omnipresencia... todo lo opuesto a los límites humanos), hoy se proyecta en la tecnología como fe.

Por eso la tecnología tiene más autoridad que el padre, dice Jordi Soler:

En siglos precedentes el padre era la autoridad, el que indicaba el camino, el que daba consejos sobre la relación con los amigos o con las novias, el que enseñaba a lustrar los zapatos y a reparar la bicicleta, era el que sabía todas esas cosas que hoy los jóvenes aprenden por internet. Hace unos días tenía que ponerme una corbata y cuando estaba ante el espejo echando de menos a mi padre... apareció mi hija con la tableta en la que había seleccionado un tutorial de youtube que enseñaba, mejor que un padre, a hacer un impecable nudo inglés... Me hizo pensar en todo el terreno que hemos perdido los padres en este siglo, y en la poca autoridad que le quedará a mi hijo cuando sea padre[9].

La falta de autoridad suele disfrazarse de autoritarismo, por eso sigue abundando el padre autoritario, ante el cual el hijo se coloca en dos posiciones básicas: la rebeldía o la sumisión (o una alternancia entre ambas). Más allá de que corresponda a una etapa lógica del desarrollo (la adolescencia especialmente), esta competencia narcisista de padres-hijos tiene un corto recorrido, solo puede acabar en victoria o en derrota: o «matar al padre», que fue el eslogan psicológico del siglo xx, o caer sometido (el conformismo).

Matar o morir (o sobrevivir) pertenecen a una misma visión jerarquizada propia del patriarcado, así que no aportan nada nuevo ni mejor, sino la perpetuación cíclica de ocupar/ desalojar el poder, ganar o perder, etc.

Claudio Naranjo alude a que los vínculos patológicos actuales con los padres, es decir, lo que el hijo ha de atravesar y diluir para madurar (él lo cifra en la recuperación del amor venerativo —propio del padre— del que luego hablaré) son: dependencia idealizada, obediencia compulsiva y resentimiento.[10]

El primero alude a un componente cognitivo, mental, de valores... El segundo se refiere a una conducta automática: la obediencia. Mientras que el tercero describe la actitud emocional de acumular dolor y odio ante las frustraciones sufridas.

Es una enfermedad de los tres centros; del intelectual, que pierde la capacidad lúcida de ver al padre como es, no como se presenta o pretende: mito, concepto, ideal. Del centro corporal o motor, que se automatiza en hacer lo que le manden, en obedecer en vez de discriminar y decidir. Y del centro emocional, que se envenena y se fija en forma de rencor. Todas ellas son patologías generadas por el padre dominante, el activo, el «de más». Pero también está el opuesto: el padre pasivo, el «de menos». La desconsideración hacia el padre es seguramente el problema más evidente de nuestra época, una vez rescatada la dignidad de la mujer, así como el respeto a los niños (que antes ni opinaban ni eran tenidos en cuenta, aunque sí eran sobreexplotados).

Se ha quebrantado ese equilibrio sagrado de la tríada donde se dice que el niño mira a la madre (su objeto básico de nutrición, de amor, de calor... de todo), quien a su vez mira al padre. El hijo, siguiendo la dirección de los ojos maternos, descubre al padre, que entra a formar parte del triángulo para así superar la endogamia cerrada madre-hijo.

Este proceso evolutivo deseable parece haber desaparecido o estar en serio peligro; la mujer madura que redirigía los ojos del hijo al padre ahora no los enfoca a ninguna parte: porque no existe ese otro, por resentimiento y revancha, por lo que sea. «Ya no sirve ni como amenaza», me decía una amiga, «antes funcionaba lo de: ya verás cuando llegue papá y le cuente lo que has hecho». Parece que el aviso ha dejado de surtir efecto. El lugar vacío resultante lo ha ocupado ese «despojo posfeminista» con el que Michele Serra define al hombre (y al padre) de hoy.<sup>[11]</sup> El concepto es demoledor, puede oler a machismo resentido o a injusta denigración del poder femenino, pero no deja de resonar con lo que Musil llamó en los años treinta del siglo pasado «el hombre sin atributos»<sup>[12]</sup>, antecedente de ese padre sin el poder histórico que hasta entonces le otorgaba la sociedad que incluye las leyes y la religión, es decir, la tradición. Sin el apoyo de la tradición, el hombre debía reaprender (a ser, a crecer, a compartir), o acabaría desapareciendo, como los dinosaurios, por incapacidad de adaptación.

El retrato neurótico del padre de hoy podría muy bien ser el de este «desaparecido» que oscila entre la inexistencia y el ninguneo.

Inexistencia provocada por el desconcierto de muchos padres que no saben en qué lugar situarse, si en una especie de colega adulto, hermano mayor, amigo/enemigo, según sea o no complaciente, proveedor material (insuficiente o no) pero sin reconocimiento moral...

Su espacio es enorme e indeterminado, un no-lugar, un rol acomodaticio en el que falta presencia real y significativa.

Y ninguneo, porque su grado de influencia ha decaído hasta tal nivel que acaba siendo desconsiderado por todos los miembros de la familia y especialmente por el hijo.

Michele Serra habla de la época actual como la «era del post-padre»:

Nunca hubiera pensado que la manoseada «muerte del padre» fuera a resolverse en nuestros tiempos por simple ninguneo. Ya no hace falta matar al portador de las tablas de la ley, basta con ignorarlo.

La novela de Serra (*Los cansados*, que se refiere a los hijos varones adolescentes) es un magistral monólogo de este padre desconcertado por la

apatía de su hijo: el padre se empeña en transmitirle la experiencia concreta de una excursión que su padre (el abuelo) le enseñó en su día (el Paso de Nasea, un estrecho desfiladero entre dos picos) con la esperanza de que ese esfuerzo compartido sirva de encuentro además de iniciación, «porque el cuidado del mundo es un hábito que se hereda», aunque compruebe con desilusión que esa cadena se ha roto:

Yo no era ni más dócil ni más sensible ni más inteligente que tú. Pero pertenecía a una época —¿la última?— en la que el conflicto entre Viejos y Jóvenes tenía lugar en un mismo campo de batalla. Ahora tengo el barrunto —¿la sospecha?, ¿el terror?— de una mutación tan radical que difícilmente podríamos reconocernos tú y yo, algún día, en un mismo placer.

Este anhelo paterno de espacios de disfrute y de comunión con su hijo lo lleva a revisar los propios errores y la falta de guía (también él):

Como padre no tengo más que ciertas aptitudes. Por ejemplo, la de mantenerme con mi trabajo y con mi esfuerzo... Pero reconozco que de todas las demás aptitudes tradicionales del padre —establecer normas, regañar, castigar, disciplinar— no soy un intérprete convincente... Si no ejerzo el poder, no es únicamente por pereza (eso también cuenta, pero no es tan importante). Es sobre todo porque en el poder, tal y como se ha estructurado antes que tú y que yo, ya no soy capaz de creer. Y por lo tanto, no puedo, engatusándome a mí mismo, engatusarte a ti también.

El padre aspira a una charla amigable más que al ejercicio de ese poder en el que no cree. Llegar a acuerdos «por seducción, no por constricción. Un orden fraternal y no paternal, entre semejantes, entre iguales, un contagio democrático» que lo redima un día de sus limitaciones, aunque sea después de muerto:

Tal vez no siempre resulte tan dañino no querer llevar a alguien a alguna parte, o bien, incluso queriéndolo, no conseguirlo en absoluto. Tal vez (el hijo) piense del padre, a toro pasado y exequias realizadas: no me enseñó nada, ese gandul, no me llevó a ninguna parte, pero por lo menos me dejó vivir... Tú que tienes enfrente a un post-padre titubeante y en el fondo cómplice, ¿cómo es posible que no te des cuenta de la suerte que tienes?

Pobre la justificación, conmovedora la honestidad y cuestionable la autoindulgencia de este modelo de padre. ¿Cuál es la solución entonces? El padre autoritario que parece saberlo todo, restos de un patriarcado que nuestra cultura ha disuelto en buena parte, no ha generado hijos sólidos y seguros. Este «post-padre» permisivo y confuso tampoco, más bien ha disuelto la necesaria diferencia entre generaciones.

Dejémoslo abierto por el momento, señalando solamente que los modelos autoritarios y permisivos que aquí aparecen en su exageración, resuenan con el desentendimiento de lo masculino y femenino en nuestra psique, como una

desvirtualización de la fuerza y la calidez que se pervierten en persecución e indulgencia nocivas. El abismo patente entre lo masculino y lo femenino dentro de nosotros, que a veces se ejemplifica como guerra entre la cabeza y el corazón, es una batalla que se exporta y se juega también en el campo del hijo y que no tiene ganadores. Tanto el modelo patriarcal como su contrario han de ser cuestionados porque no favorecen el desarrollo, sino que perpetúan esta dicotomía masculina entre la solidez y la fragilidad que el padre arrastra y que transmite a su retoño sin conciencia.

Veremos a continuación la confusión creada por estos dos modelos de padre.

---

[7] Colina, F., «Otro padre». Revista de Psicoanálisis *Diván el Terrible* N°4- Madrid, 1999.

[8] Charles, M., *En el nombre del hijo*. Anagrama. Barcelona, 1990.

[9] Soler, J., «Los hijos de Ulises». *El País*- 26 Abril- 2015.

[10] Naranjo, C., *Sanar la civilización*. La Llave. Barcelona, 2009.

[11] Serra, M., *Los cansados*. Alfaguara. Barcelona, 2014. Este calificativo de «despojo» no pertenece a las páginas del libro sino a la presentación de su autor a la prensa.

[12] La novela de Robert Musil (Seix Barral, Barcelona, 2004), publicada en 1930-1933 (e inacabada tras los dos primeros volúmenes), cuenta la experiencia de Ulrich, sarcástico espectador del derrumbe de Kakania (el imperio austro-húngaro) y las paradojas de la modernidad (de entonces) en su dificultad de adaptación por el racionalismo asfixiante de la época.

## Telémaco vs. Edipo

Todos los sábados íbamos a visitar a mi padre al psiquiátrico. Las pastillas le volvían manso. Su mirada bovina, resignada, en ángulo muerto. Cuando nadie me veía le pegaba un puntapié en la espinilla. Por el brazo roto. Por los moratones. Por el mapa de la rabia que habían dibujado sus puños en mi piel. No las sentía. Le daba igual. Patadas de algodón a una montaña.

J. Aguado, *Carta al padre*

Massimo Recalcati nombra a estos dos modelos como «padre educador» en un sentido peyorativo, es decir, aquel que se toma el derecho de tener la última palabra e imponerla abusivamente (se propone como ejemplo definitivo), y el padre-hijo que se aproxima en exceso, demasiado cercano y parecido al hijo. «El padre-Narciso se refleja en el hijo y viceversa... Los adultos parecen haberse perdido en el mismo mar donde se extravían sus hijos... como el mito de la eterna juventud (se visten, hablan igual...) rindiendo culto a la inmadurez que propone una felicidad despreocupada y libre de toda responsabilidad».

Si el lugar del adulto se vacía, el joven se queda sin referencias, le cuesta sentirse hijo (¿de quién, de qué padres, de qué adulto?). La fórmula de Lacan, «la evaporación del padre» de su función orientativa que haga posible un sentido del mundo, explica la soledad de las nuevas generaciones que reclaman ser vistas:

¿Existen aún los adultos? ¿Existe aún alguien que sepa asumir responsablemente el peso de sus propias palabras y acciones?... ¿Existe una ley que aún pueda ayudarme a no perderme, a no extraviarme?[13]

La propuesta de Massimo Recalcati, que él denomina el «complejo de Telémaco», opone la tragedia de Edipo (que encarna la transgresión de la ley y sus consecuencias) a la figura de Telémaco, el hijo de Ulises esperando la vuelta

del padre.

Edipo y Telémaco son dos formas completamente diferentes de encarar la herencia, es decir, aquello que el padre transmite al hijo como depositario y último eslabón del linaje masculino. Ambos son príncipes, hijos de rey, destinados a heredar el trono paterno en el legítimo orden de descendencia, pero hay unas grandes diferencias.

En la tragedia de Sófocles se inspiró Freud para construir el andamiaje de la neurosis occidental: Edipo como expresión de la rivalidad y la competencia entre padre-hijo por la madre, por su atención, su amor, su sexo incluso (aunque sea tabú, y ahí precisamente se originará la tragedia). Para evitar los terribles sucesos de la profecía (el hijo ha de matar al padre, desposar a la madre y coronarse soberano, deseo universal de todo niño que aspira a ser el rey de la casa), Layo decide deshacerse de su hijo Edipo y ordena matarlo, orden que será desobedecida a sus espaldas y que por tanto no desactivará la trágica maldición. La ignorancia (falta de conciencia) de no saber quiénes son ni reconocer el vínculo propiciará que más adelante ocurra lo profetizado y temido por monstruoso: Edipo matará a Layo en un cruce de caminos, será llevado a Tebas como héroe y desposará a la viuda Yocasta, sin saber que es su madre. Cuando el hijo descubre la verdad, se arrancará los ojos y vagará con su desgracia y su castigo sin redención posible por haber transgredido la prohibición del incesto. En otras circunstancias habría heredado el trono que le correspondía a condición de aceptar los límites: renuncia a la madre (asumir la prohibición del incesto en términos freudianos), respeto al ciclo vital del padre (esperar a su muerte) y aceptación de su orfandad (duelo inevitable: solo hereda el huérfano).

Vayamos ahora más atrás, a Homero, a la épica antes que al drama, y entremos en ese sabio relato del héroe maduro, la *Odisea*, el viaje de Ulises de vuelta a casa.

Ulises dejó no solo un reino, un país y una esposa al embarcarse en la guerra de Troya. Dejó también, como todo padre (como el arquetipo de padre, podríamos decir), un hijo que crecerá sin modelo. O más bien tironeado entre dos modelos contrapuestos: la vileza de los pretendientes o el heroísmo idealizado del padre. Los pretendientes son los jóvenes príncipes ambiciosos que desean ocupar el trono vacío, previa boda con la esposa abandonada, la reina Penélope, casi una viuda si no fuera por la esperanza y/ o la lealtad al héroe ausente. Este héroe, el legendario guerrero Ulises, es en realidad un desconocido

para Telémaco, aunque mitificado por las noticias de sus hazañas y victorias, que exigirían a su vez un hijo a su altura. Cómo no compadecerse de la triste adolescencia de Telémaco, el hijo del desaparecido Ulises, sobreponiéndose a la orfandad interior con las expectativas del rol que le exige una grandeza «genética», por ser hijo-de.

Ambos modelos, tanto los zafios pretendientes como el admirado padre, son igual de nefastos por irreales y tendenciosos, porque no ayudan a ser, sino a inventarse para sobrevivir.

Transcribo el reencuentro, auténtica escena restitutiva, veinte años más tarde, entre el gran padre Ulises, ahora viejo y maltrecho, y el joven príncipe Telémaco, que tras tan larga ausencia apenas se reconocen:

Yo soy el padre que faltó en tu niñez y por el cual sufriste el dolor de la falta, soportando los ultrajes de otros hombres.

Ante las dudas de Telémaco, Ulises insiste:

«Entiendo tu asombro, pero no va a regresar ningún otro Ulises sino solo yo, tal como me ves ahora, después de mucho sufrir y mucho ir errante». Después de hablar así, besó a su hijo y por sus mejillas derramó lágrimas que caían hasta el suelo... Telémaco se abrazó a su padre y gemía y vertía lágrimas. A ambos les inundó el llanto. Lloraban estrepitosamente, como las aves, águilas o buitres de torvas garras, a los que los campesinos les han arrebatado las crías antes de que pudieran usar sus alas... Y así sollozando podrían haber seguido hasta la puesta del sol...[\[14\]](#)

El hijo recupera un sentido de la masculinidad fuerte y confiable, por oposición a las imágenes degradantes de la masculinidad que representan los pretendientes. Pero ha de superar el choque de la desidealización, el desconcierto ante la vejez y la «caída» del padre, aceptar su deterioro y esperar a que el tiempo consuma a la generación anterior y le prepare para seguir solo. A pesar de los pesares, el orden ha sobrevivido, la herencia se traspasará legítimamente y ha habido tiempo para restañar las heridas y disfrutar de otra nueva oportunidad de encuentro familiar, de aprendizaje desde el corazón, de armonía de la tríada madre-padre-hijo. Que precisamente es de lo que adolece nuestro presente por falta de un modelo de padre adulto y maduro. Lo que extraña Telémaco, como encarnación del hijo actual, es precisamente un buen padre, no un amo, sino un testigo adulto, alguien maduro que venga a poner sentido en esa situación de arbitrariedad y corrupción que representan los pretendientes. Educar es enfrentar al hijo con el sinsentido de la vida (Recalcati), y eso solo puede transmitirlo alguien «evolucionado», que haya hecho un camino de conocimiento, que haya

atravesado sus áreas de sombra y esté de vuelta, como Ulises. Curiosamente, a lo largo de la *Ilíada* (primer libro de la epopeya homérica: el viaje a la guerra de Troya), Ulises se presenta como «padre de Telémaco», como si la paternidad le identificara por encima de otros aspectos de sí, como si fuera el sentido de su vida en ese momento: aprender a ser padre, perfeccionarse para el hijo. Sin embargo, en la *Odisea* (segundo libro: viaje de vuelta a casa), Ulises dice llamarse «Nadie» en la famosa secuencia del cíclope. Ser «nadie» solo lo puede decir alguien con mucho recorrido, alguien comprometido con «ser uno mismo» que a lo largo de esa búsqueda llega a conclusiones propias del budismo: el ser a lo que más se parece es a la nada. El núcleo del sí mismo es «nadie», aquello que «queda» tras pelar la cebolla de las múltiples identidades.

Este es el padre maduro que le falta al hijo de hoy, como un Telémaco esperando en la playa a que el mar le devuelva una figura menos trágica que la que nos cuenta Edipo, donde no haga falta tanto daño, donde pueda aprender los límites (castración «positiva»), al servicio del crecimiento, como pretende la poda para la vid.

Y para esta empresa hace falta un hijo activo, buscador, alguien que se gane la herencia en vez de esperarla pasivamente. El dicho de Goethe (que cita Freud y que he rescatado en Recalcati) de que «lo que has heredado de tus padres, reconquistado si quieres poseerlo realmente», alude a esta actitud activa de conquista, frente a quedarse apegado al pasado (la «enfermedad histórica» que decía Nietzsche), la idolatría del pasado como una mera repetición de lo que fue, el exceso de memoria que pesa en forma de melancolía para evitar el riesgo de la separación, porque la separación solo puede darse tras el reconocimiento del origen:

No es transmisión genética, semejanza, continuidad de la sangre. El encuentro con el padre es una posibilidad de nuestro ser hijos. La herencia no está ya constituida en el Origen, sino que se realiza únicamente cuando el sujeto la hace suya con un movimiento hacia delante.<sup>[15]</sup>

El mito de Edipo sugiere hijos competitivos, en lucha con sus antecesores, peleando, como en las revueltas del 68 o el 15-M, por la posibilidad de otro mundo. El mito de Telémaco me hace pensar en hijos que reclaman a un padre que les explique el envilecimiento de Itaca, por qué van a heredar un reino muerto, una economía endeudada, sin horizontes vitales, sin trabajo... Creo que en este segundo supuesto hay menos esperanza en la autoridad: aunque sea

derribada, no va a sobrevenir un mundo mejor. La irresponsabilidad de semejante padre capaz de transmitir semejante mundo ha dañado profundamente la confianza en la autoridad, percibida ahora como enajenada, loca. ¿Cómo animarse a la reconquista del reino, cómo unirse para recomponer tal descalabro? ¿Hay tiempo y ganas? Seguramente no hay respuesta, o no una clara, o varias posibles. Yo no tengo hijos, y creo que por eso tampoco encuentro una respuesta «dentro», más allá de hipótesis intelectuales o alternativas emocionales optimistas o pesimistas. Así que prefiero sostener por el momento esta incertidumbre.

---

[13] Recalcati, M., *El complejo de Telémaco*. Anagrama. Barcelona, 2014.

[14] Homero, *Odisea*, Canto XVI. Versión de García Gual. Alianza Editorial, Madrid, 2005.

[15] Recalcati, M., *op. cit.*, 2014.

## Patrimonio

Me enseñaste a jugar al ajedrez... pronto me di cuenta de que no me lo enseñabas todo porque no querías dejar de ganarme. Un padre tiene la obligación de ser mejor que su hijo, pensabas... la primera vez que te gané la partida fue la última: nunca volviste a jugar conmigo.

J. Aguado, *Carta al padre*

La palabra *matrimonio* (cuya raíz es «madre») alude a un compromiso afectivo, mientras que *patrimonio* (de «padre») suele tener un sentido material y específicamente económico, lo cual redundando en las metáforas de lo materno como emocional y lo paterno como activo y enfocado a los logros.

La herencia patrimonial alude al legado del padre, independientemente de los bienes que aporte cada uno de los cónyuges, porque el peso al que vamos a referirnos en este capítulo no es tanto material como espiritual, es decir, se trata de esas otras cargas onerosas que tienen que ver con lo psicológico, lo emocional, los valores e incluso la programación «mágica».

A nivel psicoemocional, hablar de padre ausente e hijo desatendido no quiere decir que en el escenario psíquico desaparezca todo rastro de relación. Más bien al contrario, se sustituye por una dinámica perversa que se basa en dos mecanismos neuróticos clásicos: el hijo es la proyección del padre, mientras que el padre es la introyección del hijo. Por supuesto que no es la única dinámica posible, pero sí una de las más frecuentes, y por eso merece la pena reflexionar sobre ella. Para quien no esté familiarizado con estos conceptos psicoanalíticos, retomados insistentemente por la terapia gestalt, la *proyección* es una forma de defensa que rechaza lo interno conflictivo y lo pone fuera: yo no admito mi propia crueldad, por ejemplo, pero soy especialmente sensible a detectarla en otros, la señalo y persigo externamente para no cuestionarme interiormente. Un

padre, por ejemplo, puede no aceptar su hedonismo y su flojera pero denunciar con sospechosa insistencia al hijo inconstante o poco trabajador.

La introyección es otra defensa, en este caso complementaria: incorporo lo externo como si fuera propio, salvándome del riesgo de discriminar, elegir y responsabilizarme de mis actos. Afecta sobre todo al ámbito moral: creencias aprendidas, verdades adoptadas sin la más mínima crítica, etc. Por ejemplo, el hijo que suscribe la ideología familiar, la profesión paterna o el negocio doméstico sin salirse de lo establecido ni plantearse otros posibles intereses propios.

En la familia tradicional (patriarcal) el hijo está destinado a suceder al padre, heredando una serie de obligaciones y cargas que pueden ser motivo de gran infelicidad e incluso de desgracia. Como un destino prestado, el hijo «introyecta» al padre (se lo traga inconscientemente) en múltiples sentidos para ser como él, «otro él», si no quiere traicionar la cadena.

El padre, a su vez, aspira a un sucesor igual a sí o mejorado, es decir, que llegue más lejos o más arriba, «proyectando» sobre el hijo una ingente cantidad de expectativas, deseos y temores.

Conociendo la correlación entre estos dos mecanismos defensivos, podemos ver cómo lo que el hijo introyecta o internaliza (básicamente «deberes patrimoniales») corresponde a los fantasmas proyectados por el padre, es decir, que los temores vomitados por el adulto se los traga el joven inconscientemente. Por ejemplo, acerca de la seguridad: los padres predicán insistentemente la conveniencia de un trabajo seguro (a salvo de riesgos e incertidumbres), que el hijo adquiera poder y reconocimiento (es decir, un lugar social sólido), que consolide el negocio o la tradición familiar (para no quedarse «al descubierto»), etc., porque todo eso tiene que ver con los miedos humanos más profundos del padre (inseguridad, debilidad, soledad, penuria...), que reviven con mayor fuerza al depositarlos sobre el hijo, es decir, al proyectarse el padre en esa joven vida en formación. El hijo interioriza esos temores envueltos en mandatos acerca de la vida correcta, de la verdad supuestamente contrastada por la experiencia, de las conductas que proporcionarán felicidad y, sobre todo, de los deberes y tareas para obtenerla.

Los introyectos que podríamos llamar «patrimoniales» se orientan al mantenimiento material y económico de lo adquirido por el padre como un certificado de futuro para el hijo. Los padres tienen proyectos (que no dejan de ser proyecciones) sobre los hijos, y estos suelen recibirlos como mandatos más o menos explícitos (introyecciones) ante los que ceder o rebelarse. Vamos a ver los

tres mandatos más comunes que los hijos absorben como parte de la cultura familiar, y que podríamos denominar:

- de seguridad («tienes que ser como yo»)
- de idealización («mejor o más que yo»)
- de castración («menos que yo»).

**1º Mandato/Proyecto de seguridad:** muchos padres esperan que el hijo siga puntualmente sus pasos, que sea una especie de clon, evitando aficiones propias, vocaciones y veleidades «profesionales» que lo distraigan de la sagrada ocupación patrimonial. Dice el poeta y artista Narcís Comadira:

    Mi padre quería que yo siguiera el negocio, sin darse cuenta de lo mal que lo pasaba él y lo peor que lo pasaría yo... Quería que hiciera comercio como él y que hiciera exactamente igual que él; me hubiera mandado a Barcelona a hacer un aprendizaje en alguna tienda importante de las que había. Pero por suerte salí empollón en los estudios<sup>[16]</sup>.

El caso de Comadira ilustra ese «desclasamiento de los estudios» que permiten que el hijo rompa la ley tradicional del artesanado. En el gremio artesanal el hijo (aprendiz) crece observando el oficio del padre (maestro), y si practica y perfecciona sus habilidades bajo la supervisión paterna, un día heredará su lugar y tendrá un espacio en el linaje. Pero la tradición artesanal ha desaparecido hoy en buena medida, ya que, según nuestro modelo educativo, el aprendizaje del hijo recae en otras manos (profesores, escuelas, talleres...). Y también porque el trabajo del padre ha salido del ámbito doméstico, de forma que el hijo no ve trabajar al padre ni cabe en consecuencia el aprendizaje por imitación. El padre «desaparece» en ese lugar mítico llamado despacho u oficina o fábrica... que el hijo imagina como arduo y difícil a juzgar por el cansancio, preocupación o irritación con que el padre regresa de ese espacio heroico. Así que no podemos hablar ni de iniciación ni de transmisión del amor-aprecio a la tarea, sino más bien de lo contrario.

El modelo burgués, diferente del artesanal, tiene su propia caricatura: se dice que el abuelo levantó la empresa, el padre la consolidó y el hijo (o el nieto, si es que dura hasta la cuarta generación) la despilfarró. Pero aunque el patrimonio no sobreviva porque pesa demasiado, el mandato de seguridad sin embargo pervive y se actualiza sutilmente, para sorpresa incluso del hijo rebelde que decidió no cumplir el proyecto paterno. Dos ejemplos:

• Eugenio Trías:

Mi padre tenía una gran ilusión porque yo fuera catedrático, cosa en la que intenté defraudarle todo lo que pude, aunque al final he sido catedrático casi sin darme cuenta.[\[17\]](#)

• Félix de Azúa:

Quería que estudiara la carrera de Arquitectura, como es natural, para ser el undécimo arquitecto de la familia, lo que tampoco hice, aunque luego el destino me haya llevado a la Escuela de Arquitectura, como una especie de fatalidad.[\[18\]](#)

**2º Mandato/Proyecto de idealización:** Que el padre desee el progreso del hijo y que llegue más lejos de lo que llegó él, parece la actitud más generosa e incluso sana. ¿Qué padre no tiene las mejores aspiraciones para su descendencia? Sin embargo, a veces se agrava por el peso del ideal paterno que anula al hijo; el progenitor no ve la identidad del hijo sino más bien una extensión de la suya y además con la posibilidad de «mejorarla». El peso de este mandato es más sutil y poderoso porque afecta a los valores y tiene un componente inequívocamente moral. Podemos ilustrarlo con la biografía del poeta y ensayista inglés Edmund Gosse, donde narra la agónica lucha contra el ideal de santidad impuesto por su progenitor.[\[19\]](#) Este, Philip Henry Gosse, importante biólogo y naturalista, contemporáneo de Darwin (aunque no compartía su teoría de la evolución de las especies), era pastor de una secta puritana, en la que educó a su hijo a finales del siglo XIX. Cuando Edmund Gosse publicó *Padre e hijo* (1907), conmocionó a la moral victoriana de la época al denunciar la presión de la voluntad paterna que, en su caso, le había destinado a tareas religiosas (por encima de su vocación literaria), exigiéndole no solo sustituirle en su día como cabeza de la congregación, sino ser además el santo imaginado por su padre,

un hijo humilde y sin tacha cuya vida fuera purificada y mantenida en la rectitud por el poder del Supremo... La idea que se había hecho de mí: un ser al que los misterios de la salvación se habían revelado por obra de la divinidad.

El joven Gosse se debate entre el destino impuesto, la culpabilidad por resistirse y el agobio de quien se siente colonizado espiritualmente. Ni siquiera le consuela constatar que se trata de ideales ajenos, de fantasmas del padre;

tenía prisa por verme convertido en una brillante lumbrera, todo lo que había deseado ser él mismo, y no quería ver en mí ninguna de sus limitaciones.

Por más que la conducta del hijo intente defraudar al padre, la presión no cesa hasta que el joven resuelve apostar por su integridad:

había reconocido, a su pesar, que la santidad no era hereditaria, pero continuaba esperando que pudiera ser coercitiva... el dilema solo tenía una solución posible: o engañar a mi padre o paralizar mi individualidad.

La biografía termina curiosamente con la narración de esta emancipación psicoespiritual en tercera persona, como si hubiera ya un «otro», alguien desidentificado, es decir, aquel que salió de la prisión del mandato paterno:

Para un joven de veintiún años, inteligente, digno y reflexivo, no hay más que dos caminos posibles: dejar de pensar por sí mismo o confirmar su individualismo, su necesidad de independencia religiosa. Era un caso de «todo o nada», y así, provocado hasta la desesperación, el joven emancipó de una vez por todas su conciencia... y respetuosamente, sin jactancia ni recriminaciones, usó el privilegio que todo hombre tiene de moldear su vida interior.

Este «individualismo» equivale al «egoísmo» (sano) que Nietzsche opuso siempre al «altruismo» (neurótico) que recomienda el cristianismo y que Nietzsche atribuye a la «moral de esclavos», es decir, de aquellos que renuncian a la libertad y al vértigo de ser ellos mismo.

Mucho más conocido que el caso de Gosse es el del padre de Mozart. Leopold Mozart era un músico destacable que no logró su ambición máxima (ser maestro de capilla del arzobispo) y se quedó en violinista y profesor (es autor de uno de los métodos de enseñanza del violín más completos de la historia). Supo reconocer muy temprano el talento de su hijo, Wolfgang Amadeus, y se entregó en cuerpo y alma al desarrollo del precoz genio. El vínculo padre-hijo es, en el caso de los Mozart, uno de los ejemplos más notorios de complicidad, ambivalencia y misterio, que ha dado pie a todo tipo de leyendas, especialmente la del padre explotador sin escrúpulos y la del hijo víctima de dicha sombra, gracias sobre todo a la conocida biografía de Mozart de Marcel Brion, donde se retrata al padre como ambicioso, práctico, ávido de dinero y fama, arrogante, egocéntrico y manipulador para satisfacer, a través de su hijo, sus propias frustraciones. Pero Leopold fue un padre tierno, protector y educador de aquel genio, al que vio con lucidez desde el primer momento y no quiso que se malograra. ¿Qué padre no haría lo mismo? Hizo lo que le tocaba, más allá de sus limitaciones provincianas, pero, aun así y a su pesar, apoyó la ruptura de Mozart con Salzburgo, alentó su viaje a París y entendió los aires revolucionarios que traían los nuevos movimientos culturales (*Sturm und Drang* —Tempestad y

Empuje—, la Ilustración y el incipiente Romanticismo, la lucha por la libertad que anunciaba la inminente revolución francesa...).

Poco a poco, y alentado por el estímulo paterno, el dócil adolescente Wolfgang, dotado de una asombrosa plasticidad y de una devoción incuestionable a su padre, empieza a respetar su propia palabra, el aprendizaje de sí mismo. Él, que ha sufrido cómo tratan a Leopold con rudeza, desprecio e injusticia en la corte arzobispal, puede desde el momento en que acepta a su padre tal como es, comenzar su propio camino y habitar un espacio autónomo sin olvidar a aquel hombre que le ha acompañado sin descanso.

[20]

El padre no empuja al hijo a ser más que él: simplemente reconoce la superioridad asombrosa de su vástago e intenta que no sucumba a la facilidad, la debilidad emocional o el hedonismo que percibe certeramente como enemigos del joven. Hay algo de sacrificio (el padre deja de componer en cuanto el hijo comienza su precoz producción) y de beneficio (egoico y económico), pero su función es eminentemente generosa y potenciadora. En el *Réquiem* final que aún a dolor, soledad e incluso alegría, Wolfgang Amadeus Mozart busca algo que no sabe qué es pero que tiene que ver con Leopold, con el anhelo del «siempre padre» de su «siempre hijo», que así es como se despedían en su abundante correspondencia.

**3º Mandato/ Proyecto de castración:** Existe también un padre muy inmaduro que frena (a veces inconscientemente) el desarrollo del hijo para que su éxito no evidencie el fracaso o la mediocridad paternos. Es un penosísimo guión de perdedor, como si dijera: «no tienes derecho a aspirar a nada que me supere, debes mantenerte por debajo de mí, ser menos o peor que yo».

Ningún padre se reconocería en estas palabras, pero las consultas de psicoterapia están llenas de fracasados casi vocacionales, que parecen empeñarse en que las cosas les vayan mal: cuando empiezan a indagar en sus biografías aparecen a menudo estos mensajes de una educación limitante y controladora. Otras veces el hijo «absorbe» a un padre infeliz y fracasado, y «decide» no darle motivos para, o bien hundirle más en la miseria, o bien sufrir una competencia violenta de parte del padre, que se sentiría humillado y rencoroso con los logros del hijo.

Ese techo insuperable adopta a veces una forma mágica. Nietzsche puede ser un buen ejemplo del peso insidioso de algunos mandatos paternos que parecen adoptar la forma irracional de las supersticiones, como en seguida veremos.

Le escuché más de una vez a Alejandro Jodorowsky, trabajando con el árbol

genealógico, la importancia del límite imaginario con que muchas personas se programan inconscientemente para no superar la edad de sus padres. Igual que heredamos su nombre (y así vemos en la sociedad patriarcal tradicional cómo se repite el nombre del varón primogénito, con la confusión de identidad que eso supone), pues igualmente heredamos sin conciencia el horizonte vital de nuestro progenitor, como una barrera mágica insuperable. Especialmente trágico, según Jodorowsky, que lo ilustra con varios ejemplos de su experiencia, es el caso de los llamados «Cristian» o cualquier otra variable del nombre de Cristo, que funciona como un designio fatal de no sobrepasar la edad de su sacrificio en la cruz (los treinta y tres años). Ante esta peligrosa influencia latente, cabe la contra-programación positiva (¿por qué no superar los ochenta y siete años de mi padre?, ¿qué me impide llegar a los cien años, incluso más?) o la psico-magia (acto creativo-reparador) para desbaratar dicho introyecto. Pero si lo miramos más detenidamente, el nombre heredado o la edad programada son solo signos de una cómoda actitud psicológica: la de vivir de prestado, la de evitar el riesgo y el dolor de la individuación.

El filósofo Friedrich Nietzsche, que perdió a su padre a los cinco años, alude a él como alguien desdibujado en el recuerdo y como una ausencia:

Mi padre era tierno, amable y enfermizo, como un ser destinado únicamente a pasar de largo, un bondadoso recuerdo de la vida antes que la vida misma... Me faltó dirección, dura y reflexiva, propia de un intelecto masculino.[\[21\]](#)

Sin embargo, interioriza el destino de su padre como propio y entra en crisis al acercarse a la edad de su fallecimiento:

Mi padre murió a los treinta y seis años. A la misma edad en que su vida decayó, decaía también la mía: a mis treinta y seis años llegué al más bajo punto de mi vitalidad... renuncié a mi cátedra de Basilea, viví como una sombra el invierno siguiente...

Estamos en 1879. Nietzsche acaba de romper con Wagner, que fue su mentor, y huye del primer Festival de Bayreuth preso de una crisis de despersonalización:

¿Dónde estaba yo? No reconocía nada, apenas si reconocía a Wagner, una honda extrañeza en todo lo que me rodeaba.

De la misma manera que había caído sin reservas ante el talento de Wagner, la ruptura con él le sume en una desolación desconocida. ¿Duelo pendiente con

otra figura parental? ¿Desidealización? ¿Orfandad? En otro capítulo veremos la importancia de Wagner como padre sustituto, pero, por el momento, enfoquemos la crisis de identidad que le hace a Nietzsche tomar conciencia de haberse extraviado, de haber perdido su propia orientación, lo cual, paradójicamente, le hace tocar fondo, reencontrarse abajo y emprender la ascensión:

Yo percibía un extravío general de mi instinto... Me sobrecayó una impaciencia conmigo mismo y comprendí que había llegado el momento culminante de volver a reflexionar sobre mí.

Descubre la predeterminación paterna a una muerte temprana y, tras exorcizarla, se entrega a la enfermedad como a un viaje:

La enfermedad me liberó lentamente... me obligó a olvidar, me dio el derecho a una inversión completa de mis hábitos, me regaló la obligación de estar quieto, esperar y ser paciente... Aquel más profundo sí mismo, en cierto modo sepultado, despertaba lentamente, tímido, dubitativo, pero al fin hablaba de vuelta: la vuelta a mí mismo.

A lo largo de ese año de crisis dicta, ya que no puede escribir a causa de sus terribles cefaleas, a su amigo Peter Gast el libro resultante de esta encrucijada: *Humano, demasiado humano*, donde renuncia a todo idealismo y metafísica embaucadores. Según Nietzsche:

Humano, demasiado humano es un documento a la crisis, un libro para espíritus libres, con el que me he liberado de todo aquello que no pertenece a mi naturaleza, especialmente el idealismo. Su título indica: donde ustedes ven cosas ideales, yo veo ¡cosas humanas, ay, solo demasiado humanas! Yo conozco mejor al hombre.

Estas palabras biográficas las escribe Nietzsche en uno de sus últimos libros, *Ecce Homo*, de 1888, redactado un año antes de su derrumbamiento psíquico que le mantendría retirado y enfermo desde 1889 a 1900, año de su muerte. Este «conocer mejor al hombre» que acabamos de citar no es sino autoconocimiento, al que ha llegado tras soltar múltiples identificaciones e introyectos, incluso aquel de morir joven, como si vomitar este resto del padre tragado hubiera facilitado abandonar otras muchas muletas, influencias, autoridades y creencias interiorizadas. El precio ha sido alto, pero ahora puede autoafirmarse: «He aquí al hombre». Precisamente el subtítulo de este *Ecce Homo* es «Cómo se llega a ser lo que se es», auténtico eje de la búsqueda de Nietzsche a lo largo de su vida, como un proceso de despojamiento en pos de la esencia. Dijo de él Stefan Zweig:

el único imperativo de vida que se encuentra en sus escritos es «llega a ser lo que eres». Nietzsche es el hombre de las metamorfosis, que se ve obligado a destruirse para reconstruirse después.<sup>[22]</sup>

La muerte simbólica del padre no es solo bajarlo de su pedestal, desidealizarlo y acercarlo a los límites de lo humano a través de la decepción (inevitable) y mediante la discriminación de toda esa carga de mandatos y principios. Es también que los ojos del hijo estrenen una mirada más adulta al comprender las proyecciones paternas emboscadas entre tantas creencias y valores. Pero sobre todo es el advenimiento de una segunda muerte propia: aquella que simbólicamente sobreviene como un duelo de lo conocido, de los valores que hasta ahora dimos por seguros y cuya caída nos aboca a la desasosegante inseguridad del azar.

---

[16] Comadira, N., en Marie Charles, *op. cit.*, 1990.

[17] Trías, E., en Marie Charles, *op. cit.*, 1990.

[18] Azúa, F. de, en Marie Charles, *op. cit.* 1990. Félix de Azúa ha sido profesor de Estética en la Escuela de Arquitectura de Barcelona.

[19] Gosse, E., *Padre e hijo*. Edit. Belvedere. Madrid, 2009.

[20] Liberman, A., *op. cit.*, 1994.

[21] Nietzsche, F., *Ecce Homo*. Edit. Losada. Buenos Aires, 2004.

[22] Zweig, S., *La lucha contra el demonio*. Acantilado. Barcelona, 1991.

## El sexo de papá

Cuando llegué del colegio y entré en mi habitación, te sorprendí sacando monedas de mi hucha. No te diste cuenta y me escondí detrás de la puerta... sobre la colcha me pareció que había diez o veinte, una cantidad suficiente para comprarme al menos dos títulos más de Astérix y Obélix... saliste de casa. Te seguí agachándome entre los coches. Quería saber para qué ibas a usar mi dinero: tabaco, vino, revistas deportivas... en el kiosko vi que comprabas dos cómics de Astérix y Obélix y unos caramelos. Regresé corriendo y me tumbé en la cama... Aún jadeaba cuando tú, sonriente, casi desafiante, me ofreciste los libros diciéndome «deja los deberes por hoy y disfruta, hijo». Los caramelos eran para ti».

J. Aguado, *Carta al padre*

Es probable que el interés por la igualdad de género (problema irresuelto de nuestro tiempo) haya descuidado la atención hacia la sexualidad masculina y todo aquello que englobaba: cuerpo, genitalidad, diferencia y comparación, lo real y lo simbólico, etc. Por eso vamos a enfocar el sexo masculino en sí mismo, no en su referencia y relación con el otro (generalmente con el femenino), si es que puede verse así, sin la perspectiva de los opuestos, pero vamos a intentarlo como asunto que compete a la identidad de los varones, a sus fantasmas y a sus vivencias.

El escritor y crítico literario inglés J. R. Ackerley (1896-1967) escribió unas memorias, publicadas póstumamente, donde intentaba entenderse a sí mismo y descifrar la relación con su padre. El libro *Mi padre y yo*<sup>[23]</sup> iba a comenzar así: «El pene de mi padre medía treinta centímetros y medio». Finalmente, desestimó tan provocador arranque, sustituyéndolo en la versión definitiva por un irónico: «Yo nací en 1896 y mis padres se casaron en 1919», haciendo referencia a los veintitrés años en que fue «hijo natural», hasta que su padre aceptó pasar por la vicaría (aunque siempre fue un padre responsable y cumplidor).

Si aludo aquí a tan contundente y genital visión del padre es porque en esa frase inicial de Ackerley está recogida toda la fascinación, el miedo, la veneración y la ambivalencia que para un niño puede tener el sexo de papá.

Sus genitales se perciben tan gigantescos como todopoderoso y extraordinario es ese padre visto desde abajo, desde la óptica del niño asombrado.

En esta mirada primordial se mezclan muchas cosas diferentes, desde el descubrimiento del cuerpo viril (un autodescubrimiento, en realidad, a través del espejo adulto del progenitor) hasta el falo como arquetipo (la divinidad de la masculinidad), pasando por todo el proceso de identificación como hombre.

Vamos por partes:

**1º. El sexo como género** hace que el niño se reconozca del «bando de papá», a diferencia de mamá y de las hermanas; su importancia como modelo de identificación es capital para el desarrollo, pero ¿cómo percibe el niño dicho género? Podríamos responder que, básicamente, a través de la cultura (la ropa, las actitudes, determinadas actividades y roles...) y a través del cuerpo (aunque nuestros padres han sido generalmente muy pudorosos y poco naturales en su corporalidad). Pero en realidad la consciencia masculina de género no sobreviene de forma natural, sino más bien como «reacción en contra»: se hace uno hombre para no ser mujer. Puede parecer una afirmación muy tajante, pero muchos hombres confiesan en terapia que para sentirse seguros como varones han tenido que evitar desde niños cualquier ambigüedad en sus modales (andar, hablar, moverse, actuar) que pudiera suponer dudas o ambivalencias respecto a lo que culturalmente significa ser hombre.

Un poco más adelante, en la pubertad, el malestar interno puede ser aún más insoportable entre la homofobia propia de este periodo y la idealización de la virilidad. La homofobia es una gran fuerza socializadora en la vida de un muchacho: cuanto menos blandengue y femenino sea, mejor será aceptado en el grupo de iguales. También la misoginia es un elemento de cohesión: en esa edad se desprecia a las chicas, se ridiculizan sus actitudes y comportamientos... En fin, que en esta complicada etapa de la adolescencia, homofobia y misoginia (seguramente las dos caras de la misma moneda) generan una ruptura interior de proporciones considerables, ya que el chico aprende a rechazar lo femenino en sí y en la mujer, con los daños emocionales que ya podemos imaginar.

El jungiano James Hillman defiende el amor en la amistad viril, el componente homoerótico de la amistad, y nosotros podríamos extrapolarlo a la relación padre-hijo, despenalizándola de tantos fantasmas homófobos como arrastramos desde la adolescencia. Hillman dice que los pacientes varones más encerrados en sí mismos muestran una gran resistencia a analizar los sueños donde aparecen atracciones (o cualquier otro indicio) homosexuales: «Usualmente esas imágenes

se interpretan como prueba de una homosexualidad latente», dice Hillman; ya que la cerrazón del paciente se considera resultado de dicha latencia. Sin embargo, «los avances que lleva a cabo la homosexualidad a través de la psique son precisamente la curación que podría abrirle a manifestarse en otro espíritu, a ser penetrado y abierto. El homoerotismo puede apartarle de la cerrazón»<sup>[24]</sup>. Rescata así Hillman la imagen de «entrar y fertilizar» como símbolo de apertura e intercambio sanadores, como una «penetración» en lo rígido, en la coraza caracterial heredera del patriarcado, es decir, en todo aquello que se resiste a la entrega y a la receptividad, aspectos tópicos femeninos.

Todo esto me evoca una escena muy conmovedora de la película de Alexander Sokurov *Padre e hijo*. En la primera secuencia entrevemos unos cuerpos enlazados semidesnudos (que podrían parecer un coito) hasta que el plano se abre y entendemos que el forcejeo se debe a una pesadilla del hijo de la que el padre lo saca abrazándolo hasta calmar su agitación:

HIJO.- Me has vuelto a salvar, si no, me habrían matado.  
PADRE.- La próxima vez grita más fuerte... ¿dónde estás ahora?  
HIJO.- Veo árboles, hay un camino...  
PADRE.- Así que vuelves a estar ahí.  
(Vemos la imagen onírica: el hijo anda desnudo por un camino solitario, mirando el cielo).  
PADRE.- Y yo, ¿también estoy?  
HIJO (*primer plano*).- No, aquí estoy solo.  
PADRE (*sonriendo*).- Solo.

Las imágenes recuerdan a la *Piedad* de Miguel Ángel, sustituyendo a la madre por el padre, en un nivel de intimidad física poco común. Se miran largamente a los ojos, el padre abraza al hijo como si quisiera meterlo en su pecho antes de perderlo definitivamente... El hijo toca minuciosa y alternativamente la cara del padre y la propia:

HIJO.- Qué distintos somos tú y yo.  
PADRE.- Tú eres el siguiente. Ahora mi lugar está detrás de ti.

**2º. La visión del cuerpo del padre** es una experiencia asombrosa a los ojos del niño. Se percibe como una referencia, puesto que el hijo aspira a ser como él y lograr esa grandeza física y humana. A no ser que resulte amenazante (por ejemplo en padres violentos, y genere en consecuencia temor y rechazo), el niño percibe físicamente al padre como un superman, un cúmulo de poderes y

potencias extraordinarias, con un aura de idealización que se mantiene en el recuerdo del hijo adulto.

En diversas narraciones autobiográficas encontramos esa memoria radiante del padre. Por ejemplo, el escritor italiano Giani Stuparich (1891-1961) relata en *La isla*<sup>[25]</sup> el viaje del padre enfermo a su isla adriática de origen, acompañado por el hijo adulto que rememora en dicho escenario las sensaciones de la niñez. Por contraste con el presente, recuerda al padre de entonces, ese ser superior a los ojos del niño de diez años:

como un dios le había parecido entonces, poderoso, con el semblante iluminado, la voz sonora, los aires del conquistador: enhiesto, sencillo, jovial. Bajo su protección había aprendido a moverse y allí, donde antes se había imaginado únicamente desconocidos y pavorosos abismos, había descubierto un terreno firme y el regocijo de caminar por él con desenvoltura.

Ese cambio de roles, del padre protector al anciano desprotegido e indefenso, es tan conmocionador para el hijo adulto que lo encontramos en varios escritores como Paul Auster<sup>[26]</sup> o Philip Roth<sup>[27]</sup>, en cuyos textos memorialísticos se recoge esta situación anómala (porque contradice la tradición del padre cuidador) y que sin embargo supone un viaje regresivo muy valioso: la recuperación del pasado con la conciencia actual. Así lo cuenta Roth:

Por lo demás, habida cuenta de su edad, era un hombre de mediana estatura, con un aspecto estupendo, un hombre cuya vitalidad espontánea y sin pretensiones lo había hecho inmediatamente atractivo... De joven fue impresionantemente robusto de brazos y pecho, y algo de esa solidez aún era discernible en la parte superior de su torso... Si hubiera dispuesto de tiempo o instinto para ello (o le hubiera hecho falta), puede incluso que hubiera sido guapo, a su anónima manera... Solo sus ojos seguían siendo «bonitos»: al quitarse las gafas uno podía percibir cuánto gris había en sus ojos, cuánto verde incluso, pero lo que se percibía de cerca era su calma y su gentileza.

La visión de Ackerley procede de las fotografías familiares recuperadas, pero el eco idealizado de la mirada infantil sobrevive igualmente:

(Cuando conoció a mi madre) mi padre era un joven alto y apuesto de porte militar, elegantemente vestido, con un espléndido bigote rubio... no era simplemente mejor parecido que los demás hermanos, sino un hombre extraordinariamente guapo.

Estas imágenes luminosas del cuerpo del padre transmiten fuerza, seguridad, belleza. La plenitud de la masculinidad vista por un organismo en formación. La versión negativa de esta percepción es cuando el hijo se siente disminuido, deficitario en su comparación física con el padre. Emerge así una imagen pobre de sí, que las palabras de Kafka expresan con el dolor y la vergüenza del hijo

«inadecuado» en su lacerante *Carta al padre*<sup>[28]</sup>:

Recuerdo, por ejemplo, cuando a menudo nos desvestíamos juntos en la misma caseta de baños. Yo, flaco, débil, esmirriado. Tú, fuerte, alto, de anchas espaldas. Ya en la caseta me avergonzaba de mí mismo, y no solo ante ti sino ante el mundo entero, porque tú eras para mí la medida de todas las cosas. Luego, cuando salíamos de la caseta, ante la gente, cogiéndote de la mano como un pequeño esqueleto, inseguro, descalzo por las planchas de madera, con miedo al agua, incapaz de imitar los ejercicios de natación que tú me enseñabas con la mejor de las intenciones, pero causándome de hecho la mayor de las vergüenzas...

Qué diferente esta tremenda escena (perfecta ilustración de la «angustia de castración» freudiana) con la secuencia de *Manolito Gafotas* (primera versión cinematográfica del personaje de Elvira Lindo, donde el rol del padre lo interpreta Roberto Álvarez). Cito de memoria, pero la escena es más o menos: Manolito, duchándose con su padre, comparando su «colita» y expresando impaciencia y malestar por lo lento de su desarrollo. El padre le responde tiernamente, tranquilizándole sobre lo que su cuerpo va a descubrir a la vuelta de unos años. Una respuesta amorosa y curativa, que buena falta le habría hecho al joven Kafka, que, aun así, dice más delante de la cita anterior: «También estaba orgulloso del cuerpo de mi padre», lo que permite trascender la desoladora comparación de antes y recuperar la mirada del niño genuino (admirativo).

**3º- El pene de papá.** Siguiendo con la mirada infantil, enfocamos ahora los genitales y todo lo asociado a esta parte tan significativa por su potencial obvio y, sobre todo, simbólico.

La percepción de los genitales del padre aparece como una experiencia de otro nivel, podríamos decir transpersonal (si superamos la separación entre lo sagrado y lo sexual) y que en cualquier caso lleva a una profunda comprensión de la existencia.

Volviendo a la experiencia del hijo cuidando del padre anciano, cuenta Philip Roth la primera vez que tuvo que bañar a su padre impedido, tras haber atravesado el pudor de proponérselo y llevarlo a cabo:

Es un gusto (dijo el padre), echándose agua por el pecho con ambas manos. Débilmente al principio luego con más vigor, empezó a flexionar las rodillas y pude observar el funcionamiento de sus músculos en la parte baja de la pierna. Le miré el pene. No creo que se lo hubiera vuelto a ver desde que era pequeño y en aquella época me parecía enorme. Era correcto: grueso y robusto, la única parte de su cuerpo en que no se revelaba la vejez. Parecía en buen estado de funcionamiento. Más gordo que el mío, observé. Mejor para él, pensé. Si ha servido para proporcionarle placer a mi madre y a él, tanto mejor. Me quedé mirándolo atentamente, como si hubiera sido la primera vez, esperando que se me presentasen

los pensamientos. Pero no hubo ninguno más excepto la recomendación que me hice de fijarlo en la memoria cuando él estuviera muerto... Tengo que recordarlo todo con precisión, me dije, para poder recrear en mi mente el padre que me creó, cuando él no esté. No hay que olvidar nada (el subrayado es de Roth).

Como toda vivencia inefable, ante la cortedad de las palabras se recurre a la potencia del recuerdo visual para perpetuarlo, para no olvidar la profunda comprensión del linaje creativo.

Porque estamos hablando del sentido simbólico del falo, de su aura mítica de órgano creador y destructor, anclado en la vida y en la muerte, es decir, con un aspecto luminoso y vital y otro sombrío y asociado al peligro, la violencia, la angustia de castración y el daño irreparable, como clama Paul Theroux[29]: «la masculinidad, una mentira odiosa y castradora que es, por su propia naturaleza, destructiva, emocionalmente perjudicial y socialmente dañina».

Pero el analista jungiano Eugene Monick, en su obra *Phallos*[30], otorga a este símbolo la expresión de la divinidad masculina, o la masculinidad sagrada, encarnada en un varón creativo, fecundo, generador, atento, protector y compasivo, que vive en armonía con la tierra y la feminidad, y que es también erótico, libre, salvaje, enérgico y agresivo. Monick resalta igualmente su experiencia infantil: a los siete años se metió a explorar bajo las sábanas de su padre dormido:

Acurrucado en la oscuridad fui a parar a sus genitales. Enfoqué la linterna y contemplé el misterio. No sé cuánto tiempo estuve así... lo que puedo recordar es el poderosos efecto que el incidente tuvo sobre mí. Pienso ahora que estaba contemplando la masculinidad de mi padre como una revelación. Por supuesto que en ese momento no pude articular lo que era, tengo incluso dificultad para hacerlo ahora. Sé que la masculinidad estaba indiscutiblemente frente a mí. En aquellos órganos había una imagen que no había conocido antes. La imagen apuntaba a otro mundo... que era seguramente mi potencial interior para una vida sexual mía propia en el futuro, que entonces solo percibía vagamente... el principio de una conciencia transpersonal que se me hacía presente en relación con los órganos sexuales masculinos. Los órganos eran de mi padre y por ellos yo había llegado a existir. Eran también esencialmente arquetípicos —algo más que mi padre—. Él y yo estábamos unidos por una identidad masculina que tenía sus raíces más allá de nosotros dos.

Vinculación y misterio: este parece ser el fruto de la experiencia y lo que permite a Monick atribuirle un sentido espiritual.

Soy consciente de que estamos bordeando asuntos tabú en nuestra cultura, cuyos extremos patológicos serían el abuso y el incesto, tan penados como publicitados en nuestra sociedad.

No voy a referirme a ninguna forma de violencia sexual porque es más bien un asunto de juzgado: no tiene justificación alguna, aunque por desgracia se dé en el

ámbito familiar más de lo que creemos. Pero sí quiero rescatar algún testimonio sobre el incesto que en su momento me impresionó. El escritor marroquí Mohamed Chukri, que era analfabeto a los veinte años, con su esfuerzo y el apoyo de Paul Bowles, escribió su primera novela, *El pan desnudo* (que quiere decir «a secas»), de enorme e inmediato éxito, aunque prohibida en su país por retratar la miseria y la supervivencia. Chukri tiene un relato, «La herencia»<sup>[31]</sup>, donde cuenta la relación de un padre, Hedi, mutilado de guerra (brazos amputados), y su hijo Alal, la única persona con la que cuenta y de quien depende para sobrevivir dignamente. El hijo sustituye a la madre muerta, cuida primorosamente del padre, pero teme a las mujeres que se acercan a este con intenciones sospechosas. El ambiente del relato es de codicia y mezquindad, también en el hijo, que recela de todas aquellas que puedan arrebatarse la herencia: las vacas y ovejas que sustentan su economía. El padre no renuncia a casarse de nuevo, o bien que se case el hijo para que la nuera los cuide. Pero «¿y si se desliza entre ambos el diablo de la tentación? Por ella, por él o por ambos. No quiero ese destino. Estoy dispuesto a cuidarte y más que eso, padre». El hijo vigila a las «pretendientes» desvergonzadas que visitan al padre y alivian sus deseos y sus necesidades sexuales. Lo que se le ocurre es ocupar él ese lugar y espantar a las extrañas. Aprovecha el baño nocturno, amortiguando su nerviosismo con alcohol:

Alal está nervioso, en su mano izquierda la pastilla de jabón resbala poco a poco hacia abajo, como hace consigo mismo cuando se desvela. La buena señal le alegró. ¡Bienvenido, padre! Que Dios nos aleje de esas que te rodean, viejas y jóvenes. El leve masaje duró poco tiempo. Hedi suspira de placer. El deseo venía cargado. No median palabras entre los dos. Alal siente también placer, quizá más que Hedi. Es una serenidad que no había disfrutado desde que volvió de aquella maldita guerra. Los temblores de Alal se calman mientras suda. Y desde aquel baño y los baños nocturnos siguientes, Hedi no volvió a insistir más en casarse. Alal sabe que vivirá con su padre seguro y tranquilo.

Más allá de todos los componentes egoístas y mezquinos que subyacen en el relato, no deja de brillar una ternura que seguramente nos escandaliza. Endogamia, inmadurez, falta de límites, miedo a la vida y a sus diferencias... claro que sí, pero además una muestra de dependencia y fusión conmovedoras. El equivalente de hija-padre tiene otro ejemplo, en este caso biográfico, en el libro de Anais Nin *Incesto*<sup>[32]</sup>, con un tono más cínico y revanchista. Pero no vamos a entrar en él, porque desborda el marco convenido, que es el del vínculo entre varones.

Concluyendo, el sexo del padre viene cargado de múltiples símbolos. El falo representa también el inconsciente, especialmente el inconsciente masculino, ya

que el pene decide físicamente por sí mismo, con independencia de su «dueño» (el ego). Igualmente simboliza la polaridad muerte/renacimiento, ya que el miembro viril muere en el orgasmo y resucita en la excitación, tiene la capacidad de volver a la vida una y otra vez. Su vitalidad es parte del aprendizaje masculino de la vida, así que volvemos por donde empezamos: el sexo de papá afecta a áreas tan significativas de la psique del hijo que cataliza aspectos de maduración emocional y espiritual, además de todo el componente de identificación física y de espejo donde tantear la propia percepción y el diseño de sí.

---

[23] Ackerley, J. R., *Mi padre y yo*. Anagrama. Barcelona, 1991.

[24] Hillman, J., «Amor en la amistad viril». VV. AA: *Ser hombre*. Kairós. Barcelona, 1991.

[25] Stuparich, G., *La isla*. Minúscula. Barcelona, 2008.

[26] Auster, P., *La invención de la soledad*. Anagrama. Barcelona, 2006.

[27] Roth, Ph., *Patrimonio. Una historia verdadera*. Debolsillo. Barcelona, 2007.

[28] Kafka, F., *Padres e hijos*. Anagrama. Barcelona, 1999.

[29] Theroux, P., citado por K. Thompson en *Ser hombre, op. cit.*, 1991.

[30] Monick, E., «Falo y experiencia religiosa». En Thompson, *Ser hombre, op. cit.*, 1991.

[31] Chukri, M., *Rostros, amores y maldiciones*. Debate. Madrid, 2002.

[32] Nin, A., *Incesto*. Siruela. Madrid, 1998.

## SEGUNDA PARTE

# La búsqueda del encuentro

«Todo lo bueno es herencia. Lo que no ha sido heredado es incompleto, es comienzo».

Nietzsche, *Aforismo 47*

«No es posible de modo alguno que un hombre no tenga en su cuerpo las propiedades y predilecciones de sus padres, digan lo que digan las apariencias».

Nietzsche, *Aforismo 264*

## El amor venerativo

Una vez me perdí en el bosque. Mi padre, en vez de salir a buscarme, se tendió debajo de un árbol. Sus ronquidos me orientaron. Cuando despertó, me encontró dormido dentro del coche. Me puso una manta encima. Regresamos a casa.

J. Aguado, *Carta al padre*

Rescatar al padre suele ser un asunto largo y complejo, inseparable del proceso de maduración de cualquier varón. La psicoterapia es de gran ayuda, puesto que se trata de un espacio de indagación biográfica, de revisión de sentimientos sublimados o reprimidos, de limpieza y catarsis, es decir, de purga de lo dañino y doloroso de nuestra infancia como asunto personal, como compromiso con nosotros mismos. No vale responsabilizar a los padres por su torpeza, excepto como primer paso, como tapón para liberarse del tabú del cuarto mandamiento y poder legitimar la rabia y el dolor infantil por la falta de amor. Porque todos hemos tenido una falta de amor, o de mirada, o de presencia aceptadora, o como queremos llamarlo. Nuestros padres también venían con ese déficit de sus progenitores, son parte de la neurosis que se perpetúa de generación en generación en forma de plaga emocional que decía Reich.

Así que, por más que lo hayan hecho lo mejor que sabían, sufren sus propias limitaciones, y el hijo tiene que sanear lo recibido, previo cuestionamiento, para crecer y desarrollarse.

La psicoterapia favorece una sutil transformación de sentimientos rencorosos pendientes en comprensión humana, en tolerancia de lo inevitable y en aprecio de lo rescatable. Es un proceso de reparación interior: necesitamos reconstruirnos con mejores cimientos, más en contacto con lo que somos, eso que el adulto de ahora puede «entender» y que el niño de entonces no podía, bastante tenía con adaptarse y sobrevivir.

La clave en todo este proceso es la conciencia, la cual no es exclusiva de la

psicoterapia, sino la base del arte y la espiritualidad. Y hablando de artistas, en este caso novelistas-memorialistas, hay dos obras autobiográficas que ahondan conmovedoramente en la indagación filial del padre, y que ilustran ese tercer amor admirativo que los griegos llamaron «ágape» (por diferenciación de «eros» y «filia») y que Claudio Naranjo denomina «amor venerativo»: el amor atribuido al padre, al maestro, a dios o a los dioses:

El amor materno es generoso y compasivo. El amor filial se reconoce en la búsqueda elemental del placer y en la libre orientación hacia la felicidad... El amor paterno se expresa a través del respeto, la admiración y la devoción.[33]

El primer libro, *Tiempo de vida*[34], son las memorias de Marcos Giralt Torrente en relación con su padre, el pintor Juan Giralt, fallecido en febrero de 2007.

El segundo libro, *El olvido que seremos*[35] del colombiano Héctor Abad Faciolince, narra el vínculo con su padre, el líder académico-político Héctor Abad Gómez, asesinado en agosto de 1987 por las fuerzas reaccionarias paramilitares, en atentado jamás esclarecido judicialmente.

Ambos autores o son hijo único (Giralt) o el único varón (Abad), depositarios de expectativas especiales y con el peso añadido, sobre sus hombros, del prestigio del padre con el que comparten apellido e incluso nombre. Ambos, además, con profesiones artísticas que los hacen más susceptibles de comparaciones públicas con la figura paterna. Marcos Giralt añora una profesión diferente, «una profesión de verdad, no esta irresponsable prolongación de la infancia en que consisten los oficios artísticos»; si esto es cierto, podíamos pensar que las vocaciones u oficios artísticos perpetuarían la relación adolescente con el padre y con el mundo, una especie de miedo a crecer y a superar el modelo paterno o a fracasar en el intento. Pudiera ser.

Ambos relatos son textos de duelo y celebración. El duelo como un proceso agónico de muerte y transformación que supone masticar y escupir, desintoxicarse para nutrirse, cerrar un ciclo de conocimiento, poder hacer las paces consigo y con el progenitor. «Un duelo es una cosa extraña», dice Giralt, «un duelo se siente una vez que ha quedado atrás. Un duelo te aísla incluso de tí mismo».

La diferencia básica entre ambos relatos es el nivel de presencia del padre. Héctor Abad Faciolince disfrutó de una relación estrecha y amorosa con un padre que le apoyaba, que confiaba ciegamente en el hijo y le transmitía esa seguridad a nivel casi físico, por eso su pérdida en circunstancias tan dramáticas

fijó la idealización de su figura.

En el caso de Marcos Giralt Torrente, el divorcio de sus padres hace que empiece a perderlo en torno a los siete años. La vivencia de abandono, al principio tamizada por la madre, se va convirtiendo en conciencia de pérdida y en rencor más tarde.

El proceso es inverso: del cariño y la idealización, a la ausencia, duelo y reconocimiento (Abad); o del abandono y el resentimiento al encuentro y la admiración (Giralt). En ambos casos el amor filial ha de madurar, atravesando la patología de los vínculos actuales con los padres que señala Claudio Naranjo (dependencia idealizada, obediencia compulsiva y resentimiento) y de los que ya hemos hablado.

Empecemos por M. Giralt Torrente. Alude al taller del padre como el paraíso de su infancia («el mejor cuarto de juegos que tuve en mi infancia fue su estudio de pintor») del que será expulsado muy pronto. La pérdida de ese espacio y de esa presencia es vivida como un desmantelamiento emocional y material:

Mi padre se ausenta cada vez más, por temporadas desaparece por completo de mi vida cotidiana, pero conserva su estudio en casa... hasta que al cabo de unos meses regresó y se llevó el caballete, las cajas de pinturas, los lápices, los aerosoles... y el que había sido su estudio pasó a ser mi inmenso cuarto de privilegiado hijo único.

Triste manera de vivir «el edipo», eso que Freud definió como impulso universal al parricidio para ocupar el lugar del padre, aunque aquí convendría mejor el concepto de «infanticidio», según Pichon Rivière: las frecuentes, y también universales, maneras de dañar los padres a los hijos.

A lo largo de la adolescencia y juventud, esta vivencia de abandono se va convirtiendo en rencor y culpabilización, acusando al padre de todo:

de no verme lo suficiente, de no acordarse de mi cumpleaños, de no hacerme regalos, de desaparecer cuando sabe que las cosas a mi madre y a mí nos van mal, de veranear y viajar cuando yo no veraneo ni viaje, de incumplir sus promesas, de considerar que tiene más razones para quejarse que yo...

Hay una cierta conciencia de que esta forma de pensar es interesada: el padre le sirve al hijo para rebelarse, para construirse en su contra.

Pero es la enfermedad del padre (un cáncer irreversible) la que desencadena un vuelco en el hijo: empezar a admitir su dependencia («lo único que quería era tener más de él, estar más con él»), reconocer su admiración («quería aprender, parecerme a él, emularlo, imitarlo»)... «Su escasa fortuna o éxito no socavaba su prestigio ante mí, sino que le otorgaba un aura de romántico malditismo») y

sobre todo rendirse a la situación de que ahora es el hijo el adulto sólido:

Tengo la sensación de que, por fin, él ha bajado la guardia... Desde entonces, sin darme cuenta, me convierto en su padre y él en mi hijo. Nadie sabe lo que nos deparará el futuro, pero mientras se sienta débil y enfermo, buscará mi protección.

Comienza una relación de intimidad física y un proceso de perdón interior. El hijo se abre a la comprensión:

Nos atascamos porque ni él tenía aguante para atarse a mí ni yo tenía coraje para soltarme. Porque no éramos iguales ni demasiado diferentes. Porque ambos creíamos merecer más de lo que teníamos. Porque él no supo crecer ni yo tampoco. Nos atascamos porque compartíamos a mi madre, un recuerdo que tal vez él habría querido remoto de no haber estado yo... Le hice acreedor de una deuda que quise cobrarle cuando ya había expirado. Nos atascamos porque las grandes enseñanzas de la vida a menudo llegan demasiado tarde.

Acompañar al padre en los últimos años de su enfermedad ayuda al hijo a cerrar la herida, puesto que «mantener la herida puede ser rentable desde un punto de vista artístico. Pero solo los muy fuertes, o quienes han recibido un gran daño, aguantan toda la vida con ella abierta». Marcos Giralt apuesta por la curación a través del perdón:

Lo que todos los padres quieren oír alguna vez de boca de sus hijos es que los errores no cuentan, que las intenciones eran buenas y que simplemente les sorprendió el tiempo.

El caso de Héctor Abad Faciolince es opuesto y complementario, puesto que el vínculo con su padre se nutre de una cercanía física y emocional bastante poco frecuente en su medio:

Mi papá y yo teníamos un afecto mutuo (y físico, además) que para muchos de nuestros allegados era un escándalo que limitaba con la enfermedad. Algunos parientes decían que mi papá me iba a volver marica de tanto consentirme... Me felicitaba por mis primeras letras con un gran beso en la mejilla, al lado de la oreja. Besos grandes y sonoros que aturdían y se quedaban retumbando en el tímpano, como un recuerdo doloroso y feliz, durante mucho tiempo.

Semejante vivencia amorosa viene incrementada por la admiración sin límite hacia un padre de ideas progresistas irrenunciables, sumamente tolerante con su entorno, pero defensor a ultranza de sus principios, aunque eso le complicara periódicamente su vida. Se convierte así en un modelo de apertura, de forma que el hijo puede contrastar la educación recibida (religiosa y burguesa, como corresponde a su clase social), con los libros, charlas y reflexiones que su padre

le transmite y fomenta, al servicio de desarrollar un criterio propio y libre.

Es claramente un padre educador en el sentido humanista del término, cuya transmisión de valores es más por contagio actitudinal que por traspaso de mandatos o creencias. El padre es una figura realmente admirable en la Colombia de la época: médico comprometido en proyectos de salud pública, profesor universitario capaz de renunciar a su cátedra al percibir presiones políticas y crear, por el contrario, una Escuela de Salud Pública revolucionaria o pasar largas temporadas en países subdesarrollados como consultor de la OMS y como exilio enmascarado cada vez que arreciaban las persecuciones reaccionarias.

A los ojos del hijo, este padre

tenía los más grandes arranques de idealismo, que le duraban años dedicados a causas perdidas, como la reforma agraria o los impuestos a la tierra, como el agua potable para todos, la vacunación universal o los derechos humanos, que fue su último arrebato de pasión intelectual y el que le llevó al sacrificio.

Sin embargo, la admiración confesa del hijo no es tanto ideológica como psicoemocional, basada en la confianza incuestionable que el padre le demuestra, por encima incluso de la autoestima (baja) del hijo:

Lo que sentía con más fuerza era que mi papá confiaba en mí sin importar lo que yo hiciera, y también que depositaba en mí grandes esperanzas (aunque siempre corría a asegurarme que no era necesario que yo lograra nada en la vida, que mi sola existencia era suficiente para su felicidad). Esto significaba, por un lado, una cierta carga de responsabilidad, un peso, pero un peso dulce, no era una carga excesiva... Nunca, ni cuando cambié cuatro veces de carrera, ni cuando me expulsaron de la universidad, ni cuando estuve desempleado teniendo ya una hija que mantener, ni cuando me fui a vivir con mi primera mujer sin casarme, nunca oí censuras ni reclamos de su parte, siempre la más tolerante y abierta aceptación de mi vida y mi independencia.

Para el concepto de padre que generalmente tenemos, este modelo es, como poco, provocador y desconcertante: ¿es que no son imprescindibles la guía y los límites?, ¿qué pinta entonces la figura del padre?, ¿no será una indiferencia disfrazada de libertad y tolerancia?, y tantas otras preguntas que puede alimentar el miedo a la autonomía o la desconfianza en la autorregulación. A la postre, para el hijo también es imprescindible el cuestionamiento y separación de una figura tan benevolente y sin fisuras, tan idealizada y amada:

Un papá tan perfecto puede llegar a ser insoportable. Aunque todo lo que hagas le parezca bien, llega un momento en que, por un confuso y demencial proceso mental, quieres que ese dios ideal ya no esté allí para decirte siempre que sí... En ese final de la adolescencia uno no necesita un aliado sino un antagonista. Pero era imposible pelear con mi papá, así que la única forma de enfrentarme a él era haciéndole desaparecer, así muriera yo en el intento.

Un intento que a punto estuvo de cumplirse a causa de un accidente automovilístico por exceso de velocidad, pero fueron los paramilitares quienes, unos años más tarde, asesinaron al doctor Abad.

Lo que siguió fue dolor, impotencia, exilio en Europa, y un largo duelo que concluyó con la escritura de este libro:

Guardé en secreto, durante muchos años, esa camisa ensangrentada, con unos grumos que se ennegrecieron y tostaron con el tiempo. No sé por qué la guardaba... como un acicate para la memoria, como una promesa de que tenía que vengar su muerte. Al escribir este libro, la quemé también, pues entendí que la única venganza, el único recuerdo y también la única posibilidad de olvido y de perdón consistía en contar lo que pasó y nada más.

Ese proceso duró veinte años. A diferencia del fantasma del padre de Hamlet que exige, en sueños, venganza:

mi papá siempre nos enseñó a evitar la venganza. Las pocas veces que he soñado con él... nuestras conversaciones han sido más plácidas que angustiadas, y en todo caso llenas de ese cariño físico que siempre nos tuvimos. No hemos soñado el uno con el otro para pedir venganza, sino para abrazarnos.

Desde hace años Claudio Naranjo viene transmitiendo la concepción de su maestro, Totila Albert, del ser humano tricerebrado que necesita integrar estos tres amores en su búsqueda de la unidad. El aspecto instintivo (en referencia al cerebro primitivo también llamado reptiliano) corresponde al espíritu libertario del hijo, a su entrega al impulso y al placer, a aquello que los griegos sabiamente personalizaron en el dios Dionisos. El cerebro límbico (que compartimos todos los mamíferos) corresponde al amor compasivo materno, ese espíritu misericordioso que el cristianismo personifica en María. El cerebro cognitivo (neocórtex), identificado con el amor paterno, no se refiere tanto a la figura del dios patriarcal bíblico, sino que lo representaría mejor el espíritu del Buda, pacífico y omnicomprendivo. Este amor de respeto y veneración a los valores completa el amor caritativo materno y el amor instintivo filial, en pos de la armonía de esta trinidad psicoespiritual.

En la relación padre-hijo que estamos enfocando podemos preguntarnos cómo desarrollar este amor admirativo cuando adolecemos tanto de la figura paterna.

No se puede admirar o apreciar lo que no se tiene o no se ve. Por eso es tan complicado encontrar la puerta que nos abre a los valores, a los maestros, y al reconocimiento de quienes nos precedieron.

Los dos libros aquí comentados pueden servir de testimonio de esta dificultad y, a la vez, de su transformación. Tanto Giralt Torrente como Abad Faciolince rinden un homenaje a la memoria del padre, pero sobre todo ilustran honestamente el proceso de reconstrucción interna de este amor admirativo que devuelve respeto y reverencia a donde hubo carencia o sobreabundancia, dos caras de la misma moneda, dos caminos en la travesía del no-ser al ser, eso que la psicoterapia define como un proceso terapéutico de maduración personal que permite desapegarse del rol de hijo para asumir la propia paternidad adulta. Marcos Giralt acaba en este sentido su relato:

En los primeros días de septiembre de 2008 supe que sería padre a finales del próximo mayo. Apenas queda ya mes y medio. La vida no se detiene... Pienso en mi hijo aún no nacido, que llevará su nombre, y me pregunto en qué lo condicionaré, en qué le fallaré, qué deberé perdonarle yo y qué deberá perdonarme él... qué recordará de mí con nostalgia. Me gustaría conservar algo de lo mejor de mi padre para que le llegue a través de mí.

---

[33] Naranjo, C., *Sanar la civilización*. Edit. La Llave. Barcelona, 2009.

[34] Giralt Torrente, M., *Tiempo de vida*. Anagrama. Barcelona, 2010. Me sorprendió gratamente coincidir con Giralt en tantos relatos de los que han abonado estas reflexiones: ambos compartimos, por lo que veo, la lectura de Auster, Ackerley, Roth, Stuparich, Abad Faciolince, etc.

[35] Abad Faciolince, H., *El olvido que seremos*. Seix Barral, Barcelona, 2007. Por mediación de Juan Londoño conocí a Héctor Abad en 2005 y mantuvimos correspondencia: se extrañaba de que su libro pudiera tener una lectura «psicoterapéutica» que yo defendía como testimonio más revelador que muchos textos clínicos. Accedió incluso a colaborar en el *Boletín* de la AETG dedicado al padre (2016), aunque no llegó a materializarse. Agradezco desde aquí su disponibilidad y cercanía.

## El mentor

Mi padre es alto. Mi padre es bajo. Mi padre fuma. Mi padre no fuma. Mi padre pega. Mi padre acaricia. Tengo dos padres. No tengo ninguno.

J. Aguado, *Carta al padre*

El vacío del padre tiende a rellenarse con otras figuras que suplan esa presencia. La psicología ha registrado el concepto de «Función Padre» precisamente para entender el proceso simbólico que los varones construimos dentro de nosotros para responder a esta orfandad emocional. Digamos que «adoptamos» figuras sustitutivas del padre porque necesitamos resolver esta carencia, y ya que no existe la persona, al menos queda la función. Esta función sería, sobresimplificando, orientar hacia el mundo exterior, guiar el pasaje desde lo doméstico hacia lo social.

La figura del mentor o tutor cumple estos atributos. En una investigación de 1977, Georges Vaillant<sup>[36]</sup> descubrió que los hombres exitosos entrevistados (científicos, académicos, hombres de negocios, etc.) habían tenido mentores. Más del 95 por ciento citaban a los padres biológicos como ejemplos negativos o como personas que no ejercieron ninguna influencia. A la vez todos habían olvidado o negado los roles modelos o los ideales con que se identificaron en la adolescencia, reemplazándolos en su juventud por los mentores. Para estos hombres jóvenes el tutor se convirtió realmente en el mejor padre que anhelaban.

También entre los intelectuales españoles antes aludidos encontramos testimonios reveladores<sup>[37]</sup>:

Yo he estado toda mi vida obsesionado con las imágenes simbólicas del padre. Desde los dieciséis años la figura de una persona mayor que me comprende y con la que hablo íntimamente, se convierte en algo de lo que no puedo prescindir, y he tenido la suerte de que ese papel lo ejercieron personas de valía extraordinaria, como Vicente Aleixandre, que fue mi segundo padre, la persona con la que completé una perfecta relación paterno-filial. Alguien cincuenta años mayor que yo que tenía mucha curiosidad por ti, que te comprendía. Yo le contaba absolutamente todo, sin ningún tipo de veladura. Era un consejero nato,

como un padre espiritual... algo que luego he querido reproducir con Juan Benet y con algunos amigos de mi edad o mayores.

Vicente Molina Foix

Yo creo que hay unas funciones esenciales, elementales, arcaicas, verdaderamente trascendentes, en el sentido de inherentes a toda función humana, a toda sociedad, a todo registro propiamente humano, y entre esas está la función del saber, la función de iniciar al conocimiento y de iniciar a la vida, es decir, la función del padre. Tengo una opinión muy noble de la función del padre y no creo que nadie pueda realizarse en esta vida sin soñar al menos con que esa función tenga un sentido.

Víctor Gómez Pin

Las palabras de Gómez Pin completan la confesión de Molina Foix, que ilumina otro aspecto esencial del tema: el grado de intimidad. ¿Acaso alguna vez pudimos hablar confiada y transparentemente con nuestro padre? Algunos creen que es imposible y desde luego no deseable (por aquello de que un padre ni es ni debe ser un amigo). Tampoco es fácil la intimidad profunda con los iguales, primero porque las preguntas esenciales sobre qué cosa sea eso de ser hombre ni siquiera nos las formulamos nosotros mismos (o solo en sordina, como un pensamiento sin definición, allá por el fondo) y menos a otros hombres igual de confundidos y con vergüenza a entrar en semejante nivel de desvelamiento. Paradójicamente, es más fácil compartir el duro aprendizaje de la sexualidad, donde al menos tenemos al instinto como aliado.

Se establecen así profundos silencios internos, y ahí empieza esa sucesión de sobreentendidos con que cada cual condimenta su peculiar receta de ser hombre. Pero si algo ayuda a orientarse en esta tierra desconocida y sin mapas es proyectar esa función de guía en algún otro adulto con el que identificarse o al que tomar como referente.

A esta figura es a la que llamamos mentor, en homenaje al amigo de Ulises, Mentor, hijo de Alcimo, a quien encargó el cuidado e instrucción de su hijo Telémaco cuando embarcó para la guerra de Troya. Digamos que Ulises delegó en Mentor las tareas paternas que su ausencia impediría, con evidente conciencia de la necesidad de guía para todo joven en desarrollo.

El mentor es un padre espiritual, un educador libre de los excesos y las exigencias de la sangre. Lo que adolece de apego afectivo (nunca podrá sustituir el amor de un padre), lo gana en naturalidad y libertad, como una autoridad menos amenazante que permite a veces un alto grado de confianza e intimidad. Nada que ver con el instructor-capataz de la cultura anglosajona, empeñado en domesticar todo lo que suene a salvaje o simplemente espontáneo: es un transmisor de la norma, no un educador de la persona.

El mentor es alguien mayor en experiencia y conocimiento, si no, de poco valdría. Solo así puede suplir la ausencia paterna y tratar de cumplir sus funciones. ¿Cuáles son esas funciones?

Siguiendo a Arnoldo Liberman[38], las funciones del padre para con el hijo se basan en: iniciar en el conocimiento, germinar en la vida, educar y dirigir conductas de crecimiento autónomo y enseñar cómo actuar frente al infortunio.

La primera (iniciadora) alude al padre educador, el que traduce el mundo externo (con sus códigos) al hijo para que lo entienda. Es como enseñar el alfabeto y aprender el idioma de ese ámbito extranjero que es el mundo para poder desenvolverse en él. Esta es también, literalmente, la tarea del mentor.

La segunda función (germinar) me parece más sutil. Si se entiende como ayudar a crecer y desarrollarse, es obvio que esta es la tarea de cualquier padre proveedor: el que trae «nutrientes» que faciliten que el hijo pueda tener lo necesario, lo materialmente imprescindible para su salud y para su desarrollo intelectual y psicológico.

Pero «germinar» también implica preparar la tierra o el huerto donde la planta nazca, donde encuentre su hábitat óptimo. Visto así, la función paterna que de aquí se deriva es la de incorporar al hijo a los espacios que el padre frecuenta y maneja: incluirlo en un mundo determinado —el suyo— como parte de la transmisión. Puede ser tanto presentarlo en la sinagoga (como el rito tradicional del bar mitzvah) como compartir sus aficiones (llevarlo a pescar, a la montaña o a los partidos de su equipo de fútbol...). Es transmitir un ámbito (de acción, de interacción, de vínculos), darle un lugar en el clan y en los valores, como quien engancha un nuevo eslabón en la cadena original. Es un rol de puente, de intermediario entre lo nuevo y lo ya existente, más propio del padre que del mentor; creo que esta es una de las funciones más genuinas de la paternidad: la provisión de ese espacio de «germinación».

Las dos funciones restantes son claramente compatibles (o competencias intercambiables) entre el padre y el mentor, incluso pueden ejercerse mejor sin el peso de la biología. Educar en/hacia la autonomía solo puede hacerlo alguien que ha resuelto el núcleo básico de su dependencia o que al menos tenga conciencia de su importancia y gravedad. Lo cual no es muy frecuente: abundan más bien los adultos rebeldes-reactivos-egocéntricos, o los instalados-conformistas-desengañados e incluso escépticos-nihilistas-pasotas. Faltan hombres conscientes de sus recursos y de sus limitaciones reales, capaces de percibir lo radiante y lo sombrío de su personalidad, es decir, de su capacidad y de su déficit.

Y, finalmente, la respuesta al infortunio suele ser inmadura: o se niega la desgracia, o se queda uno pegado a ella, reaccionando con sequedad emocional o cayendo en un hundimiento devastador... Más raramente se encuentran adultos que sepan combinar el dolor con la entereza, la fragilidad con la confianza, la frustración con la aceptación de las cosas como son. Es decir, un padre con contradicciones explícitas, con varios registros, más allá de los extremos fijos y caricaturales del autoritario insensible o del apocado impresentable.

El padre como sustentador de estas funciones que acabamos de revisar y el progenitor no tienen porqué coincidir. Como dice Françoise Dolto<sup>[39]</sup>:

A menudo se produce cierta confusión entre el padre y el progenitor. Al ser humano le bastan tres segundos para convertirse en progenitor. Una aventura completamente diferente es ser padre... Tanto mejor, tal vez, si coinciden, pero en el fondo solo hay padres adoptivos. Un padre siempre debe adoptar a su hijo.

Esto supone reconocerle como distinto (no una extensión biológica y ciega de sí), diferenciar naturaleza y cultura, y, a partir de aquí, comprometerse en el proceso educacional que lleva de la una a la otra. Tarea muy compleja que transita de lo biológico a lo espiritual, por eso la mayoría de las veces no se plasma en la misma persona, incluso es deseable que así sea a partir de la adolescencia, siempre que se tenga la fortuna de encontrar un paternaje del espíritu que sustituya al de la carne.

Antiguamente tuvo mucha importancia el «director espiritual» que en su mejor sentido era un guía, no un adoctrinador moral. Actualmente la figura del maestro y la del terapeuta encarnan esta función en sentido profundo: no tanto de instruir o facilitar recursos técnicos como de ayudar a desarrollar el potencial genuino del discípulo o paciente. El relato memorialístico de Mitch Albom, *Martes con mi viejo profesor*<sup>[40]</sup>, ilustra bellamente la influencia que tuvo su profesor de sociología, Morrie Schwartz, no tanto durante sus estudios universitarios sino años más tarde, cuando el profesor fue diagnosticado de ELA (esclerosis lateral amiotrófica) y el discípulo, ya establecido como periodista, decidió volar todos los martes de Detroit a Boston para pasar unas horas con su viejo profesor y, además de acompañarle, nutrirse de su amor y sabiduría en ese último tramo de su vida. Los encuentros son pequeñas lecciones sobre los asuntos existenciales realmente importantes. Hablan del mundo, de los sentimientos, de la muerte, del matrimonio y de la familia, del dinero, de la vejez, del amor, del perdón...

—Esta cultura no te anima a pensar en estas cosas hasta que estás a punto de morirte... Estamos muy ocupados con billones de actos pequeños que solo sirven para salir adelante. De forma que perdemos la

costumbre de contemplar nuestra vida desde fuera y decimos: ¿esto es todo?, ¿es esto lo que quiero?, ¿me falta algo?

Entendí lo que me decía. Todos necesitamos maestros en nuestras vidas. Y el mío estaba sentado delante de mí.

Las palabras del maestro, a lo largo de todas estas visitas, son joyas de sabiduría que responden a las preguntas básicas que le hace nada más reencontrarse: ¿has encontrado a alguien con quien compartir tu corazón? ¿Estás aportando algo a tu comunidad? ¿Estás en paz contigo mismo? ¿Estás procurando ser tan humano como te sea posible?

Preguntas «terapéuticas» por excelencia, que le hacen al joven revisar su vida y sus intereses.

Es especialmente conmovedor el ejemplo del maestro respecto a eso de «responder al infortunio» que decíamos antes:

Le pregunté a Morrie si sentía lástima de sí mismo.

—A veces, por la mañana —me dijo—. Me palpo el cuerpo y deploro lo que he perdido. Deploro el modo lento e insidioso en que me estoy muriendo. Pero a continuación dejo de lamentarme. Me permito un buen llanto si lo necesito: esa es toda la autocompasión que me concedo. Un poco cada mañana, algunas lágrimas y eso es todo.

Por más que abunden los ejemplos de sabiduría para el hambre de conocimiento del alumno, la enseñanza básica de esta figura de maestro-mentor es su actitud amorosa, la ternura manifiesta y el reconocimiento filial. Parece un padre-madre, un modelo afectivo más propio del corazón, de forma que, cuando el joven le pregunta por quién gana en la lucha perenne de la vida entre opuestos, entre las contradicciones que nos tironean, su respuesta es: «Gana el amor. El amor gana siempre».

Veamos otro ejemplo de mentor más basado en la admiración intelectual y artística, como fue Wagner para Nietzsche. El padre de Friedrich Nietzsche, Karl Ludwig Nietzsche, pastor protestante e hijo de pastores, nació el mismo año que Richard Wagner (1813), aunque murió mucho más joven, a los treinta y seis años, cuando su hijo Friedrich era un niño a punto de cumplir los cinco años. El retrato del padre<sup>[41]</sup> es el de un hombre amable, catequista y predicador de talento, además de entregado a la música: tenía una especial capacidad para

improvisar al piano, que quiso transmitir a su hijo, sentándolo a menudo con él frente a las teclas.

Nietzsche echó de menos a su padre toda la vida, hasta que conoció a Wagner. De ambos dejó escritos idealizadores: a su padre lo retratará a los catorce años (diez después de su fallecimiento) como

una figura alta y delgada de rasgos delicados y porte agradable. Apreciado y bien recibido en todas partes, tanto por su ingeniosa conversación como por su amable simpatía, honrado y querido por los campesinos, un cariñoso marido y un padre amante...

A Wagner lo trata de genio en carta a un amigo:

Hay en él un idealismo tan intransigente, tan profunda y afectuosa humanidad, tal exaltada seriedad de propósito, que cuando me encuentro cerca de él me siento como en presencia de lo divino.<sup>[42]</sup>

El encuentro, promovido por Wagner después de conocer una breve pieza musical compuesta por Nietzsche, introducirá al joven profesor de filología en el mundo del músico, como en una deslumbrante nueva familia artística. El arrebató de Nietzsche por la música de Wagner, el enamoramiento de su esposa, Cósima Liszt (veinticinco años menor que Wagner, siete mayor que Nietzsche), la fascinación por el ambiente artístico cultural en el que fue incluido como un hijo adoptivo (Wagner le asignó dos habitaciones permanentes), restauran en Nietzsche el hogar cálido y permisivo que no había tenido. Un aforismo muy posterior (en *Humano, demasiado humano*) lo revela:

Corregir la naturaleza: cuando no se tiene un buen padre, hay que «hacerse» con uno.

Wagner será ese padre mentor que apoya los inicios literarios de Nietzsche, así como la escritura de su primer libro, *El nacimiento de la tragedia*, que aprecia su talento intelectual, con quien comparte la filosofía de Schopenhauer y, sobre todo, la concepción del arte.

Todo este universo es el que Nietzsche vuelca en *El nacimiento de la tragedia* (1871), libro de homenaje a la música wagneriana, sutilmente manipulado por Wagner (que necesita una mente filosófica mejor que la suya para apoyar sus postulados musicales, alguien que reivindicque teóricamente el aspecto dionisiaco de «obra de arte total» al que aspira su ópera), y que a la vez le permite a Nietzsche superar su inhibición y revelar su pensamiento al mundo, hacerse escritor y filósofo, gracias a la ayuda del padre-mentor.

Durante años en la casa de los Wagner en Tribschen, Nietzsche vive inmerso

en un triángulo:

He mantenido una intimidad casi increíble con Richard y Cósima Wagner. Durante algunos años hemos poseído juntos todo lo grande y lo pequeño, en medio de una confianza sin límites.

Un triángulo claramente delimitado por el egocéntrico Wagner: Cósima y la música le pertenecen a él, el intelecto y la filosofía a Nietzsche. Este debe asumir el rol de tercero, ya que: «el gozoso camino del amor y la creación quedarán en manos de Richard Wagner, que ocupa el lugar del padre» (Lieberman).

La veneración durará una década. Nietzsche necesita liberarse de la admiración a sus maestros, tanto de la filosofía de Schopenhauer como de los postulados artísticos de Wagner, a quien acusará de halagar los instintos nihilistas y de camuflarlos por medio de la música, lisonjeando al cristianismo y cualquier otra forma de expresión religiosa decadente.

La crisis con su mentor irá tomando cuerpo en el otoño de 1876. Comienza *Humano, demasiado humano*, el libro que inaugura la filosofía de madurez y que dedica a Voltaire. Dice en el prólogo:

No he superado la desilusión del verano de 1876: las imperfecciones de la obra y del hombre se me hicieron enormes. Yo quería al Wagner que había conocido, un ateo honesto e inmoralista que inventó el personaje de Sigfrido, el hombre perfectamente libre... Que Wagner al envejecer hubiese cambiado, apenas me importa: casi todos los románticos de esa especie terminan bajo la cruz... Todo esto me repugna.[\[43\]](#)

Con la misma intensidad pasará Nietzsche del encantamiento wagneriano al odio hacia este padre adoptado, pero la función interna ha cumplido su cometido: Nietzsche encontró un modelo («Yo miro con los ojos de Wagner») para luego derribarlo y apoyarse en su propia mirada.

Curiosamente, se publica la primera parte de *Así habló Zaratustra* cuando acaba de fallecer Wagner (1883). Estas son las últimas palabras de Zaratustra:

Ahora parto yo solo, queridos discípulos. Y vosotros también debéis partir solos. Así lo quiero yo... Mal se paga al maestro cuando se sigue siendo su discípulo... Me encontrasteis cuando todavía no os habíais buscado... Ahora ya os mando que me perdáis y que os encontréis. Y solo cuando todos hayáis renegado de mí, volveré entre vosotros... los dioses han muerto y ahora queremos que viva el superhombre: un gran Mediodía, esta será nuestra última voluntad.[\[44\]](#)

Nietzsche anima al lector a desmarcarse de una pseudoidentidad que puede esterilizarlo. Se rebela a pagar el precio de perder su originalidad y apostará a partir de entonces por su obra, sus contradicciones, su soledad intrínseca y todo

lo que convierte su destino en un auténtico «viaje del héroe» hacia su propia esencia.

Un viaje que acaba en la locura como podría haber acabado en la liberación.

Quiero cerrar esta reflexión sobre los padres sustitutos con otra historia menos trágica. La novela «biográfica» de J. R. Moehringer *El bar de las grandes esperanzas*<sup>[45]</sup> aporta una experiencia muy peculiar: aquí el mentor no es una persona, sino varias, y, sobre todo, un espacio: el bar donde el joven huérfano encontrará modelos, afecto, educación emocional y existencial. Así se describe el autor:

Mi lista de necesidades era larga. Hijo único, abandonado por mi padre, necesitaba una familia, un hogar. Y hombres. Sobre todo hombres. Los necesitaba para que me sirvieran de mentores, de héroes, de modelos, y como una especie de contrapeso masculino de mi madre, mi abuela, mi tía y las cinco primas con las que vivía. El bar me proporcionaba a todos los hombres que necesitaba, más dos o tres que no me hacían ninguna falta... Me devolvió la fe cuando era niño, cuidó de mí de adolescente y me acogió cuando me convertí en un hombre joven.

La vieja taberna está cerca de la casa de los abuelos donde han ido a caer la madre y nuestro protagonista, abandonados por un padre inmaduro. Este lugar cobra un sentido sagrado, de refugio donde estar a salvo y poder ser.

Decía que en el bar había encontrado a los padres que necesitaba, pero no es del todo cierto. En determinado momento fue el bar mismo el que se convirtió en mi padre, y todos aquellos hombres se fundieron hasta convertirse en un inmenso ojo masculino que me observaba y me proporcionaba la alternativa a mi madre.

El intercambio es recíproco: los hombres le aceptan y van incluyéndolo en su círculo porque

nunca vieron a otro niño contemplarlos con ojos tan brillantes, tan llenos de veneración por ellos. Mi devoción era algo nuevo para ellos y creo que les hizo quererme a su manera.

El relato está lleno de secuencias conmovedoras, especialmente aquellas que suponen un grado mayor y nuevo de inclusión, como iniciaciones a la confianza masculina: el respeto que se gana al resolver los crucigramas donde los adultos han fracasado, el reconocimiento que estos mismos adultos le otorgan al llevarle con ellos a la playa u otras actividades fuera del bar, las confidencias que le dejan escuchar y presenciar, etc. Todo un proceso de hacerse hombre a través de estas pruebas/conquistas que van configurando su identidad.

Un ejemplo excelente de ese espacio «germinal» donde aprender y nutrirse de

la hombría que falta en casa. El bar del relato de Moheringer cobra una dimensión coral, de padre colectivo, tan válida como los anteriores modelos de mentor que hemos revisado.

---

[36] Vaillant, G., *Adaptation to life*. Little Brown, Boston. Citado por Samuel Osherson en *Al encuentro del padre*. Cuatro Vientos. Chile, 1993.

[37] Charles, M., *op. cit.*, 1990.

[38] Liberman, A., *op. cit.*, 1994.

[39] Dolto, F., *El evangelio ante el psicoanálisis*. Cristiandad. Madrid, 1977. Citado en Recalcati, *op. cit.*, 2014.

[40] Albom, M., *Martes con mi viejo profesor*. Maeva. Madrid, 2000.

[41] Las fuentes que he utilizado para la biografía de Nietzsche son: A. Liberman (cap. 5: F. Nietzsche o el padre muerto, *op. cit.*, 1994), Blas Matamoro (*Nietzsche y la música*. Fórcola. Madrid, 2015) y la traducción reciente de la biografía de R. J. Hollingdale, actualizada desde su aparición en 1965 y su revisión de 1999.

[42] Hollingdale, R. J., *Nietzsche, el hombre y su filosofía*. Tecnos. Madrid, 2016.

[43] D'Íorio, P., *El viaje de Nietzsche a Sorrento. Una travesía crucial hacia el espíritu libre*. Gedisa. Barcelona, 2016.

[44] Nietzsche, F., *Así habló Zaratustra*. La versión que manejo es el tomo VI de las Obras Completas que publicó Aguilar (Madrid) en 1932, ejemplar histórico que le debo a Pepe Valero, otro nietzscheano de pro. Lo que importa es la traducción espléndida de Eduardo Ovejero, superior incluso a la de Sánchez Pascual. También Porrúa (México) ha publicado las traducciones de Ovejero.

[45] Moehring, J. R., *El bar de las grandes esperanzas*. Duomo Ediciones. Barcelona, 2015.

## Cantar al padre

Mi padre llegaba cansado del trabajo. Caminaba durante horas repartiendo cartas, paquetes. Calentaba agua, la vertía en una jofaina antigua desportillada, sumergía en ella hierbas aromáticas. Entonces se descalzaba y metía los pies dando un suspiro. Yo hacía barcos de papel y organizaba batallas navales entre los arrecifes de sus dedos. Cada vez que terminaba una página doble del periódico que estaba leyendo, me la pasaba para que repusiera la flota. Felicidad.

J. Aguado, *Carta al padre*

Y seguimos con artistas, en este caso poetas y músicos, que aportan su particular punto de vista al tema. Mis preferencias pertenecen a la música anglosajona de los sesenta a los noventa, así que a ella voy a remitirme.

La música rock tuvo en origen una clara vocación de rebeldía; además de escandalizar a las «madres» con sus alusiones más o menos explícitas a la sexualidad, su provocación es eminentemente antipatriarcal, de cuestionamiento y/o desprecio de los valores establecidos y de abierta oposición a la «ley del padre» en cualquiera de sus ámbitos: de ahí su actitud antijerárquica, antimilitarista, antisistema económico-productivo y descaradamente hedonista frente al rol serio y responsable de la masculinidad convencional.

Como todo arte adolescente-juvenil, parece responder al modelo heroico de «matar al padre». Pero los músicos maduran y antes o después vuelven a este asunto inconcluso para entenderlo y entenderse. El fallecimiento del padre suele provocar una crisis personal que tiene algo de quiebra de un espejo: se rompió la imagen del «enemigo estructurante» y de pronto el espejo se deshacía, no se ve nada, se produce una especie de bloqueo o una parálisis que infantiliza, en el sentido de dejarnos sin palabra (*in-fans*=mudo). Hay que enfrentarse a este vacío y atravesarlo para encontrarse, que es lo que el artista hace con su arte si desea sobrevivir.

Podemos encontrar canciones que ilustran cada uno de los estadios de esta búsqueda del padre, desde el anhelo al encuentro, pasando por el conflicto y el

ajuste de cuentas. Veámoslo.

## ¿Dónde estás y cómo acceder a ti?

Esta podría ser la pregunta de origen que sostiene el anhelo del hijo, tantas veces frustrado por ausencia o poca presencia del padre.

La canción de los Beatles «Nowhere man» de 1965, cuya música y letra escribió John Lennon<sup>[46]</sup>, retrata a una persona desarraigada y extraña para sí y para el mundo:

*Es un auténtico hombre de ningún lugar,  
sentado en su tierra de nadie  
haciendo sus planes marcianos para nadie.  
No tiene un punto de vista,  
no sabe a dónde va.  
¿No se parece un poco a ti y a mí?*

La canción, que se ha interpretado como el perfil del hombre moderno sin raíces, una reflexión filosófica sobre los tiempos de la despersonalización, Lennon la explica como una visión de sí en un momento de su vida de confusión y falta de orientación. Pero también refleja la figura de su padre ausente, Alfred Lennon, marino mercante que ni estuvo en el nacimiento de su hijo, por estar embarcado, ni frecuentó demasiado a la familia. Quiso recuperar al hijo a los cinco años, y John, tironeado, decidió finalmente quedarse con la madre (que en cualquier caso ejerció poco de tal: lo entregó a su hermana sin hijos, así que John Lennon fue criado por sus tíos). Veinte años estuvieron padre e hijo sin saber el uno del otro. El primer paso lo dio el padre telefoneando a John en 1965 (año de la canción) como un tímido intento de contacto, sin continuidad significativa.

*Hombre de ningún lugar, escucha por favor,  
no sabes lo que te estás perdiendo...  
No puede estar más ciego  
solo ve lo que quiere  
Hombre de ningún lugar, ¿de verdad no me ves?*

Es esta falta de mirada lo que resulta inconcebible para el hijo. Eric Clapton lo canta con más desesperación en «My father's eyes»<sup>[47]</sup>:

*Busco en los ojos de mi padre, los ojos de mi padre*

*entonces es cuando necesito los ojos de mi padre  
los ojos de mi padre.*

La canción, que repite hasta el infinito este estribillo desolado, está escrita en 1998. Clapton no conoció a su padre (fallecido en 1985). En su biografía<sup>[48]</sup> explica así la génesis de la canción: «Traté de describir el paralelismo entre mirar a los ojos de mi hijo [muerto trágicamente a los cuatro años] y a los ojos de mi padre, al que nunca conocí, a través de la cadena de nuestra sangre». También en ella Clapton se avergüenza de sus malos pasos y de la pérdida de referentes:

*¿Cómo me convertí en esto,  
... en un sinvergüenza que corre...?  
¿Qué he hecho,  
cómo lo conoceré  
cuando mire a los ojos de mi padre?...  
¿Dónde encontrar las palabras que decir?  
¿Cómo puedo enseñarle?*

Un duelo desbordado de arrepentimiento, de culpa y de esperanza de perdón que el músico (hijo y padre a la vez) busca dentro de sí, a través del dolor transformador:

*... Oigo aquellas viejas canciones de cuna  
y mientras veo crecer las semillas  
mi corazón empieza a desbordarse...  
ahora soy como un puente que al agua arrastró,  
mis cimientos estaban hechos de barro.  
Mientras mi alma se entrega a la muerte...  
me he dado cuenta, poco a poco  
que él estaba aquí conmigo.  
Y busqué en los ojos de mi padre...*

Otra versión del padre ausente (y no tanto por abandono como por cultura convencional: el padre siempre está fuera) nos la canta Leonard Cohen en la «Nana del cazador»:

*Tu padre se ha ido a cazar  
se ha internado en el bosque salvaje  
y no puede llevar a su mujer,  
no puede llevar a su hijo...  
y una mujer no puede seguirle  
aunque conozca el camino.*

*Tu padre se ha ido a cazar  
al país de la plata y del cristal  
donde solo puede entrar la codicia,  
pero el espíritu no puede pasar.*

*Tu padre se ha ido a cazar,  
a la busca de la bestia que nunca atrapará.  
Y deja a un niño dormido  
detrás de todas sus bendiciones.*

*Tu padre se ha ido a cazar,  
pero ha perdido su amuleto.  
Ha perdido el guardián del corazón  
que protege al cazador de todo mal*

*Tu padre se ha ido a cazar.  
Me pidió que te dijera adiós  
y me advirtió que no lo detuviera.  
Ni se me ocurrió intentarlo[49].*

Es una buena definición la de *cazador*: el progenitor que busca fuera el sustento, que se ocupa de la familia abandonándola, según el reparto de tareas típico del patriarcado. Cohen acuna amargamente al bebé, que ha de aprender temprano que el padre siempre perseguirá una quimera externa, sea plata, cristal o caza, codicia, finalmente, que le extravía de su propio corazón. La transmisión emocional no se da, «*el espíritu no puede pasar*».

Un poema de Charles Kennett William, premio Pulitzer de Poesía 2000, ilustra igualmente esta sequedad de corazón impuesta y sufrida por la cultura masculina[50]:

*... En aquellos días se ocultaban muchas más cosas: los hombres hechos y derechos nunca se abrazaban,  
a menos que alguien se hubiera muerto, y aun así no siempre: te dabas la mano o, como en el béisbol,  
le dabas al amigo una palmada en la espalda, intercambiabas un código de golpes afectuosos.  
Una vez que dejabas atrás la infancia ya nunca volvías a sentir el tacto del bigote de tu padre  
en la mejilla, al menos hasta que cambiaron las costumbres y al fin se pudo abrazar a otro hombre,  
tomarlo del brazo un instante, e incluso besarlo (el bigote de tu padre ya era algo blando y rígido por  
entonces).  
Lo que un abrazo libera, finalmente: aunque fuimos muy cautos, parecía algo tan audaz  
qué oculta alegría se intuía en aquella afirmación de equidad entre ambos, y de comunión,  
sin importar los desencuentros y penalidades que hubieran surgido entre nosotros hasta entonces.  
Sabíamos muy poco, tan poco como ahora, supongo, acerca de cómo curar esas heridas...*

*...ya por entonces ansiabas ser más simple, deseando, cuando te llamaban desde casa, no volver nunca.*

Finalmente, la canción del irlandés Van Morrison «Choppin´wood» (algo así como «Madera talada»)[51] es un retrato del padre mediocre, George, un fracasado laboralmente que sin embargo dejó al hijo una buena discoteca de jazz y soul de donde proceden las influencias blueseras del cantante.

Este padre, tallado en dura madera, «se buscó la vida en Detroit, sufriendo en soledad los años del hambre», para volver derrotado:

*Regresaste a casa, a Belfast  
como si pudieras estar con nosotros,  
pero viviste una vida de silenciosa desesperación.  
Vas cada mañana a los astilleros en tu bicicleta,  
te sientas a ver la televisión en tu sillón favorito,  
contemplando el panorama general que se desvanece..  
Lo hiciste lo mejor que pudiste  
la chispa desapareció pero quedan astillas de madera...  
mantén los golpes... chop, chop... talando madera...*

Es un homenaje póstumo al padre (muerto de infarto en 1988), salvando sus limitaciones porque «lo hizo lo mejor que supo», lo cual significa superar el reclamo original y asumir que el anhelo nunca se colma.

## Ajuste de cuentas

No se llega a la paz sin atravesar la guerra. La música ha sido también, como no podía ser de otra forma, testigo del conflicto intergeneracional, cumpliendo una función cartática y, por ello, desintoxicadora.

La canción de Johnny Cash «A boy named Sue», cuenta la bronca de un hijo contra el padre que lo humilló poniéndole un nombre femenino (Sue, diminutivo de Susana)[52]:

*Papá se fue de casa cuando tenía tres años  
y no nos dejó mucho a mi madre y a mí,  
solo esta vieja guitarra y una botella de alcohol.  
No le maldigo ahora porque huyera y se escondiera  
sino por lo más mezquino que hizo antes de largarse:  
no se le ocurrió otra cosa que llamarme «Susi».*

Debió pensar que era una buena broma  
y, desde luego, suscitó muchas carcajadas de mucha gente.  
Tuve que luchar durante toda mi vida.  
A alguna chica le daría la risa tonta y me pondría rojo,  
algún chico se reiría y le rompería la cabeza.  
Te digo que la vida no es fácil para un chico llamado «Susi».

Crecí deprisa y enfadado  
he vagado por ahí para esconder mi vergüenza  
pero hice un voto a la luna y las estrellas:  
buscaría por los bares y mataría al hombre  
que me puso ese horrible nombre...

Lo encontré en Gathinburg en una vieja taberna,  
allí, repartiendo cartas, estaba sentado el sucio,  
el sarnoso perro que me llamó «Susi».  
Supe que esa víbora era mi querido papá,  
lo reconocí por la cicatriz de la cara y su ojo malvado.  
Era grande y torcido, gris y viejo  
lo miré y se me heló la sangre:  
—Mi nombre es Sue, ¡cómo pudiste!  
¡Ahora vas a morir!!

Le golpeé fuerte entre los ojos y se cayó  
pero, para mi sorpresa, se levantó con un cuchillo  
y me cortó un trozo de la oreja.  
Le rompí una silla en los dientes...  
he luchado con hombres más duros  
pero este coceaba como una mula y mordía como un cocodrilo  
le vi reírse y luego maldecir.  
Fue a por su pistola pero yo saqué antes la mía,  
se quedó ahí mirándome y le vi sonreír:

«Hijo, el mundo es duro», me dijo,  
«y si un hombre quiere hacerse, tiene que resistir.  
Yo supe que no estaría ahí para ayudarte,  
así que te di ese nombre y dije adiós.  
Sabía que tendrías que ser duro o morir  
y el nombre es lo que te ayudó a hacerte fuerte.  
Sé que me odias y tienes todo el derecho,  
si me matas ahora, no te maldeciré,  
pero antes de que muera, deberías darme las gracias  
por ser el hijo de puta que te llamó “Susi”».

¿Qué podía hacer?, ¿qué podía hacer?  
Me emocioné y tiré mi pistola  
le llamé papá y él me llamó su hijo.  
Y me alejé con un punto de vista diferente

*pero si alguna vez tengo un hijo, le llamaré  
cualquier cosa menos «Sue». ¡Aún odio ese nombre!*

Esta versión casi literal de «matar al padre» se va disolviendo cuando se reconocen, cuando pueden nombrarse por su vínculo «*le llamé papá / me llamó hijo*» y no por la onomástica y las agresiones asociadas a ella.

Difícil modelo de amor, pero amor al cabo, cuando pueden entenderse los motivos y darse vuelta los prejuicios tras explicitar el odio y el rencor acumulados.

La carga más gravosa de este padre es su ausencia sumada al oprobio del nombre que perpetúa su estar sin estar, una permanencia simbólica tóxica, más inmanejable que cualquier duelo emocional.

Cuando el desencuentro es existencial, tiene mejor pronóstico, como en la canción de Cat Stevens<sup>[53]</sup> «Father and son», en forma de diálogo. El padre habla en términos más bien convencionales:

*No es tiempo de cambios,  
simplemente relájate, tómatelo con calma.  
Todavía eres muy joven y eso juega en tu contra.  
Hay tanto que debes aprender:  
encuentra una muchacha, establécete,  
si quieres puedes casarte.  
Mírame: yo soy viejo pero estoy contento.  
Yo fui como tú y sé que no es fácil...  
Piensa en todo lo que tienes:  
estas cosas seguirán aquí mañana para ti  
pero puede que tus sueños ya no.*

Remite a ese introyecto de seguridad del que hablamos donde el hijo ha de ser como el padre, sin sobrepasar ni por arriba ni por abajo, el modelo paterno.

Así contesta el hijo:

*Cómo puedo explicarle si rechaza de nuevo  
lo que yo hago. Siempre es lo mismo  
desde que tuve voz se me ordenó que escuchara  
pero ahora es mi turno:  
yo sé que tengo que marcharme.  
Es duro pero no puedo ignorar  
todas las cosas que he escondido y llorado dentro...  
No me conoce a mí.  
Ahora hay una salida y sé que tengo que marcharme.  
Yo sé que me tengo que ir.*

Este alejamiento imprescindible significa para el hijo distanciarse de la ideología, creencias y proyectos paternos sobre sus hombros, a veces como única vía de confiar en sí y apostar por sus valores, aunque se equivoque. Este es un ejemplo de «exceso de padre» como modelo supuestamente «positivo» (que sabe qué es lo bueno para el hijo).

Pero asimismo existe la falta de modelo o más bien el modelo negativo (transmitido por la madre generalmente) que suele envenenar a los hijos.

«Papa was a rolling stone»[\[54\]](#) puede ilustrar a la perfección este aspecto:

*Recordaré siempre el 3 de septiembre  
porque ese día mi padre murió.  
Nunca tuve oportunidad de verlo.  
Mamá, depende de ti, dime la verdad.*

*Mamá movió la cabeza y dijo:  
Hijo, tu padre fue un bala perdida.  
Dondequiera que descansa  
su sombrero siempre fue su hogar  
y cuando murió lo único que dejó,  
es a nosotros solos.*

El hijo quiere seguir contrastando todas las maledicencias escuchadas:

*«¿Es cierto que no trabajó un solo día de su vida,  
que tenía tres hijos con otra mujer..  
que negociaba con deudas  
y robaba en nombre del Señor...  
que no pensaba mucho las cosas,  
que gastaba su tiempo  
persiguiendo mujeres y bebiendo...  
que lo llevó a la tumba una apuesta de póker?»...*

*Mamá elevó la mirada  
con una lágrima en sus ojos y dijo:  
Papá era un trotamundos, hijo mío...  
Lo único que nos dejó es a nosotros solos.*

Difícil posición la de esta madre entre honrar la verdad y/o desilusionar al hijo. Es necesaria madurez para navegar en estas aguas sin caer ni en la falsedad ni en la denigración. Lo que queda más claro es que el agujero del hijo está relacionado con el fantasma y la mala imagen del padre, mientras que el dolor de la madre radica sobre todo en el abandono.

Sigo pensando que tiene peor diagnóstico el hijo, porque además de la falta

afectiva no tiene ninguna justificación «heroica» con la que explicarse el desapego paterno: el modelo de masculinidad con el que identificarse está completamente envilecido y necesitará otra figura restitutiva para salvarse del cinismo.

O de la psicopatía. Rescato aquí el aspecto «gore» de Jim Morrison, cantante de The Doors, que aullaba en «The End»[\[55\]](#):

*El asesino despertó antes del alba...  
fue a la habitación de su hermana  
y luego visitó a su hermano.  
Y después bajó por el corredor.  
Llegó frente a una puerta.  
Miró adentro:  
«¿Padre?»  
«Sí, hijo».  
«Quiero matarte  
madre, quiero follarte...»*

¿Quién habló de tabú del incesto o de castración edípica?

## **Necesidad de encuentro**

Hay más ejemplos del padre aproximándose al hijo que viceversa. Por ejemplo, una de las últimas canciones de John Lennon dedicada a su hijo Sean, «Beautiful boy»[\[56\]](#):

*Hermoso niño...  
afuera, adentrándome en el océano,  
ya no puedo esperar a verte crecer.  
Supongo que solo debemos tener paciencia  
porque es un largo camino  
pero entretanto,  
antes de cruzar la calle  
toma mi mano.  
La vida es aquello que te pasa.  
Mientras estás ocupado haciendo otros planes...  
Hermoso niño,  
niño bonito,  
antes de dormir  
di una pequeña oración...*

O las recomendaciones de Bob Dylan a un hipotético hijo en «Forever

Young»[\[57\]](#):

*Que Dios te bendiga y te proteja  
que se cumplan tus deseos.  
Ayuda siempre a los otros  
y deja que ellos te ayuden.  
Alza una escala hasta el cielo  
y sube cada peldaño.  
Permanece siempre joven, siempre joven, siempre joven.*

*Que el tiempo te haga justo  
que el tiempo te haga leal.  
Que puedas ver la verdad  
y la luz en torno a ti.  
Que tengas fuerza y coraje.  
Yergue siempre la cabeza*

*mantente siempre joven, siempre joven, siempre joven.*

*Que tus manos no descansen,  
que tus pies nunca desmayen.  
Que tus cimientos sean fuertes  
cuando soplen nuevos vientos.  
Ten el corazón alegre  
y que suene tu canción.  
Mantente siempre joven, siempre joven, siempre joven.*

Dice Bob Dylan (*Biograph*-1985) que compuso «Forever young» «Pensando en unos de mis chicos, tratando de no ser demasiado sentimental. Las frases me vinieron solas, la hice toda en un minuto... No había previsto escribirla, estaba haciendo otra cosa, la canción se escribió ella misma».

Este inusual ataque de paternidad de Bob Dylan ha hecho universal la canción. Roddy Woomble, en una entrevista al autor, afirma que «Forever Young» se dirige a todos los niños. Es una súplica de respeto a la educación que han recibido, para que hagan realidad los objetivos que se han propuesto a lo largo de una vida a menudo difícil, para que les guíe siempre la verdad. Así, siempre serán jóvenes y sabrán resistir los «vientos del cambio». Allan Gisberg dijo que todos los niños deberían cantar cada mañana esta canción, en todas las escuelas de todos los países. Es una hermosa idea, ya que la canción está llena de esperanza y anima a la gente a encontrar su propia verdad... Quizá «Like a rolling stone» sea la obra maestra de Dylan, pero «Forever young» es su himno nacional[\[58\]](#).

Desde la óptica filial son menos las ocasiones en que se llega a un encuentro real, a una travesía del resentimiento para salir al otro lado, al de la comprensión y el perdón.

O se llega ahí por cansancio de una guerra que ya no tiene oponente (porque el padre haya muerto, por ejemplo, y el tiempo alivie las heridas), o como resultado de una madurez que trasciende la anécdota y rescata lo esencial: esto suele venir asociado a la paternidad del hijo, cuando la vida le pone en el otro lado.

Sting (Gordon Matthew Sumner, el que fue líder de Police) dedicó su disco de 1991<sup>[59]</sup> a la muerte de su padre. La canción «Island of souls» cuenta la historia de Billy, hijo de un obrero de astillero:

*Seis días por semana veía a su padre  
trabajando y viviendo como un esclavo  
bebiendo cada noche y soñando en un futuro  
y en un dinero que jamás ahorraría...*

Ante la falta de horizonte existencial, el estribillo canta el anhelo del hijo:

*Un día soñó con un barco en el mundo  
que les llevaría a su padre y a él  
a un lugar que ellos jamás habrían encontrado  
un lugar muy lejos de esta ciudad.*

El lugar de encuentro psicoemocional que queda más claro en el estribillo final, tras la muerte del padre en accidente laboral. Ahora el hijo sueña con que el padre construya para ambos:

*Un barco de vela  
que navegue hasta la isla de las almas,*

El lugar definitivo del encuentro que solo puede darse ya en un ámbito espiritual.

Bruce Springsteen, un perfeccionista preocupado obsesivamente por el significado y el valor de las relaciones humanas, buscó incesantemente la aceptación de su padre (al que había dedicado algunas canciones como «Independence day» o «Factory»), una figura ausente y taciturna, peón de fábrica, superado por la rutina de su precaria existencia, que nunca aprobó la dedicación de su hijo a la música. Ni el éxito ni la fama pudieron apaciguar en Springsteen esta necesidad de reconocimiento. Su disco más introspectivo<sup>[60]</sup> lo compuso entre tendencias suicidas y una profunda depresión que lo llevó a la

psicoterapia por entender que no se trataba de una crisis pasajera, sino de algo más profundo. La canción «My father's house», incluida en este álbum, expresa conmovedoramente la desolación de esta búsqueda de sí a través del padre:

*Anoche soñé que era un niño  
tratando de llegar a casa a través del bosque..  
el viento sonaba entre los árboles  
voces fantasmales salían de la tierra  
corría con el corazón desbocado  
con el diablo pisándome los talones...  
Y entre los árboles, allí en la noche  
la casa de mi padre se erguía resplandeciente.  
Ramas y zarzas rasgaban mi ropa y me arañaban los brazos  
pero yo corría para sentirme seguro entre los suyos.  
Me desperté e imaginé las cosas terribles que nos habían separado.  
Nunca más destrozaremos el uno el corazón del otro.  
Me visto y me dirijo hacia esa casa cuya luz  
se ve brillar por la ventana desde la carretera.  
Subo las escaleras y me planto en el porche.  
Una mujer a la que desconozco se acerca a hablarme a través de la puerta con cadena.  
Le cuento mi historia y a quién busco.  
Ella me responde: lo siento, hijo, pero nadie con ese nombre ha  
vivido jamás aquí.  
La casa de mi padre resplandece, intensamente brillante  
se levanta como un faro llamándome en la noche  
llamándome y llamándome entre el frío y la soledad  
brillando a través de esta oscura carretera  
donde nuestros pecados yacen en silencio.*

Por una vez, y sin que sirva de precedente (puesto que estos artículos se han basado en la relación padre-hijo), quiero contrastar los versos de Springsteen con los de Judy Collins, enfocando la visión de «la hija». En su canción «My father» (2008) dice Collins:

*Mi padre siempre nos prometió  
que iríamos a vivir a Francia.  
Pasearíamos en bote por el Sena  
y yo aprendería a bailar.  
Vivíamos por entonces en Ohio  
y él trabajaba en la mina.  
En sus sueños, como barcos,  
aprendimos a navegar en el tiempo.*

Luego alude al paso del tiempo, a las hermanas que se casan y se van, mientras ella sueña y baila en soledad, a la vez que se difuminan los sueños paternos...

hasta la «resurrección» de las últimas estrofas:

*Ahora vivo en París.  
Mis hijos bailan y sueñan  
escuchando historias de la vida en la mina  
que ellos no han visto jamás.  
Mis recuerdos familiares navegan  
como botes por el Sena  
y veo el sol de París  
tal como pervive en los ojos de mi padre.*

La misma evocación, en un registro más doloroso, encuentro en el poema de Phil Cousineau, escritor de San Francisco, autor de *The hero's journey. The life and work of Joseph Campbell*:

*Por mi padre que nunca fue a París  
me reúno con amigos por la noche en cafés llenos de humo  
para tomar espumosos capuchinos y escuchar  
solos de Coltrane en viejas sinfonolas  
y hablar de las heridas de padres e hijos.  
... Por todas las palabras nunca encontradas entre los hombres  
las palabras enterradas y ardientes que nos infectan lentamente...  
Por todos los tumores causados por la tristeza  
y todas las úlceras formadas por el odio  
por todas las pesadillas creadas por la ira  
y todo el vacío labrado por la desesperanza  
sondeo a amigos y familia en busca de historias curativas.  
Por mi padre y todos los padres que nunca vieron París  
un amigo revela la herida abierta  
encuentra un fragmento de dorada metralla  
y paga con ella el precio del viaje...  
Así, la curación  
puede empezar.*

En esta travesía del abandono del padre, ahora definitivo por su fallecimiento y por lo tanto más incontestable, la ausencia de su figura se vuelve hacia el hijo en forma de inexistencia personal, como una muerte de sí, que tiene una parte de reclamo, resentimiento, dolor y depresión, y otra parte de «renacimiento», de inicio de reconciliación, de encuentro consigo a través del padre interiorizado, puesto que, a partir de este momento, el padre muerto ya solo puede sobrevivir dentro del hijo, sea en forma de fantasma hostil o en forma de guía, de fuerza generativa. A la muerte de su padre, en 1976, Allen Ginsberg compuso esta canción, mitad ajuste de cuentas con su progenitor, el también poeta, Louis Ginsberg: «Sin poder dejar de lado el sufrimiento, las tristes verdades y la

ignorancia que me hizo sentir desamparado»... y mitad reconocimiento que empuja hacia la vida:

*Padre, respira una vez más como despedida.*

*La vida que me diste fluye saludablemente.*

*Mi corazón está a la espera, cuando el tiempo diga.*[\[61\]](#)

La célebre frase del poeta William Wordsworth, «El niño es el padre del hombre», se ha entendido siempre como que el adulto que somos viene de ese niño que fuimos, porque son precisamente estos primeros estadios los que nos forman o deforman como personas. La salud infantil sería la guía (padre) del adulto. Nadie niega hoy día la importancia de la infancia en la posterior maduración personal, y la psicología lo ha refrendado de múltiples maneras, a la vez que ha descubierto métodos y técnicas para «restituir» las experiencias más traumáticas del pasado y poderlas integrar en el presente. La comprensión intelectual y la experiencia emocional correctora son los recursos básicos del adulto para rescatar al niño dañado.

La vía del artista (puesto que estamos hablando de músicos y poetas) es sutilmente diferente: el creador se convierte en padre de su propio padre (como ya ilustré con la novela-testimonio de Marcos Giralt Torrente *Tiempo de vida*). Es decir, al convertir a ese padre ausente o tirano (verdadero agujero negro que se traga la identidad del hijo) en personaje literario, el hijo (artista) deviene creador del padre (criatura). Fue Kafka quien invirtió simbólicamente la correlación: al sobreponerse a su terrible padre por escrito se convirtió en un gigante de la literatura. Se afianzó como creador del personaje literario que procede del padre biológico, aunque sus lectores finalmente solo lo conocemos como criatura de Kafka en su inmortal *Carta al padre*.

Al padre muerto se le entierra o en el cementerio, o en el corazón, o en la obra artística o en las pesadillas (aunque este último caso parece más bien el de un cadáver insepulto). Cualquier hijo reconocerá más de una de esas etapas del duelo hasta poder realmente «descansar en paz». Mirándolo con humor, se dice maliciosamente del guitarrista de los Rolling Stones, Keith Richards, que esnifó las cenizas de su padre envueltas en otras sustancias. Él siempre lo ha negado. Leí otro divertido texto que no me resisto a citar:

Un compañero me contó haber encontrado a su padre una noche asomándose en su copa de ginebra; le golpeó sucesivamente con un cubito de hielo hasta hundirlo (había oído eso de que hay que matar al padre), pero después se bebió la copa con cadáver incluido y ahora dice notar un cuerpo extraño en sus riñones. Mal sitio para colocar a un padre, pero los médicos le han asegurado que es tan solo una

cuestión de tiempo, lo iré eliminando poco a poco en forma de arenilla.[62]

Sí, realmente hay mejores sitios para enterrar al padre. Paul Auster, en su *Diario de invierno*, parece atesorarlo en sus sueños:

Hablando con tu padre en sueños. Lleva ya muchos años visitándote en una habitación a oscuras al otro lado de la conciencia, sentándose a una mesa para mantener largas conversaciones contigo, sin prisas, tranquilo y circunspecto, tratándote siempre con amabilidad y buena voluntad, siempre escuchando con atención lo que tienes que decirle, pero en cuanto se acaba el sueño y te despiertas, no recuerdas una sola palabra de lo que cada uno de vosotros ha dicho.[63]

Pero al contarlo con palabras o con música, el recuerdo se perpetúa. Quizá el arte trata de eso, de no olvidar el «sueño» (es decir, toda reconstrucción subjetiva de lo vivido) y que ese viaje quede escrito y no solo en un pliegue de la memoria. Para poder cantarlo y compartirlo.

---

[46] The Beatles, «Nowhere man». Álbum *Rubber soul*, 1965.

[47] Clapton, E., «My father's eyes». Álbum *Pilgrim*, 1998.

[48] Clapton, E., *La autobiografía*. Global Rithmpress. Barcelona, 2008.

[49] Cohen, L., «Hunter's lullaby». Álbum *Various positions*, 1998.

[50] William, C. K., *Reparación*. Bartleby Editores. Madrid, 2007. Poema «El vestido».

[51] Van Morrison, «Choppin' wood». Álbum *Down the road*, 2002. He traducido con toda libertad el cerrado argot de Van Morrison.

[52] Canción de Shel Silverstein popularizada por Johnny Cash. Álbum *Live at San Quintín*. 1969.

[53] Cat Stevens, actualmente llamado Yusuf Islam, incluyó esta canción en el álbum *Tears for the fisherman*. 1970.

[54] Compuesta por Norman Witfield, «Papa was a rolling stone» fue popularizada por los Temptations en un single de la Motown de 1972. Ha sido multiversiónada a lo largo del tiempo.

[55] The Doors, Álbum homónimo de debut. 1967. La canción «The End» fue magistralmente utilizada por Coppola en la banda sonora de *Apocalypse now*.

[56] Lennon, J., «Beautiful boy». Álbum *Double fantasy* de 1980, que fue lo último que grabó antes de ser asesinado.

[57] Dylan, B., «Forever Young». Álbum *Planet waves*. 1974.

[58] Wooble, R., Entrevista a Dylan. *Mojo*, nº 142. Sept. 2005.

[59] Sting, «Island of souls». Álbum *The soul cages*. 1991.

[60] Springsteen, B., «My father's house». Álbum *Nebraska*. 1982.

[61] Ginsberg, A., *Blues del padre muerto*. Recital en el Círculo de Bellas Artes de Madrid. 4 diciembre 1993.

[62] Millás Sánchez, J., *Diván el Terrible*. Nº 4. 1999.

[63] Auster, P., *Diario de invierno*. Anagrama. Barcelona, 2012.

## Padres de cine

Lo que más le gustaba a mi padre era mirar por la ventana. Qué gran invento la ventana, murmuraba de vez en cuando. Como no la limpiaba nunca, un día después de muchos años, dejó de ser transparente... La ventana ya no se asomaba a la calle. Era un muro. Un espejo ciego. Pero a mi padre no pareció importarle. Qué gran invento la ventana, seguía comentando en voz baja. ¡Ah, la ventana!

Jesús Aguado, *Carta al padre*

A la par que la canción, el teatro y la novela, también el cine, aun siendo más joven, ha tratado en profundidad la relación paterno-filial, a veces poniendo en imágenes obras clásicas de la literatura, a veces actualizando con discursos nuevos relatos de siempre, a veces adecuando el rol y los vínculos a los nuevos tiempos según cambian el mundo y las costumbres. Pero permanece la indagación en ese universo que afecta a todas las personas y en particular a los varones.

Vamos a revisar una serie de películas de distintas épocas y geografías que ponen luz en algún ángulo de esta relación compleja. La selección es responsabilidad de mis gustos y conocimientos, de forma que se quedan fuera inevitablemente otras obras pertinentes e incluso más aptas, que ahora no tengo presentes o desconozco.

### El padre amo y señor

Empecemos por el perfil más tópico del patriarcado, aquel que considera al padre una especie de dios que gobierna el destino de toda la familia a su cargo. Dos relatos «sureños» llevados al cine pueden ser buena ilustración de lo que pretendemos transmitir.

*El largo y cálido verano*<sup>[64]</sup>, sobre historias de Faulkner, y *La gata sobre el*

*tejado de zinc*<sup>[65]</sup>, basada en el drama de Tennessee Williams, presentan dos modelos de padres todopoderosos, magnates locales y déspotas familiares. El primero, interpretado por Orson Welles, desprecia a su hijo como sucesor de sus negocios y descalifica las decisiones tomadas por él en su ausencia (por enfermedad y hospitalización), igual que desprecia a la hija por solterona. Sin embargo, establecerá un lazo de simpatía y apoyo con un joven empleado (Paul Newman), tras ponerlo a prueba y reconocerse en él en la astucia, la falta de escrúpulos y la capacidad de manipular a la clientela. Lo elige como «hijo» por identificación, mientras que humilla a su legítimo heredero por falta de personalidad. Es un padre que valida la igualdad de fuerzas e invalida la sumisión y la obediencia (a la vez que las fomenta). Cuando el hijo, resentido por la injusticia de trato, intenta acabar con el padre en un incendio (para que culpen al advenedizo, con fama de pirómano), el padre empieza a considerarlo: ha dado la cara, se ha rebelado contra él, el «amo», y eso le hace digno hijo suyo, aunque le haya puesto en peligro de muerte. Ha ocurrido una catarsis: el odio ha explotado y ha propiciado el encuentro mutuo, ya que el hijo se arrepiente y salva al padre de las llamas provocadas por él. Igual que desprecia al hijo por su dependencia: «No hay que pedirle ayuda a nadie», ahora lo reconoce: «El rencor ha sido purificado por el fuego. He recuperado a mi hijo». La filiación es reconocida por la verdad de los impulsos (odio-amor), no por los buenos sentimientos ni por el deber, así como por la semejanza: si el hijo puede ser igual de vengativo, incluso asesino, que él, entonces pertenece a su linaje. El otro, el adoptado, recibirá a la hija en un pacto de machos: «Mi hija tiene calidad, lo que ni tú ni yo tendremos nunca», y se convertirá en parte de la familia. Así, este padre-patrón consolida la hacienda y el futuro familiar, es decir, el clan como extensión de sí, de su megalomanía y su prepotencia, también de su capacidad para sacar lo mejor de su parentela: lo cual incluye lo «peor», porque su moral no es convencional, sino basada en una concepción cínica y hostil de la existencia.

Este padre necesita perpetuarse, ya que se está muriendo, necesita sangre joven porque, dice, «me gusta la vida, no me importaría vivir eternamente». Esta es su enseñanza, aunque no sea por el lado más políticamente correcto.

En la película de Brooks, *La gata sobre el tejado de zinc*, el padre regresa también del hospital desahuciado (aunque él no lo sabe), mientras el primogénito, hijo modelo, casado y con prole, maniobra para que la fortuna familiar no caiga en manos del hermano menor (de nuevo Paul Newman), deportista fracasado y alcohólico, pero preferido por el padre y señor (Burl Ives).

El primogénito está resentido por el ninguneo del padre:

«Papá siempre ha tenido debilidad por Brit [el hermano menor, Paul Newman]. ¿Por qué? Quiso que fuera abogado y soy abogado. Quiso que me casara y que tuviera hijos y lo he hecho. Que viviera en Memphis y vivo en Memphis. He hecho todo lo que ha querido. Ya no me importa si me quiere o no. Yo me he atenido al juego limpio y ahora defiendiendo mis intereses».

El padre se rebela contra este intento de usurpación («No hay más amo que yo en esta casa y la gobernaré hasta que me muera»), a la vez que confronta la autodestructividad de su hijo menor: «Eres un niño de treinta años y pronto serás un niño de cincuenta que sueña con ovaciones que ya nadie le da. La vida no es un maldito partido de rugby. Soñando y bebiendo pasas la vida. Los héroes reales viven las 24 horas del día, no solo las dos que dura un partido. La verdad es dolor y sudor... los sueños malogrados, el nombre que no aparece en los periódicos hasta que uno muere...». Las enseñanzas llegan tarde al escéptico hijo, que tiene mucho rencor acumulado: «No quiero la plantación, no quiero ser dueño de nada. Lo único que quería era un padre, no un amo. Necesitaba que me quisieras. Tú nunca me has querido, ni a mi hermano ni a mamá... Nos tienes, pero no nos quieres, desprecias a todo el mundo... Mírame: soy un fracasado, un borracho».

Por primera vez se dicen la verdad dolorosa en un acercamiento confesional. El padre recuerda lo poco que heredó de su propio padre vagabundo, excepto su compañía amorosa hasta que murió. El hijo desvela la mentira familiar y le informa al padre de su estado terminal. Ambos hacen un pacto de coraje:

- Tengo arrestos para morir. Lo que quisiera saber es si tú los tienes para vivir.
- No lo sé.
- Podemos probarlo. Comenzaremos ayudándonos a subir la escalera.

Este final, abrazados para sostenerse mutuamente mientras suben, aclarará la situación familiar, poniendo a cada uno en su sitio, incluso facilitando el reencuentro de los hermanos.

Tenemos otro padre-Zeus (dios tronante), dos perfiles de hijo: el adaptado y el rebelde, dos actitudes del padre hacia ellos: desprecio y aprecio... Un universo exclusivamente volcado en él, padre ególatra sin conciencia de las necesidades ajenas. Y un resultado emocional nefasto: resentimiento, venganza y autofracaso. La situación solo puede corregirse si el padre escucha, es decir, si sale de su prepotencia para atender y entender al otro.

## El padre violento

Entramos en el terreno del maltrato, es decir, en el de la relación patológica que exige intervención externa (terapéutica, judicial, penal...). Casi no podríamos hablar de «padre», porque esa persona violenta ha pervertido la esencia de la función paterna: su comportamiento no corresponde al cuidado y a la educación, sino a la destructividad propia del enfermo. *El Bola*<sup>[66]</sup> dibuja a un padre (Manuel Morón) que no ha superado la pérdida de su primer hijo y ha transformado todo ese duelo pendiente en rechazo patológico hacia el hijo actual (Juan José Ballesta). La película ilustra con dureza esa relación basada en la descalificación, el insulto, el castigo desproporcionado y la paliza física. El niño es un superviviente entre la rebeldía y la sumisión y, sobre todo, un ser avergonzado de su situación frente a terceros, como si nadie pudiera entender semejante barbaridad: o el padre es un monstruo (pero socialmente funciona como una persona integrada) o el monstruo es el niño (cuando su comportamiento es el habitual de su edad y de sus colegas: travesuras, peligros, pellas...).

El hijo solo podrá salir de este laberinto por contraste, cuando se hace amigo de un chaval con padres permisivos, amorosos y claros con los límites. La diferencia de modelo queda clara en una secuencia donde este segundo padre advierte a ambos chicos contra el peligroso juego en las vías del tren. A pesar de que su hijo dice que no participa activamente, el padre le responde:

Aunque tú no juegues, te pones de listo: a ver si se mata alguno de tus colegas: los demás son tontos y tú eres un hijo de puta. Yo no soy un policía para estar vigilando lo que haces fuera de casa. Solo te digo una cosa: si te pasa algo vas a destrozarnos la vida a mí, a tu madre, a tu hermano y toda la gente que te quiere. Y sobre todo, hazlo por ti: la vida está llena de cosas acojonantes como para perderla haciendo el imbécil en una vía de tren. Te quieres matar antes de tiempo, si la vida dura cuatro meses...

Esta «familia correctora» defenderá al niño y facilitará que se tomen medidas judiciales para resolver ese infierno.

Otro tipo de maltrato, aunque sin violencia física, es el del padre exigente que quiere «domesticar» al niño para hacerlo a su imagen y semejanza.

La película japonesa *De tal padre, tal hijo*<sup>[67]</sup> narra el golpe que supone para un padre narcisista descubrir que el hospital cambió los bebés por error y han de juntarse con la otra familia para deshacer el equívoco e intercambiar a los niños de seis años. Este padre, alto ejecutivo de empresa, ha hecho de su hijo una

versión mejorada de sí y a ello ha dedicado sus ingresos: los mejores colegios, actividades extraprogramadas (piano, etc.). El niño, identificado simbióticamente, cumple todos los requisitos como un autómeta. La segunda familia son comerciantes modestos, tienen más hijos, y el ambiente doméstico es de tolerancia, juego y complicidad.

Según van compartiendo espacios comunes e intercambios progresivos entre ambas familias, quedarán muy evidentes las diferencias de modelo: el padre severo, ausente por trabajo pero omnipresente con lo normativo, frente al padre cariñoso, permanentemente ocupado de las necesidades infantiles (arreglar los juguetes averiados, jugar en el campo, etc.). Así confronta al primero:

- ¿Por qué no saca más tiempo para estar con su hijo?
- Porque queremos educarle en la autonomía y la independencia.
- Es loable, pero merece la pena disfrutarlos: para los niños el tiempo lo es todo, y en estos meses he pasado con su hijo más tiempo de usted.
- En mi trabajo no pueden sustituirme.
- Tampoco como padre le puede sustituir nadie.

La película va planteando el asunto de la pertenencia, si los vínculos de la sangre son más importantes que los del amor, dónde está el límite entre la aceptación y la diferencia del otro (hijo) o la imposición de identidad (del padre). Las madres no comparten el empeño del primer padre de rescatar a su hijo biológico y «reeducarlo» a su manera. Ellas priman los sentimientos ya establecidos del niño, la vida y la experiencia más que los principios y la genética. Así confronta la esposa el narcisismo del padre primero: «Nunca has aceptado que el niño no tenga las mismas capacidades que tú. Por eso dijiste al enterarte del error: “ahora lo entiendo”».

El padre irá evolucionando para adaptarse al «nuevo» hijo, para aprender a estar y jugar, para entender el resentimiento del hijo «antiguo» («tienes razón, ya no soy tu papá, pero lo he sido durante seis años, aunque haya sido un mal padre. Perdóname»), sin que las familias se distancien para no romper el cariño existente.

La violencia de este modelo de padre consiste en la ceguera hacia el hijo como diferente. No hay maltrato físico, pero sí anulación de la personalidad infantil por egocentrismo adulto, por excesiva fijación de los valores del padre, casi siempre neuróticos, es decir, con mucha inconsciencia de sus motivaciones. El padre, por ejemplo, confiesa en la película que él de niño también se escapó de la tutela paterna para ver a su madre, aunque el padre lo recuperó enseguida. Entiende cuánto dolor de separación hay debajo de su adhesión a las teorías de la

educación autónoma.

## El padre ausente

De la ausencia del padre y del anhelo del hijo llevamos ya mucho dicho a lo largo de estas páginas. Pero veamos algunas ilustraciones cinematográficas:

*Había un padre*<sup>[68]</sup>. La película japonesa de Ozu narra la crisis de un joven profesor viudo al que se le ahoga un alumno en una excursión a su cargo. La culpa por su responsabilidad le hará dejar la docencia y dedicarse al cuidado de su hijo de unos nueve o diez años al que tiene un tanto desatendido. Vuelve con el hijo a su pueblo natal, encuentra un trabajo y viven durante un tiempo en concierto y armonía: ayuda al chico con sus deberes, lo lleva de pesca... Allí, junto al río, tras esta época de encuentro y ternura, el padre le comunica su decisión de internarlo en un colegio cercano, con la consiguiente desolación del hijo, como preparación para la universidad. Viene otra época: el padre trabaja en Tokio, el hijo estudia en la Universidad, luego será profesor de química... y apenas han vuelto a verse y ni, desde luego, a convivir.

En una visita de una semana, retoman el contacto: «Siempre te echo de menos», dice el hijo. «Cuánto tiempo sin bañarnos juntos... estás más fuerte que yo...», dice el padre. El hijo le confiesa que quiere dejar la enseñanza y volver a Tokio para vivir juntos: «No quiero seguir lejos de ti. Aprecio lo que te has sacrificado y no quiero ser egoísta, pero quiero estar más cerca de ti». El padre no lo acepta:

El trabajo que tenemos es nuestra misión en la vida y tenemos que hacerlo lo mejor posible. Hay que esforzarse aunque sea fastidioso. Hay que cumplir con el deber, no rendirse ante las dificultades. La verdadera felicidad nace del sufrimiento... Olvídate de ti, sé disciplinado, da lo mejor de ti. La enseñanza es una misión, los padres confían el futuro de sus hijos a ti, te ven como un ejemplo. Es una gran responsabilidad: no te olvides. Quiero que tengas éxito allá donde yo fallé. Que tomes mi lugar. Eso te hará feliz. Espero que lo comprendas.

Nueva escena de pesca y nueva despedida. El próximo encuentro es previo a que el hijo se aliste en el ejército. El padre regresa de una cena-homenaje que le han tributado sus antiguos alumnos, esos que recuerdan cómo el profesor sigue llevando flores anualmente a la tumba del compañero ahogado. Por la noche sufre un infarto y el hijo lo lleva al hospital, donde morirá dándole los mismos consejos de esfuerzo, sacrificio... El hijo llora desconsolado: «Desde pequeño

siempre quise estar con mi padre y no pudo ser. La semana que pasamos juntos fue lo mejor de mi vida. Era un buen padre».

Sorprende la ternura de las escenas de encuentro y la dificultad de intimidad del padre para disfrutar más del hijo. Es un padre educador, centrado en la transmisión de principios, pero con un enorme pudor afectivo. Retrata un abismo bastante habitual entre varones, no solo en la educación japonesa, sino prácticamente en toda la cultura occidental.

En *Momentos de una vida*<sup>[69]</sup> se narra la vida del hijo de divorciados. El padre (Ethan Hawke) desaparece y la madre se lleva a los hijos al pueblo de los abuelos. Cuando el padre vuelve (año y medio después), sigue siendo el hombre inmaduro a la búsqueda de sí, incapaz de ocuparse de nadie más. El hijo crece entre visitas esporádicas del padre y sufriendo a los hombres con quienes se empareja la madre (autoritarios, alcohólicos...), de forma que la figura masculina queda más que en entredicho.

El padre es jovial, divertido y amoroso. Más hermano mayor que padre. O un padre-colega que solo empieza a tener una función sana cuando el hijo llega a la Universidad. Es entonces cuando tiene algo que enseñar, cuando puede ser un maestro para su hijo: apoya la vocación fotográfica del joven, desdramatiza y lleva humor a las tragedias de su edad, aporta confianza y fe en el arte del hijo... Como si hubiera aprendido el oficio de la paternidad ya tarde y solo pudiera acompañar el tramo juvenil.

## **Aprender a ser padre**

Porque parece que la paternidad exige un aprendizaje que no todos los padres están dispuestos a emprender, sino que acostumbran a delegarlo en las madres como si ellas estuvieran biológicamente ya preparadas para esta función.

*Kramer contra Kramer*<sup>[70]</sup> ilustra el desconcierto del padre (Dustin Hoffman) al tener que hacerse cargo del hijo por abandono de la madre. Hasta entonces todo su mundo lo ha ocupado el trabajo (exitoso creativo de publicidad) y no tiene literalmente ningún conocimiento de cómo llevar un hogar y atender a un niño, además de creerse capaz de hacerlo solo y sin reducir su jornada laboral.

La película ilustra esta transformación del varón productivo (*homo faber*) en padre, de la progresión de valores materiales a emocionales, del cambio de hombre convencional a persona con responsabilidad y corazón.

Rescato dos secuencias: su autocrítica y su aprendizaje. La primera es una

## conversación con el niño temeroso de volver a quedarse solo:

Yo me quedaré aquí contigo. Mamá no se marchó porque fueras malo. Mamá te quiere muchísimo. La razón de que se fuera no tiene que ver contigo sino conmigo. Te lo explicaré: creo que se fue porque durante mucho tiempo intenté convertirla en lo que no era: la clase de mujer y esposa que yo creía que debía ser. Y ella no era así. Y ahora que lo pienso, creo que intentó hacerme feliz durante mucho tiempo, y cuando ya no podía, intentó decírmelo, pero yo no la escuchaba porque estaba muy ocupado, muy distraído pensando en mí mismo y creía que ella era feliz si yo era feliz. Pero en el fondo ella estaba muy triste. Si no se fue antes es porque mamá te quiere mucho. No se fue por tu culpa sino por la mía.

La otra secuencia es durante el juicio donde se dirime la custodia. Las palabras del padre son un auténtico alegato sobre el aprendizaje de la paternidad.

Ahora haría las cosas de otra forma, aunque no pueda cambiarlas. Mi exmujer dice que quiere a Billy y yo la creo, pero no se trata de eso. Lo importante es qué es lo mejor para Billy. Mi esposa solía decirme: «¿Por qué una mujer no puede tener las mismas ambiciones que un hombre?». Tenía razón y yo lo he aprendido. Igualmente, ¿quién dice que la mujer es mejor madre por ser mujer? He reflexionado sobre qué es lo que hace ser buen padre o madre: se trata de constancia, de paciencia, saber escuchar o fingir que escuchas si no puedes. Se trata de amor, como ella decía. Y no sé dónde está escrito que la mujer tiene eso en exclusiva, que el hombre tiene menos capacidad emocional que la mujer. Billy tiene conmigo un hogar, el mejor que he podido darle. No es perfecto ni yo soy un hombre perfecto. A veces me falta paciencia y me olvido que es un niño pequeño. Pero estoy con él: nos levantamos juntos y le llevo al colegio. Por la noche cenamos juntos y hablamos y le leo cuentos. Hemos construido una vida juntos y nos queremos... Si destruyes eso, puede ser irreparable. Joanna, no lo hagas, por favor. No se lo hagas por segunda vez.

Esta película de finales de los setenta refleja fielmente el cambio de mentalidad que se estaba dando en Occidente y el inicio de la recuperación de la paternidad activa que los varones estaban asumiendo en respuesta a los movimientos feministas.

Esta distancia cultural entre hombres y mujeres podemos ilustrarla con la película israelí *My father, my Lord*<sup>[71]</sup>, donde el niño es hijo de un rabino, así que estudia el Talmud con el padre y se mueve siempre en ese ámbito masculino del progenitor, donde, por cierto, están estudiando el sacrificio de Isaac: los niños componen con recortes de papel la historia clásica de Abraham.

La relación entre ambos es tierna y didáctica: el rabino aprovecha cualquier evento cotidiano para seguir instruyendo al niño en las enseñanzas de la Torá.

Por ejemplo, una tórtola ha anidado en la ventana y el padre ahuyenta a la madre de sus crías, ante la sorpresa del hijo.

«Son leyes del Todopoderoso y no preguntamos el porqué... Es una promesa de fertilidad. Dios dijo: si no tienes hijos, te daré hijos porque está escrito: ahuyentad a la madre. ¿Y cuál será la recompensa? Cogerás a las crías».

Este privilegio del orden patriarca sobre el mundo de la madre tendrá un dramático desenlace en la película.

La familia viaja a la playa. Allí han de separarse por sexos y el niño puede estar, a su edad, indistintamente con el grupo de las mujeres o de los hombres. Pero se va con el padre, juega y se baña, entretenido en pescar a mano unos diminutos pececillos, con los que se distrae de acudir al rezo de la tarde. El rabino dirige la oración en la playa y todos se concentran en la plegaria mientras el pequeño desaparece en el mar.

Aunque lo buscan desesperados, solo por la noche un helicóptero con reflectores dará con el cuerpo ahogado del pequeño. La desesperación de la madre no tiene consuelo. El padre se refugia en su fe: «El Señor me lo ha dado, el Señor me lo ha quitado». El dolor distancia a la pareja: la madre se culpa de no haberle llevado consigo a la playa, el padre se justifica con la obligación de dirigir el rezo, además de achacar la pérdida a la voluntad divina. En la secuencia final, el rabino en la sinagoga no puede articular palabra, se queda en silencio, mientras la madre, desde la tribuna de las mujeres, empieza a arrojar libros de oración, que llueven sobre el rabino. El padre mira hacia arriba, mudo.

Con esta protesta callada la madre parece confrontar el mundo del padre incapaz de abrirse a otra concepción menos patriarcal del vínculo con el hijo, es decir, aprender a ser padre de una manera menos reglada y más natural.

## **El padre sacrificado**

Renunciar a las expectativas proyectadas en el hijo es un acto generoso, además de respetuoso con la vocación, las aficiones y las habilidades del joven en desarrollo. Exige un nivel de madurez del padre, una capacidad de empatía, de ponerse en los zapatos del hijo y aceptar su orientación aunque no siempre la entienda o comparta.

*Billy Elliot*<sup>[72]</sup> da cuenta de este proceso de cambio de la mentalidad cerrada del padre viudo (Gary Lewis), un minero en medio de una huelga del sindicato. El hijo (Jamie Bell) cambia el boxeo por las clases de ballet, entusiasmado por la danza, aunque se avergüenza de ser el único chico entre niñas. Ha de enfrentarse al escándalo del padre, que lo asocia no solo a afeminamiento, sino a traición de los rudos valores de la clase minera. Pero el chico insiste, a pesar de la prohibición paterna y gracias a la complicidad de la profesora de danza.

Cuando el padre lo sorprende de nuevo bailando en el gimnasio, el hijo se encara con él sin palabras, expresando su voluntad y su enfado bailando. El padre descubre asombrado el arte de su hijo y decide apostar por él, lo que

supone romper la huelga (y enfrentarse al hijo primogénito comprometido con el sindicato) para trabajar, ganar dinero y poder pagar el viaje a Londres y la prueba en la Escuela Superior. Es un cuestionamiento total de sus principios y de las leyes del pequeño mundo en el que viven. Pero el padre ha entendido que es una puerta de salvación para todos. Le dice al primogénito: «Lo hago por Billy: no tenemos nada que ofrecerle, no tenemos salida, démosle a Billy una oportunidad».

Es también la recuperación de la memoria de la madre (ella era la música, la que tocaba el piano, la vena artística de la familia, heredada por el benjamín), que saca al padre de la depresión y le da un nuevo sentido a su vida. Logran colaboración del entorno, hacen colectas, empeñan lo poco valioso que tienen... convirtiéndolo en un proyecto esperanzador frente al hundimiento moral que la huelga conlleva.

El padre acompaña al hijo finalmente a la prueba de ingreso, inseguros y desbordados por el ambiente artístico y el rigor del comité de admisión. El niño no sabe responder, tras la prueba, a la pregunta de por qué se interesó por el ballet, pero cuando una profesora le pregunta qué sentimientos experimenta cuando baila, Billy contesta:

Al principio me siento agarrotado, pero cuando me lanzo me olvido de todo. Es como si desapareciera y todo mi cuerpo cambiara. Como si tuviera fuego dentro, me veo volando como un pájaro. Siento como electricidad.

Estas palabras convencen al comité. Cuando el niño recibe la carta de admisión, en vez de alegrarse, llora: esa opción significa dejar todo lo conocido, empezar un camino en soledad, desclasarse, reinventarse desde la orfandad que conlleva ser fiel a su destino.

La triste despedida en el autobús enlaza años más tarde con el debut de Billy como solista. Padre y hermano acuden al estreno rotos de emoción ante el salto de entrada por los aires de aquel niño, ahora adulto, cuya pirueta expresa el logro de su sueño: trascender su vida a través del arte.

Estamos ante un padre maduro que se sacrifica para que el hijo sea más que él, para que, simbólicamente, toda la familia tenga futuro. Al apostar por el arte, está sublimando su vida anodina en aras de algo más grande. Padre e hijo se han salvado mutuamente.

## **El padre protector**

*La carretera*, película de John Hillcoat basada en la novela de Cormac McCarthy[73], dibuja un mundo postapocalíptico, una situación de desastre extrema, donde el padre (Viggo Mortensen) huye hacia la costa con el hijo para salvarse de las hordas de ladrones y asesinos enloquecidos que sobreviven más allá de toda moral y límite, incluido el canibalismo (y un niño es un bocado especial).

«Yo te cuidaré, y mataré a cualquiera que te toque. Para eso estoy aquí», dice el padre como declaración de principios. Más allá de la peripecia, la película se erige en testimonio ético en defensa de los valores de la civilización en medio del caos. Repetidamente el hijo necesita la confirmación del padre:

—¿Seguimos siendo los buenos?... No nos comeríamos a nadie aunque estuviéramos muertos de hambre. Porque somos los buenos y llevamos el fuego, ¿verdad?.

—Sí, hijo. Hay que mantener el fuego dentro.

El joven aprende, a través de la metáfora de «llevar o mantener el fuego» cuál es la línea ética que no debe cruzarse, tanto es así que cuestiona al padre cuando este renuncia a la solidaridad humana y no socorre a un mendigo ladrón por miedo. El niño defiende al vagabundo, exige al padre compartir lo poco que tienen y responder con humanidad incluso en un mundo sin ley.

Cuando el padre enfermo no puede continuar el viaje, le pide al hijo «seguir haciendo lo que hacíamos. Tienes que dejarme marchar. Lo siento, hijo. Tienes todo mi corazón».

Empieza el viaje del huérfano. En la playa encuentra a otro adulto.

—¿Cómo sé si eres de los buenos?

—No lo sabes, tendrás que arriesgarte. Puedes quedarte aquí con tu papá o venir conmigo. Tengo dos hijos.

—¿Llevais el fuego?

—Sí.

El joven ha encontrado otra familia, otro lugar de seguridad y protección, además de la figura del padre interiorizada: «Pensaré en ti, papá, cada día. Pase lo que pase».

Otro padre protector es el protagonista de *La vida es bella*, logrando que su hijo no sufra el campo de concentración donde han sido reclusos, sino que lo viva como un juego. Pero la situación es demasiado delirante y la figura del padre se me antoja más negadora que madura.

*En el nombre del padre*<sup>[74]</sup>, siendo una película política sobre los inocentes injustamente acusados de terroristas del IRA, retrata al padre (Pete Postlethwaite) del principal sospechoso (Daniel Day-Lewis) que viaja de Belfast a Londres y se hace detener para estar con su hijo en prisión. El hijo lo vive como una persecución:

Solo ves lo que hago mal, nunca lo bueno... ¿ por qué estuviste siempre enfermo? Me sentía con culpa de que estuvieras mal... Apártate de mí, me has seguido toda la puta vida y ahora estás en la cárcel: ¿lo has hecho a propósito?.

El padre se siente obligado a proteger al hijo de sí mismo, quiere ser un testimonio de madurez y de fe para el joven perdido, para que no se desespere y destruya, aunque el hijo no lo entienda sino mucho más tarde. El padre morirá en la cárcel cuando ya el proceso se está revisando (los auténticos culpables del atentado han declarado) y el hijo seguirá su campaña contra las malas prácticas policiales, la tortura y la ocultación de la verdad.

El encuentro se ha producido cuando el hijo ayuda a un vigilante atacado con llamas: actúa a favor de la vida, supera su nihilismo y recupera las creencias éticas en las que su padre le ha educado. A partir de aquí cuidará del anciano enfermo y le devolverá toda la protección que el padre generosamente aportó con su sacrificio. Por eso la misión del hijo ya liberado no será tanto política como filial: «Llevaré esta campaña adelante en el nombre de mi padre y de la verdad».

## **El padre educador o maestro**

Atticus Finch, arquetipo del padre bueno, es el protagonista del relato inmortal de Harper Lee y de la película homónima, *Matar a un ruiseñor*<sup>[75]</sup>. Ilustra la mirada venerativa de los niños hacia ese abogado defensor de las causas más difíciles e impopulares. Las actitudes del padre (Gregory Peck) modelan y forman a los hijos. No educa desde la norma sino desde la coherencia de vida. Enseña empatía («solo se conoce a un hombre cuando se calzan sus zapatos y se camina un trecho»), respeto a los diferentes y a los que han tenido peor suerte en la vida, dialoga y negocia con la hija, despierta la admiración del hijo cuando hace gala de una excelente puntería (para matar a un perro rabioso), a la vez que aconseja respeto a los buenos aliados de la naturaleza: «Se pueden matar grajos o cuervos, pero no a un ruiseñor. Porque el ruiseñor canta para alegrar la vida, no

picotea los sembrados ni asalta los graneros».

Esta determinación a favor de la inocencia la ejercerá defendiendo a un pobre negro injustamente acusado, así como al vecino «loco», un joven retrasado que al final salvará la vida de los hijos del abogado.

En la secuencia del juicio, los hijos asisten desde la galería de los negros (los blancos ocupan la sala de abajo) y allí viven el enorme respeto con que la comunidad negra despidió al abogado a pesar de haber perdido el juicio.

La película transmite muy bien el mundo de los terrores infantiles, de la violencia de algunos adultos y del apoyo de otros. El coraje del padre es una lección para el hijo: «No temas a los bravucones... Hijo, hay muchas cosas feas en este mundo y no puedo evitar que las veas... Si no lo hago [defender al falso culpable] no podría ir con la cabeza alta ni decir lo que debéis hacer, digan lo que digan en el pueblo...». Proteger al joven vecino retrasado será la última lección de esa máxima paterna: «no hay que matar a un rruiseñor».

Otra versión del padre maestro la tenemos en el film alemán *El fin es mi principio*<sup>[76]</sup>, donde un anciano periodista italiano (Bruno Ganz) en fase terminal quiere hablar con su hijo y transmitirle su legado con la excusa de un libro autobiográfico.

Se encuentran, también con la madre, y hablan largo y tendido ante la grabadora. El padre explica su trayectoria profesional y personal, sus años de reportero en China, el desencanto del comunismo, la inutilidad de las revoluciones y sus sacrificios humanos..

Si el hombre no cambia internamente, renuncia a la violencia definitivamente, a la soberanía y al propio interés, todo se repetirá eternamente. La única revolución que merece la pena es la que tiene lugar dentro de uno mismo. A través de la meditación se me abrió una puerta de un mundo distinto... Entonces llegas a sentir ese vacío. Ese vacío eres tú mismo, no el tú habitual, sino el tú que pertenece al todo, al cosmos. Si miras así, empiezas a transformarte.

Padre e hijo vienen de una relación de discusiones y desentendimiento, pero el padre no quiere que le ocurra lo mismo que a él: el gran desconocimiento de su propio padre. Por eso se abre a las preguntas del hijo, que comienzan siendo más filosóficas: sobre la muerte, si es posible prepararse para ella, sobre el budismo y la iluminación, los ideales del 68, la guerra de Vietnam, el consumismo hedonista... para ir acercándose a la intimidad de su relación:

—Fui un padre que hace sombra, siempre en primera fila, ocurrente, gracioso...

—Sí, a veces has sido difícil como padre, pero no te habría cambiado por ningún otro.

El padre quiere saber también del hijo, de su vida, por qué está tan retirado desde su divorcio:

—¿Me dice eso tú, que desapareciste años en el Himalaya?

—Pero cuando era viejo. Tú eres joven: coge las riendas de tu vida, haz algo, acaba las cosas. Nunca terminas un proyecto, tienes miedo al fracaso.

Aunque el hijo se enfada y no permite esta intrusión en su forma de vivir, al padre le gusta su reacción: le ve fuerte y que ya no le necesita.

Pasean por última vez por la montaña. Allí el hijo le deja solo un buen rato meditando. Es su regalo de despedida.

—¿Qué es la iluminación?

—Ilusión. No he conocido a ningún iluminado. Quizás a medio: era un ermitaño que vivía en una cabaña, aislado del mundo exterior. Decía: «La verdad es un país sin caminos». Antes lo hubiera tomado por una tontería, pero en ese momento estaba preparado. Los primeros meses de retiro fueron mágicos, sentí lo vivo que estaba. Soy intuitivo, no intelectual: ¡qué belleza de montaña! Un día vi una mariquita y me sentí como ella, no yo, el elefante, sino esa mariquita en la brizna de hierba. De pronto abrió las alas y se fue volando al infinito. Debajo había un profundo precipicio, y ese bichito lo sobrevolaba hacia las montañas. Me sentí parte de un todo, ya no me importaba ni mi cáncer ni mi profesión. Cuando me acosté estaba completamente en trance. Eso no me lo quita nadie... Estoy bien, hijo, no te miento. Si pudiera, moriría riendo.

Reúne el resto de la familia (hija, nietos) para despedirse, escribe sus últimas voluntades pidiéndoles que las cumplan y que se rían, porque no hay motivo para llorar.

Este padre parece a la vez un maestro espiritual, y rara vez se juntan ambas funciones en la misma persona. Suele ser más propio de esa figura que hemos llamado mentor o tutor.

## **El padre tutor**

La película *Éxtasis*<sup>[77]</sup> revisita a su manera el mito de Edipo y, más literalmente, *La vida es sueño* de Calderón. Tres jóvenes sin vínculos familiares se buscan la vida con pequeños atracos. Uno de ellos (Daniel Guzmán) es el hijo no reconocido de un prestigioso director teatral (Federico Luppi), con quien comparte un distintivo rasgo físico: un ojo de cada color. El otro colega (Javier Bardem) y la novia organizan un plan para conseguir el dinero de la fianza que

saque de la cárcel al anterior (Guzmán), detenido tras un atraco fallido: idean que Bardem se haga pasar por el hijo del director para pedirle dinero a cuenta del abandono de todos esos años. Como no se han visto nunca (y con la ayuda de una lentilla), el padre recibe al supuesto hijo y lo reconoce porque descubre en él rasgos de su personalidad histriónica. Incluso lo entrena y ficha como protagonista del drama de Calderón que está montando en ese momento. El rol de Segismundo actualiza la tragedia del hijo excluido que vuelve para vengarse del padre-rey.

Por primera vez el hijo suplantador tiene un padre tutor: alguien que le pide el máximo en el entrenamiento, que le guía en el esfuerzo, que cree en él y quiere limar su diamante en bruto. «Busca, busca», le insiste en los ensayos. «Si no buscas, no eres mi hijo». El vínculo se refuerza, con el consiguiente desconcierto de la novia y el hijo biológico, apartados de la nueva vida que el falso hijo (Bardem) está disfrutando sin pertenecerle. En la presentación a los medios del nuevo descubrimiento como actor, los periodistas le preguntan a Bardem por su vivencia: «Mi vida es como un sueño», declara.

El padre va atando cabos, sospecha de la impostura, pero no le importa: el arte justifica el fraude, además de descubrir algo parecido a la paternidad espiritual y al amor familiar en su seco corazón. El falso hijo se siente tironeado entre este nuevo horizonte afectivo y profesional y la lealtad con sus antiguos colegas. Acepta robar las llaves de la casa y dejar que sus compinches la desvalijen, pero el padre les sorprende, y aún así sigue apostando por el hijo-creación suya y le pide que suelte el lastre de sus otros vínculos para poder ascender.

—Yo no tengo ningún hijo. Tú eres mi hijo porque eres mi actor. No puedes irte y dejar la función. Te ayudé porque sé lo que es estar solo y me hubiera gustado que alguien hiciera algo por mí.

—Me voy con mi gente —responde Bardem.

—Lástima, porque tu gente no va a ninguna parte. Tu amigo me odia porque su vida es un infierno. Dile que no es así, dile que me hubiera gustado ser para él como para ti el padre que todos buscamos. La vida no es lo que uno quiere sino lo que puede. Díselo. Si algún día me necesitas, aquí estaré. Siempre.

Los jóvenes se van. Algo han conservado del desfalco de la casa del padre: su valiosa colección de relojes de bolsillo. Eso se llevan: tiempo y vida por delante, que en cualquier caso no será la misma después de este contacto significativo con el vínculo paterno-filial inexistente hasta entonces y del que todos han aprendido.

Otra versión de la figura del tutor está en la película japonesa *Despedidas*<sup>[78]</sup>. Un joven chelista, disuelta la orquesta en que trabaja, decide regresar con su esposa a la casa materna heredada. Su madre le crio sola porque el padre escapó

con otra mujer. En su nuevo hábitat solo encuentra trabajo en una funeraria, lo que oculta avergonzado a todos, incluida su mujer. Su iniciación es dura: el jefe le enseña a arreglar cadáveres deteriorados, debiendo superar su asco y aprender la ceremonia Nokanshi con que se prepara y se honra a los difuntos. Es un jefe firme pero comprensivo, que le transmite la dignidad sagrada de su tarea, tanto para el fallecido como para sus familiares. Le educa en la muerte y en la vida.

Cuando la esposa se entera (no por él) de la naturaleza de su trabajo, no puede superar su prejuicio ni su enfado por el engaño, de forma que le abandona. El jefe le sostiene en esta crisis, le recibe y escucha en su casa, le prepara comidas deliciosas y le cuenta su viudedad, cómo su esposa fue el primer cadáver que arregló y eso definió su trayectoria posterior.

El joven sigue en la funeraria, nutrido por el agradecimiento de los familiares que presencian la belleza y el cuidado de sus ceremoniales de despedida.

La esposa regresa: ha recapacitado y además trae una noticia esperanzadora: está embarazada. Retoman la convivencia y un día en el río él le da una piedra a su mujer. Le explica que es una piedra mensajera, que representa los sentimientos de quien la da y que quien la recibe ha de descifrar esos sentimientos según el peso y la textura de la piedra: «Es una historia de mi padre, pero solo me mandó una piedra antes de abandonarme».

Cuando reciben un telegrama anunciando la muerte del padre ausente, el hijo, después de treinta años, no quiere ir al entierro. Su mujer y el jefe insisten en que vaya, incluso el jefe le ofrece el ataúd que prefiera: es su regalo. Viaja con su mujer y cuando se encuentra con el cadáver del padre pide a la funeraria que le dejen hacer su rito Nokanshi, y así, ante su esposa, lava, prepara y viste el cuerpo de su padre muerto. Al abrirle la mano, cae una piedra. Entre llanto sereno puede afirmar: «Es mi padre», mientras pone la piedra en el vientre de su esposa, estableciendo con el hijo que viene el viejo linaje interrumpido.

Si ha podido cerrar el ciclo ha sido en buena parte gracias a la enseñanza de su jefe, padre sustituto que le resitúa en el mundo y en el más insondable de los misterios de la vida: la transición entre aquí y allí.

Todas estas películas ilustran diferentes perfiles del padre que completaremos posteriormente al hablar del carácter según las nueve tipologías del Eneagrama.

---

[64] *El largo y cálido verano* (*The long hot summer*). Martín Ritt. 1958. USA.

[65] *La gata sobre el tejado de zinc* (*Cat on a hot zinc roof*). Richard Brooks. 1958.USA.

[66] *El Bola*. Acheró Mañas. 2000. España.

[67] *De tal padre, tal hijo* (*Like father, like son*). Hirokuzu Koreeda. 2013. Japón.

[68] *Había un padre* (*Chichi ariki*). Yasujiro Ozu. 1942. Japón.

- [69] *Momentos de una vida (Boy hood)*. Richard Linklater. 2014. USA.
- [70] *Kramer contra Kramer (Kramer vs. Kramer)*. Robert Benton. 1979. USA.
- [71] *My father, my Lord*. David Volach. 2012. Israel.
- [72] *Billy Elliot*. Stephen Daldry. 2000. Reino Unido.
- [73] *La carretera (The road)*. John Hillcoat. 2009. USA.
- [74] *En el nombre del padre. (In the name of the father)*. John Sheridan. 1993. Irlanda.
- [75] *Matar a un ruiseñor. (To kill a Mockingbird)*. Robert Mulligan. 1962. USA.
- [76] *El fin es mi principio. (Das Ende ist mein Anfang)*. Jo Baier. 2011. Alemania.
- [77] *Éxtasis*. Mariano Barroso. 2012. España.
- [78] *Despedidas. (Okuribito)*. Yojiro Takita. 2008. Japón.

## El padre encarnado

He soñado que estabas muerto y que yo era el lugar de tus resurrecciones. Resucitabas en mi rostro cuando me miraba al espejo, en mis manos cuando tecleaban en el cajero automático, en mis piernas cuando subía escalones, en mis gestos, en mis palabras, en mis ritmos, en mis hábitos... Cómo desmorirte, desvivirte y desoñarte».

J. Aguado, *Carta al padre*

Decía Oscar Wilde en *La importancia de llamarse Ernesto* que «todas las mujeres terminan siendo como sus madres. Esa es su tragedia. Eso no les pasa a los hombres. Y esa es su tragedia».

Yo creía que Wilde se refería a que la tragedia de los hombres era no parecerse a sus padres, hasta que entendí que literalmente es no parecerse a sus madres o, dicho de otra manera, elegir la identificación masculina paterna a costa de la herencia materna. Es muy cierto. La presión social de los roles y el mecanismo psicológico de la identificación seguramente explican lo que no parece lógico emocionalmente: ¿por qué querer ser como el padre fantasma, identificarse con el ausente, rechazar el vínculo amoroso materno y elegir la sequedad de corazón paterna? Es bastante incomprensible, aunque haya teorías psicológicas que lo expliquen, pero el hecho es que los hombres traicionamos con frecuencia nuestra orientación amorosa y vendemos nuestro corazón al diablo a cambio de poder, en el más amplio sentido.

Y como poder significa fricción, los hombres nos pasamos media vida peleando con el padre o sus símbolos sin advertir otra identificación secreta y silenciosa que se va sedimentando casi a nivel celular. Y es en esta otra mitad de la vida cuando se hace más visible ese padre encarnado íntima y exteriormente, porque ocurre un fenómeno singular que percibo en mí y que he recogido también en experiencias ajenas: en algún momento el hijo empieza a reconocerse físicamente en rasgos, gestos y actitudes del padre, con la consiguiente sorpresa.

Cuando el cuerpo empieza a ser más propio (es decir, menos al servicio de

gustar al otro, de seducir o de estar óptimo para la producción) y empezamos a reconocerlo y a relacionarnos con él de otra manera, va apareciendo no solo el 50 por ciento que le corresponde a la herencia genética paterna, sino algo más intangible que es una mezcla de fondo y forma, de actitud, de mimesis, de expresiones gestuales, de biografía común al fin y al cabo.

Juan José Millás lo expresa con su humor del absurdo:

De un tiempo a esta parte veo en todos los espejos en que me miro a mi padre... Cuando me peino, si lo hago delante del espejo, peino a mi padre. Y cuando me anudo la corbata, se la anudo a mi padre... Y luego, cuando escribo, como ahora, en la habitación de un hotel, me pregunto que hará mi padre en este instante al otro lado del espejo del cuarto de baño. A veces dejo de escribir y me acerco con cuidado, a ver si lo sorprendo desmontando un aparato de radio. Pero él ha tenido la misma idea que yo, y al mismo tiempo, por lo que llegamos al espejo a la vez y nos observamos atónitos. En ocasiones sonreímos por esta extraña relación que nos une al cabo de los años y vuelve cada uno a lo suyo, yo a escribir, él a desmontar aparatos.[\[79\]](#)

No se trata de un golpe de memoria sensorial que, como la magdalena de Proust, despierta un caudal de imágenes y de sensaciones corporales, sobre todo si el padre ha desaparecido. Eso sería más bien una evocación regresiva, como al oler su misma marca de *after-shave*, o recordar el ambiente «acústico» que dice Justo Navarro[\[80\]](#):

El padre crea una atmósfera incluso de sonido: los ruidos que se podían hacer en su presencia eran distintos de los que se hacían en su ausencia. Había horas, como las de la siesta, que eran fundamentales. El padre decidía no solo el ambiente espiritual de la casa sino el ambiente sonoro.

Pero a lo que aquí me refiero es a otra experiencia más profunda y desconcertante: el descubrimiento «físico» del padre en el cuerpo del hijo, como una ocupación sin violencia, o una especie de reencuentro orgánico o de reencarnación involuntaria, como si la superficie se hiciera más transparente y revelara el fondo hasta entonces borroso. Aquel espejo que se quedó vacío con su muerte, porque ya no podemos volver a mirarnos en sus ojos, enjuiciadores o comprensivos pero en cualquier caso referentes, ahora se transforma en una especie de colonización benevolente de nuestra apariencia, que viene de la naturaleza, de la cadena genética, muy a pesar (o no) nuestro. Dice Javier Fernández de Castro:

En una ocasión en que estaba quitándome una espinilla o algo así, me miré de cerca en el espejo y vi que se me estaban formando en las pupilas unos anillos que también tenía mi padre, pupilas marrones y cercos azules, de un azul intensísimo. Es una despigmentación. Y en ese momento le vi a él, que me miraba desde el espejo. No se me había ocurrido que fuera preciso asumir al padre incluso de forma

física[81].

Y algo parecido cuenta Fernando Savater:

Ya muerto mi padre, una mañana afeitándome me di cuenta de pronto de que me parecía a él. Me miré al espejo y en cierta medida era él: ya estaba establecido en el mundo, tenía un hijo... y tuve un sentimiento de recuperación de la ternura, de comprensión de que todo venía de esto, que yo estaba de alguna forma justificándole a él y entendiendo lo que significaba la función de padre[82].

Palabras-bálsamo que tienen algo de cierre del círculo, que dan serenidad y calman la sed. Me entristece el final del libro de Barry Gifford *El fantasma del padre*[83], publicado cuando su autor tenía cincuenta años: Gifford había perdido a su padre a los doce años, y en las últimas páginas narra la visita al cementerio donde reposa su progenitor, treinta y cinco años después de su muerte. Concluye con esta exclamación: «Ojalá hubieras conocido a tus nietos, papá... Ojalá me hubieras conocido a mí también». «Haberme conocido», «haberme visto», «reconocerme en el espejo»... todo alude a la mirada y a la presencia como referente, como condición para la construcción de la identidad masculina.

Un poema de C. K. William, «Glass», alude a este cristal donde se refleja no solo el padre:

*Pensaba que ahora ya habría pasado,  
como todo pasa antes o después, pero aún me ocurre  
que cuando de repente me topo con mi imagen en un cristal,  
siento una especie de sacudida, un temblor.  
Miro rápidamente a otro sitio.  
Últimamente, desde que murió mi padre y me acerco a su edad,  
lo veo primero a él, y tengo que fijar bien la vista para reconocerme.  
He llegado a pensar que mi preciosa singularidad se estaba  
diluyendo...*

También se refleja la búsqueda del propio rostro, de las sucesivas caras con que nos hemos ido disfrazando, adaptando al mundo, hipnotizándonos a nosotros mismos, y que el espejo fielmente nos ha ido desvelando y borrando alternativamente:

*... me fijaba en mi pobre rostro  
y pensaba: «todavía no está ahí». Parece que aún lo hago.  
¿Qué es lo que no está?, ¿la belleza? No es probable.  
¿Sabiduría? Menos.  
¿Acaso vivimos, o intentamos vivir, con la intención de*

*embellecernos?  
Todo lo que veo por mi parte son los restos de mis otros  
rostros fracasados.  
Pero puede que lo que busquemos sea justamente una  
mirada menos hiriente:  
No es un «todavía no está ahí», sino algo así como  
«Ya llegará, tranquilo».*[\[84\]](#)

Si el espejo es un lugar de conocimiento (a él acudimos para saber cómo somos y cómo seremos ante el mundo) a la vez que un laboratorio de ensayos, a lo largo de la vida «consultamos» con él muchos asuntos que van más allá de controlar la apariencia. Es un espacio de ajuste entre lo obvio y nuestras aspiraciones, un aliado en la construcción de identidades, especialmente la de género, así que se convierte en testigo de nuestros sucesivos cambios como varones, primero siguiendo modas y modelos, resaltando lo que «se lleva y gusta», y ocultando lo inaceptable socialmente hablando; luego la mirada se hace más personal, más perceptiva e incluso curiosa acerca de «ese» que sobrevive a los cambios de imagen y que, por el contrario, demuestra una continuidad insolente.

Pero el tiempo todo lo transforma, y de muy sutiles maneras. Antes o después, en este devenir temporal, suele ocurrir el fenómeno del que hemos hablado: el reconocimiento de rasgos del padre subyacentes a nuestra expresividad.

El poema anterior parece hablar del siguiente paso: el encuentro con otra cara, todavía inédita, que será el resultado de una mirada menos hiriente, más benevolente podríamos decir, que está inseparablemente unida a la recuperación del padre «físico» y que incluso es su condición y su puerta. Lo que viene después es otra cualidad de encuentro consigo. Se deduce que más amorosa y comprensiva, precisamente por haber atravesado el desamor y la ausencia paternas y haber llegado a un grado de perdón que se traduce en autoaceptación.

Parece que el anhelo del padre se juega en el campo de batalla del corazón, de la cabeza... y del cuerpo del propio hijo.

Yo también me he sorprendido ante el espejo, en un gesto suyo, en una mirada descreída y burlona, en la manera en que curvo el esqueleto al levantarme de la silla, o en la forma de cortar el pan. Si la madre es tierra, y de la tierra se nace y a ella se vuelve, ¿no será el padre el cuerpo para movernos mientras tanto, el vehículo con que hacemos esta peregrinación entre alfa y omega? Bendito sea el rayo que cabalgamos.

---

[79] Millás, J. J., «Alivio». *El País*, 2-1-2009.

- [80] Navarro, J., *La casa del padre*. Anagrama. Barcelona, 1994.
- [81] Charles, M., *op. cit.* 1990.
- [82] Charles, M., *Id. Ibidem*.
- [83] Gifford, B., *El fantasma del padre*. Destino. Barcelona, 1998.
- [84] William, C. K., «Glass». En *Reparación, op. cit.*, 2007.

## TERCERA PARTE

# Matar o crear

«—Verás, papá, tienes que entendernos. Somos una generación despojada. No desilusionada, ni tampoco desencantada, porque nunca tuvimos tiempo para hacernos auténticas ilusiones ni para ningún encanto preliminar. Tenemos cuarenta años y somos adolescentes despojados. No seas severo con nosotros, papá. Lo que nos corroe es la discrepancia entre las expectativas largamente cultivadas por una infancia y una adolescencia saciadas y la realidad de un presente mezquino. Sufrimos el síndrome del pasado reciente. Hasta ayer la vida parecía ir mejorando progresivamente... Cuando íbamos a entrar tardíamente en la plenitud de la vida, nos descubrimos víctimas de un robo. Lo dado nos ha sido arrebatado... Crecimos con la promesa de una expansión infinita; en cambio vivimos en un universo en contracción. ¿Lo entiendes, papá?»

—No te amargues, hijo, no sirve de nada. Se han dado un festín y os han dejado los huesos. Haz lo que puedas, y que pase lo que tenga que pasar.

Mi padre por fin ha hablado. Durante unos minutos permanezco incrédulo... le estoy agradecido como nunca lo he estado...

—Por cierto, ¿qué tal está Giulia?

Ahora soy yo quien se queda callado. La filiación me impide mentir, pero la gratitud recién conquistada me impide hablar.

—Un hombre siempre vuelve a casa con su esposa. Acuérdate de eso, hijo...

Mi padre se ha levantado, se encamina hacia la salida... La conversación ha terminado. Era eso, nada más, lo que el anciano tenía que decir».

Antonio Scurati, *El padre infiel*<sup>[85]</sup>

---

[85] Scurati, A., *El padre infiel*. Libros del Asteroide. Barcelona, 2015.

## El conflicto creativo

A mi padre le hubiera gustado ser funámbulo. Tender un cable entre dos rascacielos. Pasearse entre los pájaros. Sentirse zarandeado por el viento. Hablar a Dios al oído, casi de tú a tú. Practicaba los fines de semana en el parque. La cuerda tensa entre los troncos. Nunca a más de un metro de altura. Daba dos, tres pasos y se caía. Y vuelta a empezar. Tenacidad, torpeza. Ya anciano y padeciendo de arteriosclerosis, decidí hacerle un regalo: me convertí en su abismo.

Jesús Aguado, *Carta al padre*

El parricidio ha gozado de un gran predicamento en nuestra cultura. Empezando por la mitología griega, el padre primordial, Urano (Cielo), de cuya unión con Gea (Tierra) derivará todo el linaje de los titanes, desconfía de sus hijos, a los que teme como posibles rivales. Su temor se cumple: Cronos aprovecha el sueño de su padre Urano para mutilarlo, cercenando con una hoz sus genitales. Cronos, el hijo menor, usurpa el trono del padre e inaugura la Edad de Oro, el ciclo de los titanes. Pero bajo esa época dorada subyace la culpa y el temor a sufrir el mismo destino que él infringió a su padre Urano.

El enloquecido Cronos irá devorando a sus hijos para evitar futuros males, pero no podrá destruir a Zeus, nacido de Rea y protegido por ella y por la «abuela» Gea de la violencia de su padre. Con el tiempo Zeus destronará al padre Cronos e inaugurará la época olímpica.

Se repite el crimen, la culpa, el miedo a la repetición y finalmente su cumplimiento, como un ciego designio, y nunca mejor dicho lo de ciego, porque es la falta de conciencia de la propia neurosis lo que alimenta su fatalidad y automatismo.

Freud se basó en este material, procedente no solo de la cosmogonía griega, sino de la abundancia de obras cuyo tema es el parricidio (Edipo, Hamlet, Karamazov, leyendas centroeuropeas) para fijar el conflicto de la masculinidad y de la paternidad: se trata de un asunto de rivalidad sexual y de ambición de poder. Con estos mismos mimbres explica Freud la constitución del grupo: antes

de poder considerarlo como tal, el grupo es una horda sin más estructura que la obediencia a un caudillo violento. El grupo surge a partir de la rebelión de los «hijos» contra este «padre» tirano, su asesinato ritual y el banquete totémico donde comen sus restos para incorporar la fuerza y el poder del padre muerto. Es el mito de la Horda o del Banquete Totémico, origen también de la culpa compartida como elemento de cohesión fraternal.

La visión freudiana de la rivalidad masculina puede parecernos hoy limitada y parcial, excesivamente patriarcal y excluidora de otros modelos de paternaje menos autoritarios. Recordemos lo dicho sobre Telémaco, por ejemplo, para cuestionar el complejo de Edipo y abrirse a tantas otras maneras de ejercer la paternidad que nuestros tiempos dictan al ritmo del cambio de modelos familiares (monoparental, homosexual, etc.), inconcebibles en otras épocas.

Contrastan los perfiles de Freud sobre la paternidad (fuerte, autoritaria y desconfiada) con la figura de su padre, Jacob Freud, hacia el que tenía sentimientos ambivalentes: era una figura débil dentro de la cultura doméstica, donde la fuerza y seguridad residían en la madre, Amalia Nathansohn. Jacob Freud se casó tres veces y tuvo nueve hijos: podía haber sido un modelo sexual idealizado, aunque su hijo Sigmund presenta una versión más precaria de este hombre. El padre transmitió a su hijo un judaísmo reformista, favorable a la apertura y la inserción en el mundo cristiano, abierto a la ciencia y al pensamiento de las Luces. Pero en la pubertad el hijo se avergüenza de la cobardía del padre por no rebelarse ante la humillación de tener que cederle el paso a un cristiano que no solo le expulsa de la acera sino que le tira el sombrero al barro. Así narra Freud en *Psicopatología de la vida cotidiana* su reacción:

No pareciéndome muy heroica la conducta de aquel hombre grande y fuerte que me llevaba de la mano, situé frente a la escena otra que se adecuaba mejor a mis sentimientos: aquella en la que Asdrúbal Barca hace jurar a su hijo Aníbal ante los lares que habrá de vengarse de los romanos... Nunca pude perdonar a mi padre su cobardía ante los enemigos de nuestro pueblo.[86]

Los sentimientos encontrados de Freud hacia su padre serán paralelamente el motor de su búsqueda intelectual y del desarrollo de su método psicoanalítico.

En el prólogo de su primera obra, *La interpretación de los sueños*, que significó el nacimiento del psicoanálisis, Freud señala que este libro constituye una reacción a la muerte de su padre y que «tal conocimiento le ocurre a cada uno solo una vez en la vida». *El chiste y el inconsciente* es un homenaje al humor jasídico de su padre, auténtico acervo de chistes judíos, y su última obra, *Moisés y el monoteísmo*, insiste en que lo arcaico es la repetición compulsiva:

venimos matando al padre desde la prehistoria, pero eso no lo dice todo, porque la verdad está en la memoria, en el recuerdo, en la nostalgia, en el mito, en la poesía.

Dice Liberman que «el psicoanálisis nace realmente poco después de la muerte de Jacob Freud y en la última obra de su hijo Sigmund (*Moisés*) la presencia paterna sigue siendo vertical, no como modelo de imitación, sino como ser dialéctico, como fantasma fecundo. Se trata en esencia de la metamorfosis del amor».

La figura del padre está en la base de la doctrina freudiana: es el portador de las tablas de la ley (ideal de autoridad tan amado como aborrecido), inspira la noción del superyó (que aunque Freud lo relaciona con el imperativo categórico de Kant, procede más bien de este vínculo paterno poderoso y protector), explica el tema del incesto y del parricidio (propios de una sociedad tan endogámica como la judía), así como promueve la reconciliación con los instintos humanos para salvarse de la irracionalidad y de la hostilidad de un mundo antisemita. Por último, el anhelo de la Tierra Prometida, Freud lo transforma en una tierra interior, un país de asilo que cada cual porta en su psiquismo y que merece la pena explorar a través de la memoria y a la búsqueda de la verdad, para descubrir «nuevas provincias del alma», en palabras de Robert Musil.

¿Será este el sentido de la contundente afirmación de Lacan de que «toda la investigación freudiana se reduce a esto: qué es ser un padre»?

En cualquier caso, la relación conflictiva con el padre parece haber sido enormemente fecunda para Freud y para su método psicoanalítico, como lo fue para Kafka, ya que le convirtió en escritor.

Podemos, en consecuencia, decir que la problemática de este vínculo tan esencial o se «cura» creativamente o se fija patológicamente. O sana o enferma, según un baremo creativo que no tiene tanto que ver con lo médico como con lo artístico.

Las terapias, en su más amplio espectro, aportan lucidez, autoconocimiento, madurez emocional... revelan recursos para manejarse mejor con los imprevistos de la vida, con los cambios, con las pérdidas... pero su mejor cosecha (a la que hay que aspirar como horizonte) es recuperar la fluidez y la creatividad de una vida estimulante, con intereses y con frutos.

Restituir al padre interno también significa por tanto recuperar la capacidad de fecundar, de sembrar, de generar «obra» que luego tomará forma y se plasmará, pero siempre gracias a ese impulso originario y motriz que es una de las mejores expresiones de la masculinidad.

Por eso este texto está siendo un repaso de artistas, de su vida y especialmente de su obra, escrita, como en el caso de Kafka «desde, contra y para el padre. Un padre demasiado dotado que es, a la vez, un condenado a muerte que solo posee una esperanza: el salvaconducto dictado por el hijo»[\[87\]](#).

Porque es el hijo el que le da sentido al padre: es su obra, mejor o peor, y a la postre es el testigo de su paternidad y el resultado de su función, como dice Durkheim cuando afirma que al maestro lo hace el discípulo, y al discípulo el maestro, es decir, que no cabe el rol de transmisión si no hay alguien que quiera recibirlo y reconocer dicha maestría para aprender de ella, para ponerse de aprendiz y, paralelamente, poner al otro en el lugar del experto[\[88\]](#).

Walter Mauro, que ha investigado la relación padre-hijo entre escritores (Flaubert, Leopardi, Joyce, etc.), dice que «es el escritor quien construye a su propio y particular padre ideal en su creación, dotándolo y dotándose de los atributos propios del Dios paterno y creador»[\[89\]](#), como ya ilustramos con Kafka, autor de su padre como personaje de la famosa *Carta*.

Un buen ejemplo de esta creatividad conflictiva lo tenemos en la familia Mann. Thomas, el padre, el gran novelista Premio Nobel de 1929, escribió un relato breve, *Desorden y dolor precoz* (1925)[\[90\]](#), donde el padre protagonista, un serio profesor de Historia, contempla con aversión las fiestas de sus hijos, por su mezcla de clases sociales, modales escandalosos y música de jazz.

Es el desorden de los tiempos presentes, con su caos, su inflación y su desconcierto para una mente burguesa de los años veinte. Thomas Mann aprovecha el relato para despacharse contra sus hijos, especialmente con el mayor de los varones, Klaus, que en la novela aparece como el idiota Bert, el gracioso inútil, y con el benjamín, Michael, que aparece bajo la figura del díscolo y feo Baisser. Apenas se salvaron las hijas, si bien la pequeña Elisabet, que era la niña de sus ojos, en la novela es la dulce Lorchen, que desdeña los consuelos de su padre el profesor y se encapricha con uno de los jóvenes invitados, un atractivo muchacho por el que siente un súbito apego (y que produce en el padre ese «dolor precoz»).

La novelita hirió profundamente a los hijos, especialmente a los mayores, Erika y Klaus. Incluso un renombrado germanista a quien Thomas Mann quiso dedicar la obra declinó el ofrecimiento, disgustado por la exposición pública que el escritor hacía de sus hijos.

Mann es un ejemplo de padre severo y excesivamente seco, muy ambivalente hacia el hecho mismo de la paternidad, a quien le desbordaba a la vez que removía sus conflictos internos irresueltos. Golo, otro de los hijos, que se libró

afortunadamente de aparecer en la novela, cuenta en sus memorias<sup>[91]</sup> la educación represiva del padre (exigencia de silencio y orden para no distraerle de su obra) y sus arrebatos de ira y brutalidad «dirigidos contra mi hermano Klaus, pero que a mí me arrancaban las lágrimas».

El padre había publicado su obra cumbre, *La montaña mágica*, meses antes de escribir este relato breve, pero el reconocimiento unánime no parece salvarle de sus demonios interiores. En sus diarios<sup>[92]</sup> confiesa el atractivo físico que le produce su hijo adolescente, Klaus: «Me parece muy natural enamorarme de mi hijo», dice, a la vez que revela su disgusto por la naturaleza «desenfrenadamente golosa, la debilidad y la infamia, la frialdad malsana, ingratitud, insensibilidad, mendacidad... además de las tonterías y gamberradas características de su radicalismo literario», con que retrata al hijo. Padre narcisista y competitivo que no entendió el talento precoz de su primogénito. Klaus transforma su dolor en arte y publica al año siguiente *Novela de niños* (1926), que es su respuesta y su revancha. Ahí recrea libremente su infancia y la de sus hermanos y pinta al padre como un filósofo eximio pero muerto. La joven madre viuda se enamora de un joven intelectual europeo de paso, con quien concebirá (en el dormitorio conyugal presidido por la mascarilla mortuoria del esposo, para más ínri) una niña adorable, trasunto de la pequeña Elisabet tan adorada por Thomas Mann.

Realmente se desquitó, a la vez que produjo un delicioso relato. La historia familiar, en cualquier caso, no acabó bien: Klaus, que nunca pudo superar la sombra de su padre (aunque dejó una obra literaria más que admirable), se suicidó en Cannes en 1949, a los cuarenta y tres años, desencantado políticamente (fue un activo resistente al nazismo junto con su hermana Erika), minado por las drogas, las deudas y la desesperación. No fue el único; su hermano menor Michael se mató con una mezcla de alcohol y barbitúricos en 1977, al parecer poco después de leer los diarios de su padre, exhumados por entonces, donde descubrió que aquel quiso que su madre abortara y que si sobrevivió fue por el tenaz deseo de ella.

Los Mann son realmente una familia trágica y fascinante, llena de talentos literarios (también el «tío» Heinrich, autor del *Profesor Unrat*, que dio lugar a la película *El ángel azul*, así como la hermana mayor, la actriz, activista y escritora Erika, el hermano intermedio Golo, etc.) comprometidos con su tiempo terrible, al que sobrevivieron como pudieron o murieron en el intento, pero que nos han legado una obra impagable, una creatividad causa y efecto de la neurosis del padre, en la línea de la vieja alquimia que pretendía convertir el plomo en oro.

Recapitulando: la teoría edípica de matar simbólicamente al padre rival ha perdido mucha de su vigencia y seguramente tiene más sentido entenderla como un proceso de duelo dentro de la psicología del hijo: despedirse de ser el centro, sufrir los desengaños propios de querer ocupar un lugar que no le pertenece, aprender a tolerar la frustración socializante... o cualquier otra muerte simbólica que podría caber en la contundente frase freudiana de que «crecer es desilusionarse». Por cierto, a Claudio Naranjo le he oído decir más de una vez con ironía que «el que pierde la ilusión cree haber perdido algo» (porque ¿qué es la ilusión sino humo?). La conciencia es el antídoto de la fantasía.

Los testimonios literarios aquí recabados muestran otras alternativas: hacer arte de la herida, convertir creativamente el resentimiento, el dolor y cualquier otra emoción negativa en obra de arte. Y no hace falta ser oficialmente artista (aunque los ejemplos aportados aquí corresponden a grandes creadores) sino que se trata de encontrar una vía simbólica por donde encauzar ese caudal.

El proceso creativo es perfectamente compatible con el proceso terapéutico, cosa que no todos comparten. Las llamadas «teorías de la compensación deficitaria» que el primer psicoanálisis concibió tratan básicamente de explicar el arte y la creatividad como sublimación: de la libido, del miedo a la vida y sobre todo del miedo a la muerte (el arte desafía al tiempo, conquista la inmortalidad, decía Rank). La psicología humanista trajo una visión de la creatividad como impulso innato e independiente, expresión de la salud, muchas veces en términos de transformación saludable de lo tóxico, dañino, irresuelto o pendiente.

Simon Leys, en su fascinante *Breviario de saberes inútiles*<sup>[93]</sup>, se apunta a la tradicional teoría opuesta: la literatura compensa y es el mejor sustituto de la psicoterapia:

¿Se multiplican los psicoterapeutas cuando escasean los novelistas y los poetas? Tal vez exista una relación entre el desarrollo de la psicología clínica, por un lado, y el agostamiento de la imaginación inspiradora, por el otro. Decía Jung: «el alejamiento del hombre del reino mítico y la subsiguiente reducción de su existencia a lo basado meramente en los hechos: esa es la causa de su enfermedad mental». En otras palabras: la gente que no lee ficción ni poesía está en peligro permanente de chocar con los hechos y verse aplastada por la realidad. Y entonces les toca, a su vez, al doctor Jung y a sus colegas correr en su auxilio e intentar reparar las piezas rotas.

Interesante su posición, aunque sería injusto afirmar que la psicoterapia anula la creatividad o que la creación desplaza a la terapia. Más bien son caminos complementarios, por más que haya personas que se decidan o descubran o

tengan una mayor inclinación por uno u otro. El problema puede ser no frecuentar ninguno de los dos, cegar las vías de simbolización y de conciencia, que sería algo así como renunciar a la esencia de lo humano y a la vida misma. ¿No es este el perfil del neurótico, el «muerto en vida»?

Una última reflexión sobre la conversión del «padre» en obra artística. La literatura hispana ha producido una cantidad de versiones de la figura del patriarca como creo que no se ha dado en otros ámbitos lingüísticos. Desde *Tirano Banderas* de Valle-Inclán, pasando por *El señor presidente* (Miguel Ángel Asturias), *Yo, el supremo* (Roa Bastos), *El recurso del método* (Alejo Carpentier), *El otoño del patriarca* (García Márquez)... hasta *La fiesta del Chivo* (Vargas Llosa), y seguro que se me olvida alguno. Es curiosa la fascinación por estos dictadores, arbitrarios y autocráticos, a menudo monstruosos por su crueldad sanguinaria, que representan lo peor del patriarcado, tan profundamente inscrito en nuestra cultura.

Supongo que cumple una función de exorcismo y simultáneamente revelan la fascinación hacia esta figura monolítica que, aunque los tiempos políticos actuales apenas soportan ya, pervive sin embargo como mito en el interior de nuestras mentes y en el fondo de nuestros corazones. Ojalá ahí se quede y solo se perpetúe en las grandiosas novelas que lo relatan.

---

[86] Freud, S., *Psicopatología de la vida cotidiana*. Obras Completas. Edit. Amorrortu. Volumen 6. Buenos Aires, 1985.

[87] Liberman, A., *La nostalgia del padre*, op. cit., 1994.

[88] Recomiendo las dos obras de Karlfried Graf Durkheim que tratan estos temas, *Guru* y *El maestro interior*, editadas en Mensajero, Bilbao en los años ochenta.

[89] Mauro, W., *Il peso de Anchisse*. Frassinelli. Piacenza, 1997. Citado por B. Matamoro, *Novela familiar*. 2010.

[90] Mann, Thomas y Klaus, *Una historia de familia contada por padre e hijo*. Con este título la Editorial Alba (Barcelona, 2000) tuvo la feliz idea de publicar juntos el relato del padre (*Desorden y dolor precoz*) y el del hijo (*Novela de niños*), resaltando su vinculación.

[91] Mann, G., *Una juventud alemana*. Memorias. Plaza y Janés. Barcelona, 1989.

[92] Mann, Th., *Diarios*. Plaza y Janés. Barcelona, 1987.

[93] Leys, S., *Breviario de saberes inútiles*. Ensayos sobre sabiduría en China y literatura occidental. Edit. Acantilado. Barcelona, 2016.

## El daño paterno

Mi padre no sabía arreglar grifos, enchufes, mesas cojas, fallebas, lámparas, toldos, pantalones, hornos, teléfonos. Mi padre tampoco sabía arreglar lo que rompen los gritos, los malos silencios, los malentendidos, las bromas de dudoso gusto, las desatenciones. Pero sabía arreglar gafas. Eso lo hacía mejor que nadie.

Jesús Aguado, *Carta al padre*.

Si la ausencia del padre ha sido el hilo conductor de estas reflexiones por su incidencia en la salud psicoemocional del hijo, hay también determinados modelos de padre presente que afectan significativamente a la neurosis filial. En ambos casos (ausencia/presencia) el hijo tiene la necesidad y la oportunidad de manejarse con dicho legado y tratar de «solucionarlo» de las más diversas maneras: con la revisión consciente (propia de la vía psicoterapéutica), con el trabajo simbólico y creativo (la vía artística), con el ejercicio de la propia paternidad (cuando la vida te da la oportunidad de ver las cosas desde el otro lado), o cualquier otro camino de maduración personal, sin descartar las soluciones «equivocadas» puntuales o definitivas: depresiones, adicciones, comportamientos nocivos o conductas autodestructivas, etc. Hace falta mucha cautela para hablar de estos temas sin caer en la sobresimplificación del pensamiento lineal (causa-efecto) o en la creencia higienetista de cómo deben ser las cosas para prevenir y controlar cualquier desajuste.

Dicho esto, podemos observar algunas actitudes y conductas recurrentes, así como las salidas más frecuentes de esta encrucijada dentro de la particularidad de cada vida y la unicidad de cada persona. Para ilustrar estas peculiaridades voy a citar repetidamente la obra de Blas Matamoro *Novela Familiar*<sup>[94]</sup>, que es un espléndido archivo biográfico de escritores de todas las épocas. El título es un homenaje a Freud y su obra *La novela familiar de los neuróticos*<sup>[95]</sup>, que es una indagación de cómo se constituye toda subjetividad, cómo cada niño reinventa su vida, o la recrea o la fabula, de ahí la palabra «novela», elegida por Freud, que

ya afirmó en *El creador literario y el fantaseo*<sup>[96]</sup> que toda creación adulta es una recuperación de los juegos de la infancia. Las fichas de Matamoro combinan los datos biográficos de los autores con su obra, en un intento de «entender» esa salida creativa de la que he hablado en el capítulo anterior.

**1º El padre AUSENTE** desaparece básicamente de dos maneras: por muerte temprana o por inhibición de su rol. En el primer caso están los hijos huérfanos que adolecen de esa figura «física», que no tienen el modelo cercano, doméstico y tangible de un padre de carne y hueso. Han de inventárselo con las informaciones parciales que la madre u otros miembros de la familia les proporcionen, en un proceso de «recreación» idealizada o fóbica (porque también hay madres y familias que transmiten «padres malignos», certera o interesadamente).

Las dos referencias literarias con que abrimos este texto corresponden precisamente a hijos huérfanos. Juan Rulfo perdió a su padre a los cuatro años, asesinado en la guerra mexicana de los cristeros. Su obra parca (dos libros y treinta años de silencio) es una indagación sobre el padre, como ya comentamos de *Pedro Páramo*. La madre lo internó en un orfanato y su vida discurrió entre el alcohol y la mitomanía.

García Márquez conoció a su padre a los once años. Hasta entonces lo crió el abuelo como si fuera huérfano. Siempre buscó figuras paternas en escritores de más edad y formación, como Álvaro Mutis.

Para seguir con los autores del «boom» hispanoamericano, Mario Vargas Llosa supo a los diez años que su padre no había muerto (como le había contado su madre), sino que los había abandonado. Hombre violento, opuesto ferozmente a la vocación literaria de su hijo, con el que intenta ejercer de padre «enderezador» después de «resucitar», Vargas Llosa se vengará de él en sus novelas, cuyo gran tema suele ser la legitimación del poder y la ilegalidad del déspota: ahí están *La ciudad y los perros*, *Los jefes*, *Los cachorros*, *La fiesta del Chivo*...

El niño sin padre, el huérfano, necesita un modelo interno tanto como una instancia de protección externa. Hay un perfil de hombre inseguro, de buscador compulsivo de adultos bajo los que guarecerse, que revela a menudo esta falta. Abuelos, tíos, hermanos mayores... suelen ocupar el lugar del fantasma y pueden contribuir saludablemente al desarrollo del joven. A Albert Camus lo criaron unos tíos, pues su padre murió en la guerra del 14 cuando él tenía un año. A Jean-Paul Sartre, huérfano con apenas quince meses, lo educó el abuelo

materno. No es descabellado pensar que el existencialismo francés que representan por excelencia Sartre y Camus, con su fondo de angustia ante el sinsentido de la vida, tenga algo que ver con el miedo infantil a estar al descubierto, condenado a la existencia sin saber qué ley invocar ni a qué orden acogerse más allá de la propia subjetividad. Si se ha perdido la confianza en toda institución social (y el padre es una metáfora de lo institucional), lo que queda es un vértigo a la libertad, ese miedo a ser, que puede manifestarse como impotencia o como omnipotencia. Blas Matamoro define a J.-P. Sartre como «un individuo padre de sí mismo que, por haber sido abandonado por el padre, quien lo engendró deprisa y se retiró en seguida de la escena, no tuvo infancia y siempre se midió con iguales de gran tamaño: el abuelo patriarca, Dios, el Genio de la Historia, buscando la salvación en el acto de escribir, a sabiendas de que se trata de una impostura».

Sin abandonar el ámbito francófono, André Malraux es hijo de suicida, lo cual acentúa dramáticamente la falta del padre. También el hijo tuvo fantasías suicidas, y en parte las llevó a cabo (alcohol, drogas, barbitúricos...), además de implicarse en todos los conflictos de su época: la guerra civil española, la guerra mundial, Indochina... siempre cerca del poder y siempre ambivalente con sus representantes, de De Gaulle al Partido Comunista. Su literatura es un intento de descifrar dos de las expresiones paternas de la historia: la revolución y el liderazgo.

El caso de Antoine de Saint-Exupéry es más bien la identificación con el padre militar muerto. Su escritura va asociada a la aviación y a la guerra, al desafío de la muerte, al riesgo constante para «sobrevivir y narrarlo, compensando la ausencia del padre... siempre buscando maestros y jefes como en una orden de caballería moderna». Desapareció en acción de combate a los cuarenta y cuatro años.

No todos los casos de orfandad son tan autodestructivos. Bertrand Russell perdió a su madre a los dos años y a su padre a los cuatro. Su niñez solitaria y melancólica la pasó imaginando cómo serían sus padres. Tuvo una vida muy complicada y se salvó de la locura con la exactitud de las matemáticas y su privilegiado intelecto, «buscando la solidez de una obra que inspecciona el orden del universo por medio de la ciencia».

La orfandad de Antón Chejov es más emocional tras vivir el abandono de un padre violento y cruel que se arruina y desaparece cuando el hijo es adolescente. Chejov buscará su tumba por toda Rusia, sospechando que ha muerto de cólera, pero sin encontrarla y sin poder así cerrar el círculo. Sin embargo, el hijo ha

heredado la pasión del padre por el teatro, y a él se dedicará sin rencor y además con gran éxito. En sus obras melancólicas y resignadas Chejov expresa su queja por no ser querido, el sufrimiento de la pasividad y de la mediocridad, haciendo de su duelo una elegía universal.

Este tono elegíaco cristaliza a veces en tendencias depresivas, en una posición triste ante la vida como huella del pasado. Manuel Azaña, el presidente de la República, evitaba visitar su origen: «Siempre vuelvo de Alcalá de Henares con los humores revueltos, sobre todo si me asomo a la casa triste», dice en sus *Memorias* comentadas por su biógrafo Santos Juliá, quien asevera que «un niño de nueve años que pierde a su padre y a su madre en solo un año y poco después al abuelo con el que salía de paseo, siempre recordará la casa en que se producen esas pérdidas como una casa triste»[\[97\]](#).

La otra forma de ausencia paterna no tiene tanto que ver con su muerte como con su irrelevancia. Son padres que no ejercen como tales, ajenos a lo que su función reclama, inhibidos y parapetados tras la madre, haciendo dejación de su tarea emocional y educadora.

Los hijos de este padre mediocre arrastran una considerable carga de vergüenza y resentimiento, pero la deficiencia más dañina es la sustracción de la dignidad masculina. Digamos que los hijos con este modelo de padre interiorizan a menudo un concepto muy pobre de la masculinidad: apocamiento, irresponsabilidad, descompromiso... alguien sin coraje frente a la vida, frente a su familia de origen o frente a la esposa y su familia política. Un padre mediocre que no puede ganarse el respeto del hijo porque el poder lo ostenta la madre y /o el abuelo. Lo más probable es que el hijo tema a la madre y desprecie al padre: se avergüenza de él a la vez que le echa de menos como aliado de género. Es frecuente que el hijo intente inconscientemente una suplantación, tomando el papel del padre, que queda así reducido a un eslabón fallido: la cadena pasa de abuelo a nieto, saltando al progenitor. Ya hemos hablado del ejemplo de Sartre, que tiene la justificación de la orfandad, pero su biógrafa Annie Cohen-Solal[\[98\]](#) lo retrata emocionalmente como «hijo de su abuelo y pareja de su madre».

Otros padres desaparecen absortos en sus negocios o intereses, que ponen por delante de la familia. El novelista Amos Oz confiesa conmovedoramente que de pequeño no quería ser escritor: quería ser libro para que su padre bibliotecario lo tratara con el mismo cuidado (preciso, casi sensual) que reservaba para los libros. Aquí no hay vergüenza sino admiración. Cuando existe algún nivel de reconocimiento del padre, por pequeño que sea, el pronóstico para el hijo es mucho más saludable: tiene un referente, y aunque eso no le ahorre el anhelo

emocional de contacto, alivia la sensación de pérdida, de no pertenencia; digamos que le da un lugar en el mundo al hijo a cambio de secarle en buena parte el corazón. En nuestro mundo quizá sea la situación más habitual: padres, o adultos varones en general, que son torpes emocionalmente pero que se sienten realizados al tener poder social (económico, laboral, etc.) con el que atender y proveer a su familia. En la medida en que la madre tiene actualmente más presencia en el ámbito sociolaboral, los varones tienen la oportunidad de desarrollar más y mejor sus afectos, lo cual atenta contra la cultura patriarcal tradicional, y de ahí la crisis que afecta tan profunda como poco conscientemente a los hombres de hoy.

**2º El padre PRESENTE** por exceso es tan dañino como el ausente por defecto. Una presencia gravosa (aunque a veces imperceptible) es la que explicamos en el capítulo de Patrimonio, es decir, la proyección paterna en el hijo como continuador de sí (en los valores, los negocios familiares, la profesión, etc.), sin poder verle como otra persona, otra generación con sus intereses genuinos, otro ser a la búsqueda de su propia orientación en el mundo, para lo cual necesita mapas y guías puntuales, no encauzamiento forzoso en lo conocido; la repetición y lo automático son sinónimos freudianos de la pulsión de muerte frente a lo cambiante e imprevisible de la vida.

Blas Matamoro lo define como el «deseo del padre» enmascarado como un polizón invisible en la subjetividad del hijo. Ante este deseo paterno solo cabe la sumisión o la rebeldía, la continuidad o la traición a los planes parentales, y a veces una combinación peculiar de ambas (dependencia/contradependencia) generalmente vivida con culpa y resentimiento alternantes.

Es muy interesante el caso de artistas que eligen un pseudónimo con el que presentarse ante el mundo. En varios escritores encontramos este intento de desembarazarse del linaje paterno decidiendo un nombre «propio» libre de cargas, una identidad sin deudas; los motivos pueden ser variopintos, desde «proteger» a la familia hasta una afirmación agresiva de no pertenecer a dicha familia. Stendhal se llamaba realmente Henry Beyle, pero negó la filiación del padre, el abogado Beyle, solo interesado en sus negocios y propiedades, que odiaba al hijo y era odiado por él. Stendhal (que también utilizará otros nombres, Alexandre Bombet, F. de Lagenevais o Dominique, en sus diarios) forma parte de su disfraz, de su mitomanía y de su negación del padre.

Voltaire renegó del apellido paterno, Arouet, y del hermano ejemplar y devoto

que lo portó. Hijo de notario, Voltaire no solo eliminó el nombre del padre, sino que cultivó la fantasía de ser hijo de un amante de la madre, como si quisiera borrar la genética y todo aquello que lo vinculara con la personalidad odiosa de su progenitor. Molière oculta su nombre real, Jean-Baptiste Poquelin, como una forma de desclasamiento y de rebeldía al oficio paterno, tapicero, para construirse una identidad artística que desarrollará en el teatro.

El caso de Truman Capote no es tanto de negación como de discriminación. El padre, un hombre inestable y fracasado que desaparece cuando lo meten preso, deja un hijo de siete años débil y temeroso que abandona su apellido Streckfus Persons, al decidirse por la literatura. El nombre Capote elegido como autor, no es solo un pseudónimo, sino el reconocimiento al único adulto que le quiso bien, José García Capote, uno de los maridos de su alocada madre.

Otro hijo abandonado, en este caso por orfandad, fue Mark Twain, pseudónimo de Samuel Clemens. Su padre fue juez de condado y murió cuando él era un adolescente, que fue dando bandazos por la vida, pasando por innumerables oficios, desarraigado y vagabundo hasta que triunfó en la literatura con ese pseudónimo. Sin embargo, siempre desconfió de su éxito. «Sentía que su apodo enmascaraba una impostura. En su interior faltaba un padre sólido».

Aunque el caso de Mark Twain sea el de padre ausente, el pseudónimo suele ser una suplantación imaginaria de la paternidad aplastante y ominosa que el hijo necesita apartar o destruir por supervivencia, inventándose otra filiación más oxigenante y acorde con el proyecto de sí.

La figura más dañina dentro de esta categoría es el padre autoritario y violento que se posiciona como enemigo del hijo. Es el padre maltratador en el sentido más amplio (física, psicológica o moralmente), incapaz de entender y jugar la función adulta que le corresponde. Su funesta presencia puede seguirse en las cuatro categorías filiales que a continuación ilustro:

- Hijos masacrados internamente que desarrollan comportamientos conflictivos con los otros y con la sociedad. Las consultas terapéuticas, los juzgados y las cárceles están llenos de víctimas de este daño.

Además de recordar la figura del padre de Kafka, tenemos el ejemplo del padre de Luigi Pirandello, garibaldino corpulento, nada afectivo, distante y violento. El hijo rompe con él (se reconciliará cuando el padre sea un anciano inválido), pero su deriva existencial está llena de conflictos y fracasos emocionales. Pirandello se confiesa inepto sentimental, su teatro abunda en historias de adulterio e hijos ilegítimos, de anarquía y de búsqueda de una

autoridad externa. Su nacionalismo y xenofobia lo llevarán al fascismo de Mussolini, lo que ilustra la salida antisocial frecuente en estas personalidades.

- Hijos autodestructivos que parecen perpetuar el daño paterno a través de comportamientos lesivos consigo mismos. Como si repitieran el modelo sufrido, ahora actualizándolo en forma de falta de autoestima, conductas de riesgo, orientación al fracaso y mil maneras distintas de desamor propio.

El padre de Pier Paolo Pasolini, militar, ludópata, putero y fracasado, murió de cirrosis alcohólica dejando en el hijo el recuerdo de broncas domésticas y un modelo de destrucción que el cineasta y escritor reprodujo fatalmente. Pasolini vivió en perpetua tensión entre el éxito y la persecución política, el arte y el escándalo, con una secreta vocación de mártir, tan aficionado a la prostitución como su padre, aunque en su caso con jóvenes chaperos, uno de los cuales le asesinará. Sus dos mejores amigas y protectoras, Laura Betti y María Callas, serán las actrices de sus versiones míticas de *Edipo* y *Medea*, curiosamente dos historias clásicas del «parricida incestuoso» y la «filicida vengadora» respectivamente.

- Hijos competitivos con la figura o la sombra de un padre célebre, especialmente cuando eligen la misma profesión o comparten vocación. A las dificultades obvias de crecer y desarrollarse se añaden aquí la comparación y los límites: «cómo ser yo sin ser él». Abundan los casos de perdedores en esta cruzada contra el padre, hijos que renuncian a su don o que asumen un techo por debajo del progenitor o que directamente se malogran: un testimonio desolador es el de la familia Panero llevado al cine por Jaime Chávarri (*El desencanto*, 1976) y por Ricardo Franco (*Después de tantos años*, 1994). Otras veces esta tensión puede convertirse en estímulo creativo y dar frutos tan buenos o mejores que los del progenitor. Los Dumas, padre e hijo (ambos llamados Alexandre para más inri), son un buen ejemplo.

El padre fue uno de los escritores de mayor éxito (económico y literario) de su época, nieto de noble y esclava africana, con aspecto mulato que heredaría su hijo homónimo. Los relatos de aventuras del padre (*El conde de Montecristo* o *Los tres mosqueteros*, por ejemplo) no oscurecieron los exitosos folletines del hijo (*La dama de las Camelias...*), si bien la relación emocional fue complicada. Alexandre padre tardó en reconocer al hijo, nacido de una costurera, criado con el padre y sus amantes, aliados posteriormente en ir juntos de juerga y en la escritura: el hijo hizo de «negro» del padre en algunas

ocasiones y en contra de su voluntad. Alexandre hijo se diferenci6 ideol6gicamente del padre cuanto pudo, no as6 en los h6bitos mujeriegos y en hijos naturales, pero la figura paterna de literato fue est6mulo en lugar de freno. La emulaci6n al Dumas padre hizo escritor al Dumas hijo: la literatura fue el v6nculo restaurador de la relaci6n paterno-filial, lo que nos lleva a la 6ltima categor6a:

- Hijos que trascienden creativamente al padre enemigo y sanan el da1o en el 6mbito art6stico. Walt Whitman tuvo un padre alcoh6lico y violento que deleg6 en el hijo la responsabilidad de sus hermanos y de la casa. Walt trabaj6 desde ni1o, sostuvo la familia (con hermanos enfermos mentales, alcoh6licos, etc.) hasta que se hizo poeta, vagabundo y errante profesional. No se cas6, no tuvo casa propia ni se asent6 en ninguna ciudad. Su poes6a es la «voz del padre de todos que habla para todos... El hijo abandonado se hace amante de la Madre Naturaleza en una especie de pante6smo po6tico».

Walt Whitman protegi6 a muchachos pobres, «acogi6» a muchos hijastros, am6 a estos chicos homoer6ticamente y como un padre: el padre que no tuvo, el pap6 que no le am6. Su poes6a, que tantas veces se ha calificado de pante6sta, podr6amos decir que toma el lugar del padre m6stico y convierte la falta en humanidad y en confianza.

Podr6amos concluir que la reparaci6n de los da1os paternos que hemos ido examinando exige tiempo y conciencia, un proceso que el hijo puede decidir recorrer o que la vida le pone delante para atravesarlo. Para completar la visi6n de los da1os que produce esta relaci6n, conviene reflexionar sobre el car6cter del padre y sus consecuencias en el hijo.

---

[94] Matamoro, B., *Novela familiar. El universo privado del escritor*. P6ginas de Espuma. Madrid, 2010.

[95] Freud, S., *La novela familiar de los neur6ticos*. Amorrortu. Obras Completas Vol. 9. Buenos Aires, 1979.

[96] Freud, S., *El creador literario y el fantaseo*. Amorrortu. Obras Completas Vol. 9. Buenos Aires, 1979.

[97] Santos Juli6, *Vida y tiempo de Manuel Aza1a*. Taurus. Madrid, 2008.

[98] Cohen-Solal, A., *Sartre 1905-1980*. Edhasa. Barcelona, 1990.

## El carácter del padre

Mi padre era ágil y vivía atento (como una manzana verde vive pendiente del sol), pero tropezaba muchas veces. Los obstáculos, enamorados, intrigados, le buscaban.

Jesús Aguado, *Carta al padre*

Las variantes neuróticas de la relación paterno-filial tienen mucho que ver con el carácter del progenitor. Para entenderlo, mejor vamos a revisar el mapa del Eneagrama según la teoría de los Eneatipos de Claudio Naranjo. Para quienes no conozcan el tema, se trata de una caracterología ancestral, transmitida a través del sufismo y del cristianismo primitivo (de ahí su formulación como «pecados capitales»), que especifica nueve tipologías de funcionamiento mecánico (y por eso neurótico, es decir, sin conciencia) que afectan a la totalidad de la persona: a su mente, a sus afectos y a su conducta, los tres centros a los que en otro momento hemos aludido: intelectual, emocional y motor. Es una estrategia de adaptación muy temprana con la que el niño aprende a sobrevivir en el entorno familiar, adoptando la personalidad que mejor se ajusta a la situación. Así tenemos, por ejemplo, el que se especializa en complacer a los adultos, el que se posiciona en la queja y en el reclamo para obtener atención, el que desconfía de lograrla y se refugia en una autonomía excesiva, casi autista, el que se especializa en la acción externa para desconectarse del sufrimiento interior, etc.

Todos funcionamos con esa falsa personalidad a lo largo de la vida, incluso cuando ya no cumple su cometido biográfico, lo cual ahonda en la separación profunda entre lo que somos (la esencia) y lo que aprendimos a ser (el carácter).

Y todo padre actúa y se comporta según su carácter o eneatipo, sin cuestionar su naturaleza mecánica heredada del pasado, a no ser que se comprometa con un trabajo de autoobservación, de terapia, de autoconocimiento...

Como en una cadena fatal, el padre transmite al hijo el modelo neurótico de su carácter, al cual el niño se adapta o reacciona también de forma inconsciente.

Tras este resumen de algo mucho más complejo, vamos a ver el perfil puntual de nueve tipos de padre, según estos pecados capitales o eneatis.

- **El padre perfeccionista** (asociado a la ira) tiene una enorme violencia interior que raramente exterioriza, excepto en forma de principios morales, creencias absolutas y posición crítica y soberbia ante las deficiencias humanas del prójimo. Es alguien recto y severo, con poca empatía emocional, más abocado a la acción justa según sus valores que al disfrute de la vida. Este tipo de padre genera una gran ambivalencia en el hijo, el cual no puede dejar de apreciar (y admirar) la solidez moral del padre a la vez que sufrir su inhumanidad y su exigencia. Podríamos decir que este paternaje es un vivero de rebeldes y culposos: el hijo ha de enfrentarse a este modelo sin fisuras para encontrarse a sí mismo, a la vez que quedará tocado en su autoestima por verse inadecuado, pusilánime, inconstante, disoluto, etc. frente a tal espejo. A no ser que se identifique y desarrolle una personalidad igualmente crítica y perfeccionista, lo cual no resuelve el problema sino que lo acentúa, como dos jueces que se vigilan o se persiguen en busca de la deficiencia ajena.

Nunca se me olvidará la sesión que tuve con un joven y su padre. El chico estaba con el síndrome de abstinencia y el padre me lo traía como último recurso, a pesar de que era prácticamente imposible cualquier «actividad» terapéutica en ese momento: solo quería que el padre lo acompañara a comprar droga y le sacara de aquel infierno. Era un padre de este tipo, incapaz de entender el «vicio» del joven e incapaz, sobre todo, de bajarse de sus principios éticos. Yo entendía perfectamente a aquel hombre, incluso valoraba su actitud de firmeza, puesto que era el único soporte de dignidad y valor que el hijo tenía como referente. A la vez entendía al hijo rogando que por una vez se pusiera de su parte, que conociera y le acompañara al submundo donde se desenvolvía su vida de hijo perdido. No podía ponerme del lado de ninguno, por más que me lo pedían, tampoco sabía cuál era la salida más sana. Solo veía que la cárcel de uno no era peor que la del otro. Indagué hasta donde pude cómo afectaba la demanda del hijo en el carácter rígido del padre, qué temores suscitaba en sus creencias y en qué abismos temía caer si soltaba las defensas y todo el aparato moral que le había protegido y guiado en su vida, además de no tener ninguna garantía de que su cesión tuviera algún beneficio en la adicción del hijo, tan proclive a la manipulación para obtener su satisfacción.

Después de una larga sesión sin conclusiones, se marcharon derrotados ambos. No volví a saber de ellos, pero aprendí algo nuclear del carácter

perfeccionista, de su superioridad moral y de sus limitaciones, así como de la profunda complementariedad del síntoma del hijo con la «rectitud» del padre.

- **El padre seductor** (asociado al orgullo) es mucho más tierno y comprensivo que el anterior; cultiva una relación de cercanía y complicidad con el hijo al servicio de la propia imagen. Una imagen de adulto abierto, generoso, por encima de autoritarismos estrechos y anticuados, presumiendo de una comunicación sin reservas, de total confianza, como «si fueran iguales», negando toda diferencia generacional y, sobre todo, evitando ejercer su rol de autoridad adulta o ejerciéndola con una arbitrariedad más propia del capricho que de la responsabilidad. He conocido a padres de este tipo con mucha dificultad en terapia para reconocer su juego de seducción y manipulación con los hijos: querer obtener de ellos reconocimiento, convivencia cómoda, gratificaciones por ser «más enrollados que los padres de sus amigos», a cambio de no poner límites y no estar cuando realmente se les necesita. La seducción es muy evidente con la hija, a la que hace sentir «la princesita de papá», igual que la madre de este carácter tiene especial embeleso con su hijo «príncipe». Pero entre padre-hijo varones la relación es más ambivalente, hay mucha rivalidad oculta por parte del padre seductor y mucha sensación de uso y de invisibilidad por parte del hijo, que no se suele sentir reconocido en sus intereses más profundos, sobre todo si no son objeto del halago del padre.

- **El padre eficiente** (asociado a la vanidad) está muy preso de su imagen y concibe a los hijos como una extensión de la misma. Los quiere «perfectos» en los estudios, el deporte, los hábitos sociales, etc. Es un padre exigente que se siente legitimado porque predica con el ejemplo: él es un adulto bien integrado, trabajador, exitoso, que saca adelante sus proyectos con la eficacia de los pragmáticos. También la paternidad es una tarea que practica con solvencia, de forma que provee todo lo necesario y raramente los hijos se sienten desatendidos en el aspecto material. No así en los aspectos psicoemocionales.

He tenido en terapia a hijos con un padre de estas características, y todos coinciden en considerarlos buenos padres a la vez que superficiales, convencionales y fáciles de escandalizar.

El hijo oscila entre el provocador que se rebela contrariando al padre con su ropa, aspecto físico, aficiones y amistades poco recomendables, y el hijo mimético que se identifica con el modelo y parece un clon: hijo perfecto de un padre perfecto.

Recuerdo un paciente de estas características que atravesó una seria depresión tras alcanzar todos los logros a los que había sido destinado por su padre: número uno de su promoción, carrera con proyección política, esposa adecuada, hijos bien educados... y un vacío interior desolador, incapaz de responder a la pregunta esencial: ¿quién soy yo? Se sentía colonizado por la personalidad del padre, completamente perdido y decidido a fracasar como último recurso de salvación propia. Fue un proceso terapéutico largo y difícil, de «habitar al autómeta», según sus palabras, de ruptura y posterior reconciliación con el padre, hasta que encontró su vocación de mediador, de puente entre diferencias, que no es mala metáfora de alguien que tiene que aprender a diferenciar para ver.

- **El padre deficitario** (asociado a la envidia) corresponde a la personalidad que se compara siempre a la baja, que se siente menos, con peor suerte y más carencias que el resto, desarrollando una posición quejosa, melancólica o reclamadora, pero siempre con baja autoestima.

Transmite al hijo su insatisfacción, una permanente preocupación por hipotéticas desgracias que ahogan en buena parte la confianza natural del hijo, y una implícita filosofía de perdedor que genera hijos esforzados o derrotistas o ambas cosas. Son padres sensibles al dolor y a las dificultades del hijo, que se siente generalmente reconfortado en este aspecto y a veces lo explota, pues sabe que es la mejor manera de suscitar la atención paterna.

He tratado a hijos con este tipo de padre que transmitían un sutil desprecio hacia su figura («un pobre hombre», «un agonías»...), a la vez que se hacían cargo de sus limitaciones y los protegían como si ellos fueran los adultos y el padre fuera el niño necesitado, dando lugar a una confusión de roles bastante perturbadora. Este tipo de padre, como paciente, da la impresión de estar sobrepasado por la paternidad, le desborda su peso y sus atribuciones, así que se siente incapaz y responsable de ser un guía incompetente para sus vástagos.

- **El padre retraído** (asociado a la avaricia) es el ejemplo por excelencia de esta sensación de desbordamiento que acabamos de nombrar. Se trata de una persona con pocas habilidades sociales, torpe para lo afectivo y lo relacional, volcado en sus intereses, generalmente intelectuales, en sus abstracciones y en su mundo interno, ya que no entiende muy bien los códigos mundanos y tampoco le interesan tanto como para descifrarlos. Como padre suele delegar la responsabilidad en su esposa, colabora en asuntos de estudios y todo lo que

afecte al ámbito intelectual, retrayéndose en todo lo demás, a pesar de ser personas muy tiernas, y así lo reconocen sus hijos, quienes a su vez perciben al padre «desconectado» y excesivamente alejado de los asuntos cotidianos. Es un padre admirado y anhelado, percibido como cálido y gélido a la vez, poco disponible para lo inmediato y mejor interlocutor conforme crecen los hijos, ya que no se maneja bien con los infantes ni con lo infantil.

El hijo ha de adaptarse al universo del padre si quiere su contacto y atención, o reconocerse como huérfano de hecho, con la consiguiente hostilidad hacia esta figura tan poco accesible.

He conocido hijos que eligen aficiones o estudios semejantes a los del padre como forma de acercamiento y contacto, supliendo con intereses intelectuales las necesidades del corazón. Uno se había hecho experto en astronomía, otro se hizo músico... y ninguno estaba muy seguro de su vocación, pero sí de la importancia de los momentos de comunión con el padre a través de estas disciplinas.

- **El padre inseguro** (asociado al miedo) presenta muy diferentes caras frente al hijo: la del pobre hombre angustiado, la del rígido, incluso fanático, amarrado a certezas para salvarse de la angustia, y la del hombre seguro que oculta todas sus ansiedades bajo la máscara del riesgo, la fuerza y el amedrentamiento. He observado que esta tercera tipología produce hijos más sumisos que las otras dos, pero, en cualquier caso, el miedo se transmite al hijo imperceptible y profundamente, como una deficiencia interna, como si faltara un eje donde anclar la confianza en la vida. Los hijos del padre miedoso suelen heredar su ambivalencia entre estos dos extremos: el vacío interno (angustia, dudas, falta de asertividad...) y el enfrentamiento o la desconfianza con todo lo que simbolice autoridad y poder. El pensamiento freudiano refleja fielmente este mundo interior, donde se habla de matar al padre, castración, suplantación... todo un paisaje de profunda ambigüedad hacia el poder en general y hacia el poder personal en particular.

Un padre de este carácter miedoso me hablaba en terapia de su impotencia a la hora de orientar al hijo con sus estudios y futura profesión. Le angustiaba no tener certezas que transmitir, consejos infalibles para no errar... en vez de confiar en el deseo del hijo. Le resultaba tan difícil confiar en el hijo como en sí mismo. No se otorgaba el poder de ser, de querer, de actuar según sus impulsos. Y tampoco podía contagiárselo al hijo, asumiendo los riesgos que conlleva decidir.

Es casi imposible decidir cuando se tiene poca fe en el propio instinto y mucha desconfianza hacia cualquier tipo de autoridad a la que poder consultar y reconocer.

- **El padre permisivo** (asociado a la gula) es un padre tolerante y despreocupado, más atento a la buena relación con su hijo (familiaridad, colegueo) que a ejercer cualquier tipo de límite. Es un rebelde que no cree en la autoridad como algo legítimo, sino que la confunde con arbitrariedad, incoherencia e intereses inconfesables de dominación o tozudez, así que intenta no ser asociado a ese tipo de adulto rígido y se posiciona en el extremo opuesto de liberal e incluso ácrata. Es un padre inmaduro frente a las dificultades y un buen interlocutor frente a los proyectos y los riesgos. El hijo sabe para qué puede y para qué no puede contar con este tipo de padre, así que se suele adaptar a lo posible y no reclamar lo imposible, porque acepta que es un buen tipo y no hay porqué pedirle más. Así se interioriza la sutil manipulación de este tipo de padre que predica, «Si me quieres, no me lo pongas complicado», donde se equipara el amor a la complacencia, la responsabilidad se confunde con *laissez faire*, y el vínculo se reduce a llevarse bien o tomar distancia cuando no fluye.

Un padre de estas características se empeñaba en terapia en eludir los conflictos con sus dos hijos adolescentes «porque más tarde se darían cuenta de la suerte de no haber tenido un padre autoritario y violento (como el que él sufrió) y acabarían entendiéndole», perdonando y reconociendo su modelo de libertad y benevolencia. Era su pirueta psicológica (irse al futuro) para no encarar las molestias del presente, así como autoengañarse creyéndose un defensor de la educación libre. Este tipo de padre es demasiado autoindulgente y sus hijos suelen acabar muy confundidos.

- **El padre explotador** (asociado a la lujuria) considera al hijo una mera extensión propia y tiende a disponer de su vida con prepotencia, imposiciones y una cierta violencia. Este tipo de padre concibe la existencia como una lucha donde solo sobreviven los fuertes e intenta que su hijo pertenezca a ese grupo. No soporta la debilidad ni cualquier característica que corra la dureza necesaria para desarrollarse en un mundo fiero y competitivo, por eso intenta hacer de su hijo un «duro», alguien a salvo de la fragilidad de los sentimientos, capaz de pisar en vez de ser pisado, ganador al precio que sea. Los hijos que han sufrido este modelo tienen algo de terroristas potenciales, rebeldes

violentos y/o sumisos patológicos, con una profunda herida que se manifiesta en forma de represión de su ternura y su humanidad. Posteriormente se dan cuenta en terapia de la traición que se autoinfringieron para ser adoptados por el padre y para adaptarse a ese mundo hostil que él les había dibujado.

Son hijos maltratados de muy diferentes maneras y necesitan todo un trabajo de restauración de esa figura terrible que los amó de manera tan cuestionable. Los pacientes que conozco en este caso pudieron llevar a cabo este acercamiento solo a través del deterioro del padre (su vejez, enfermedad...), atravesando mucha ambivalencia entre el rencor legítimo del pasado y la realidad del presente, es decir, poder ver al padre actual sin los atributos del león fiero de la infancia, sino como el ser humano que necesita atención y amor y deja que se los proporcionen.

- **El padre manso** (asociado a la pereza) es una «buena persona» en el sentido más convencional de la palabra: trabajador, buen ciudadano, sacrificado con sus hijos, etc. Es generoso y altruista, se hace cargo de las dificultades ajenas (en el sentido literal de «cargárselas») y sus hijos lo perciben amoroso y dedicado, a la vez que un poco simple, como si no comprendiera lo complejo y sutil del mundo interno y todo lo resolviera con la acción adecuada, la que se supone y se espera, sin mayores complicaciones.

Estos padres son más materialistas que psicológicos, más pragmáticos que introspectivos, y en consecuencia los hijos no se sienten entendidos o vistos en su complejidad. A menudo se burlan o avergüenzan de su bonhomía, de su exceso de confianza, de su conformismo, también de su falta de ambición personal para promocionarse y ascender en lo suyo.

Un paciente se quejaba de un padre de este tipo por haber dejado pasar muchas oportunidades profesionales: «Era un artista de la madera, hacía unos muebles asombrosos que algunas empresas quisieron comercializar, pero él se negó con tozudez, con una especie de modestia que a mí me parecía hipócrita: en el fondo no quería dejar la comodidad de su pequeño taller y tener que vérselas con una cadena de producción. Decía que prefería que fuéramos buenas personas en vez de hijos de padre rico, como si fuera incompatible. Era demasiado flojo para un mundo competitivo, pero lo que más nos dolía a mis hermanos y a mí era lo indignamente que se trataba a sí mismo, a su don de carpintero, a su arte, como si no se lo mereciera».

Este recorrido somero por la caracterología del eneagrama no pretende

conclusiones absolutas y cerradas, como si fuera previsible tal tipo de hijo según tal tipo de padre. Afortunadamente, la vida no es tan predecible ni automática. Pero sí hay ciertas correlaciones que he querido rescatar de mi experiencia como psicoterapeuta.

Lo que puedo afirmar con más seguridad son los pasos del proceso de sanación del vínculo parental, que suele responder a la siguiente secuencia:

- Solo el reconocimiento del dolor del abandono y de la carencia abre la posibilidad de restaurar la figura paterna internamente, lo cual supone una indagación emocional de este vacío o agujero.
- Es necesario despenalizar el rencor y la rabia que subyacen en este vínculo fallido. La catarsis o descarga de este peso es parte del proceso de limpieza personal.
- Transgredir el tabú de cuestionar a los padres es un acto contracultural en cuanto que viola el mandamiento de honrarlos, pero la mirada adulta ha de ser necesariamente crítica y desidealizadora para llegar a ser justa.
- Es complejo pero imprescindible discriminar la rebeldía reactiva, tan adolescentemente ciega, de los deseos, proyectos y necesidades realmente propios. Traicionarse tiene un precio demasiado alto como para permitirlo: apostar por sí, aunque no coincida con el programa paterno, es parte esencial del crecimiento, a pesar de la culpa.
- En este sentido, hay que despenalizar la ambición y el éxito. Todo hijo tiene derecho a superar a su padre, es decir, a disolver los invisibles techos que limitan el desarrollo personal (y no olvidarse de esta experiencia al convertirse a su vez en padre).
- Finalmente, confiar en que, además de toda la programación neurótica que cada cual trae de la familia, también ha habido suficiente afecto y nutrición como para estar en esta cruzada y salir adelante. Algún resto de «padre bueno» sobrevive en nosotros, si es que nos estamos comprometiendo en la disolución del «malo».

Asumir no solo las dificultades de esta empresa sino también sus límites, incluso su imposibilidad en términos absolutos, nos puede resultar de gran alivio. Eso nos lleva a las siguientes reflexiones, que tienen que ver con el humor, el tiempo relativizador y el redescubrimiento de la hermandad.

## Humor y tiempo

Cuando en la tele daban una mala noticia (en el telediario, en las película, en los documentales), mi padre se ponía a cantar bajito. Dulce. Como si entrara en trance. Casi flotando en su butaca de cuero negro. Un chamán. Un niño a punto de ser descubierto debajo de una cama. Y entonces lo miraba y, sin preguntarle, me levantaba y le traía un vaso de agua helada.

Jesús Aguado, *Carta al padre*

Leí una vez a Jean Paul Ricoeur (no recuerdo dónde) explicar lo fundamental que era para él la experiencia de que un padre se pueda reír con su hijo. Lo consideraba un símbolo de la función paterna, es decir, la transmisión en directo de que el padre se las apaña con su angustia, demostrándole al hijo que es superable. Una angustia, además, que puede mostrarse y compartir sin dramatismos, con el desapego y la relativización que proporciona la experiencia. Reírse como sinónimo de deportividad, de no darle más importancia de la que tiene a cualquier acontecimiento ingrato o desgraciado. Dice Juan Arnau que «el humor es el estado filosófico por excelencia y parece susurrar a la naturaleza que no la tomamos tan en serio como ella a nosotros»<sup>[99]</sup>. Así es, se trata de desdramatizar. El padre que se toma con humor las contrariedades, que relativiza las cuitas del hijo (sin burlarse de ellas) y que encara la adversidad con un cierto escepticismo indulgente, está proporcionando al hijo un modelo de confianza en la vida impagable para el joven que recién la está descubriendo y al que el presente le abrumba «como si no hubiera un mañana».

Esa es la diferencia existencial: el padre sabe que hay un mañana y un pasado mañana, a la vez que tiene la perspectiva del pasado, donde situaciones similares fueron superadas con mayor o menor fortuna. Y sobre todo dejaron una enseñanza que es el eje desde donde el adulto puede afirmar lo obvio: «No me he muerto, estoy aquí y no es para tanto, visto desde el presente».

El padre es un mensajero del tiempo. Puede transmitirlo con la ansiedad del

que se siente arrollado por él o puede contagiar su sentido; el tiempo es absurdo o significativo: cuestión de perspectiva, de conciencia y de reflexión.

El humor y el sentido del tiempo creo que son la esencia de la paternidad, una afirmación que puede parecer demasiado rotunda, puesto que los atributos paternos tradicionales son el conocimiento, la inclusión en el saber y en la trascendencia (de ahí derivará el amor venerativo del hijo), pero ¿puede concebirse algún grado de sabiduría sin devenir temporal (experiencia al fin y al cabo) y sin distanciamiento ideológico, sin ese cariz con que el humor cuarteja y corroe todo fanatismo y toda mentalidad rígida encerrada en creencias absolutas?

El padre «perfecto» (y por extensión, perfeccionista) ya hemos visto que es una tragedia. Para que un padre se asuma «imperfecto», con sus limitaciones obvias, necesita perdonarse y aceptarse (previo cuestionamiento). Es un proceso de amor hacia sí... y de humor, es decir, de tomarse menos en serio y ponerse más sanamente tolerante consigo y con el otro, en este caso el hijo.

No estoy hablando de autoindulgencia o desinterés hacia el hijo, sino de la genuina comprensión del otro como otro. Es la única manera de poder ver sus recursos y sus limitaciones, intervenir en ellos para potenciar o atenuar (de eso trata la educación), pero con la benevolencia luminosa (aquí incluyo la alegría del humor) que la terapia gestalt llama «fe en la autorregulación orgánica», es decir, confianza en nuestra esencia, en nuestra buena orientación a pesar de todas las meteduras de pata inevitables e instructivas.

Esa necesidad de padres-testigos que Recalcati oponía a los padres-amos y a los padres-modelo supone un nivel de desapasionamiento y desapego que explica lo que estamos diciendo y lo aligera con un toque de humor:

Los mejores [padres] no son los que se presentan a sí mismos como ejemplares, sino los que tienen conciencia de la naturaleza imposible de su oficio. He aquí una buena noticia que debería aliviar la ansiedad de quienes ocupan esta posición.[\[100\]](#)

¡Qué higiénico resulta entender la imposibilidad de la tarea (así, en términos absolutos) y qué liberador aceptar lo posible como suficiente!

La paradoja consiste en asumir que la paternidad es una empresa destinada al fracaso y, a partir de ahí, comprometerse con ella por necesaria, válida y determinante. Tener un padre es una «bendición», como suelen decir los que adolecieron de él. Y a la vez todo hijo tendrá que vérselas con la «maldición» de tener un padre. Y lo mismo cabe decir desde la óptica paterna, donde lo grato y lo ingrato van inseparablemente unidos.

Los vínculos del amor filio-paternal son tan poderosos y tan frágiles que a

veces no da toda una vida para integrarlos en su justa medida, como si el tiempo no alcanzara y hubiera de resolverse en un último acto fuera del escenario, en el terreno intangible de la memoria y de los sueños. En esa «isla de las almas» de la canción de Sting o en múltiples relatos oníricos. Por ejemplo, Diego Muñoz Valenzuela, en *Adagio para un reencuentro*[\[101\]](#), cuenta el sueño inducido por la música de Barber, en el que se encuentran padre e hijo años después de la muerte del primero:

—¿Eres tú, papá?

—Sí, soy yo —los ojos le brillaban de risa y visiblemente disfrutaba mi desconcierto, aunque también se revelaba en ellos una emoción muy honda compitiendo con su ironía...

—Ven acá, muchacho, abrázame, que quiero sentirte cerca.

—¿No vas a disolverte si te abrazo? Júrame que no vas a desaparecer si me acerco...

Entonces me dejé gobernar por la emoción: me aferré a él, sollozando como cuando era un niño que despertaba en medio de una pesadilla, perdido en un mundo incomprensible que me tendía sus ominosos tentáculos; lloraba también porque estaba oliendo su aroma mitad lavanda inglesa... y eso significaba que no era una alucinación pasajera, un experimento de realidad virtual.

—No, no es una mentira, estoy aquí, contigo.

—¿Ah? —me sobresalté—. ¿Cómo es que puedes escuchar mis pensamientos?

—Piensas demasiado fuerte —me dijo con los ojos destellando ironía— o eres demasiado obvio, una de dos...

El encuentro completa un proyecto malogrado: viajar juntos a San Francisco desde su Valparaíso natal. Recorren la ciudad ahora en el sueño, beben, comen y sobre todo conversan mientras la noche discurre. En un club de jazz empiezan a encarar la despedida:

Se incorporó de la mesa con los ojos inundados de lágrimas. Yo también me puse de pie y nos dimos un abrazo intenso, desesperado, ciego, de esos que los hombres se dan muy pocas veces en la vida. Lo sentía sollozar en mi hombro, era muy triste y muy hermoso...

—Tengo que irme, hijo, tú entiendes...

—No entiendo, ya te perdí una vez... y ahora de nuevo.

Pagué la cuenta y fuimos a sentarnos en el muelle... la niebla avanzaba rápidamente hacia nosotros y de repente nos envolvió... Entonces comprendí con precisión lo que Barber había querido expresar: esa nostalgia arrebatadora, ese deseo de llorar a gritos insultando a Dios por su injusticia; esa sensación de pérdida irremediable que es al mismo tiempo la otra cara de la felicidad; esa turbia rebelión que se agita en lo más hondo de nosotros. Estreché a mi padre con fuerza, pero sentí que iba perdiendo consistencia con inexorable lentitud...

—No quiero que me veas partir —dijo en un susurro.

Al final, casi sin darme cuenta, estuve solo de nuevo.

Es un sueño de cierre, de completar aquello que la vida no te regaló en su momento, de segunda oportunidad para encontrarse, expresar lo no dicho, mostrar el amor y sobre todo su expresión física sin el pudor habitual de los

varones. También es un sueño de iniciación a la conciencia de la soledad adulta, la que el tiempo impone cuando ya nadie nos precede, cuando más gente tenemos por detrás y al lado pero menos por delante. Asunto de tiempo de nuevo.

Veamos otro relato breve donde el hijo, en un sueño con el padre, le pregunta acerca del misterio por antonomasia para los vivos: qué hay al otro lado de la muerte. Juan Forn relata en *Nadar de noche*<sup>[102]</sup> un duermevela de insomnio y ensoñación en la que el hijo es visitado por el padre fallecido cuatro años atrás. Ante el interés del padre por saber lo que ha pasado en ese tiempo, el hijo se sorprende:

—Yo creí que vos veías todo lo que pasaba acá, desde donde estabas... Si supieras la de cosas que hice en estos años para vos, pensando que me estabas mirando.

El hijo se rio un poco, sin alegría pero sin amargura.

—O sea que no sabes nada de estos cuatro años. Qué increíble...

Ante la pregunta del hijo del porqué de esta visita a él (y no a su madre o sus hermanos, por ejemplo), el padre confiesa:

—También pensé que tú podrías arreglártelas mejor con los sentimientos que te provoque esta visita. A fin de cuentas, yo nunca fui tan importante para vos, ¿no es cierto?

El hijo sintió algo que hacía tiempo que no sentía. Una especie de sumisión y de necesidad de oponerse a esa sumisión. Supo de pronto que en los últimos cuatro años no había sido este que era ahora nuevamente: hijo de su padre. Fue hasta el borde de la piscina, se sacó los mocasines y se sentó con las piernas dentro del agua.

—Si no hubieras sido tan importante para mí, entonces yo no habría hecho las cosas que hice para vos, por vos, en estos años. ¿No se te ocurrió pensar eso?...

Se quedaron callados un rato.

—De todas maneras exageré un poco. No fueron «tantas» las cosas que hice pensando en vos.

El padre soltó una risita.

—Ya me parecía.

.....

—Entonces vos y yo vamos a encontrarnos de nuevo, en algún momento.

El padre no contestó.

—¿Importa algo estar juntos, allá?

El padre no contestó.

—¿Y cómo es? —dijo él.

El padre desvió los ojos y miró a la piscina

—Como nadar de noche —dijo. Y las ondulaciones de la luz se reflejaron en su cara—. Como nadar de noche, en una piscina inmensa, sin cansarse.

No hay respuesta definitiva al mayor de los enigmas, pero sí presencia de un adulto que lo ha experimentado. El hijo en realidad no busca tanto la clave sino

el testigo, como en el arranque de *Cien años de soledad*, donde el narrador evoca la presencia del padre ante el pelotón de fusilamiento: en ese momento crucial el recuerdo paterno se revela como la instancia interna más fiable frente al abismo.

Uno de los más hermosos duelos de la lírica castellana son las *Coplas a la muerte de su padre* de Jorge Manrique, al caballero don Rodrigo Manrique<sup>[103]</sup>. Toda la primera parte, sin embargo, es una reflexión sobre lo efímero y perecedero de la existencia temporal, y solo la parte final del poema evoca la persona y la biografía del padre.

Los inmortales versos de aviso de conciencia (*Recuerde el alma dormida*) preparan al lector para aceptar la impermanencia y fugacidad de la vida, es decir, para la reflexión que el autor propone no sobre el padre sino sobre uno de sus símbolos por excelencia, el devenir temporal:

*Cómo se pasa la vida,  
cómo se viene la muerte  
tan callando;  
cuán presto se va el placer,  
cómo después de acordado  
da dolor;  
cómo a nuestro parecer,  
cualquier tiempo pasado  
fue mejor...*

*Partimos cuando nacemos,  
andamos mientras vivimos,  
y llegamos  
al tiempo que fenecemos;  
así que cuando morimos,  
descansamos...*

*Las mañas y ligereza  
y la fuerza corporal  
de juventud,  
todo se torna graveza  
cuando llega al arrabal  
de senectud...*

Aunque el tono y el tema elegíaco sean propios de su época (final de la Edad Media), su filosofía es perenne: la visión del deterioro y la muerte del padre anticipa la del hijo, le da el grave sentido de la temporalidad al olvido distraído de la juventud.

Es «otra» enseñanza para el hijo, en este caso la definitiva. Aquí no podemos

hablar de humor (es una prerrogativa del padre sano), porque son las palabras dolientes del hijo, pero su tono es tan sereno, tan propio de los epicúreos, que parece el legado de un padre que muere en paz, casi gozosamente.

---

[99] Arnau, J., *La invención de la libertad*. Atalanta. Girona, 2016.

[100] Recalcati, M., *op. cit.*, 2014.

[101] VV.AA.: *Cuentos de hijos y padres*. Páginas de Espuma. Madrid, 2001.

[102] Forn, J., «Nadar de noche», en *Cuentos de hijos y padres, op. cit.*

[103] La versión de las coplas de Jorge Manrique que manejo es la preparada por Francisco Rico en su antología comentada: *Mil años de poesía española*. Planeta. Barcelona, 1996.

## El horizonte de la fraternidad

*No vuelvas padre,  
porque ya no tienes casa ni parientes.  
Estás muerto, padre,  
así que no intentes convencernos de que no.  
Vete lejos del poblado y no vuelvas,  
padre, porque si lo haces  
nuestras mujeres se acostarán con nuestros enemigos  
y les darán tantos hijos que nos derrotarán.  
Estás muerto, padre,  
márchate de nuestras cabezas  
y déjanos en paz.*

Jesús Aguado, «Poema hindú», *Carta al padre*

El conflicto entre padre-hijo afecta profundamente a la relación de este último con sus hermanos (si los hubiera) y, por extensión, con sus iguales en el mundo. Podríamos decir, en rigor, que la indagación psicoemocional con el padre tiene dos sentidos ulteriores para el hijo varón: además de reconciliarse con esa figura tan significativa y restañar las heridas del corazón, la cosecha más valiosa es aprender sobre el propio poder interior y orientarse hacia el mundo, hacia los otros, con una mirada diferente: horizontal, interactiva y colaboradora.

La mirada vertical hacia ese padre anhelado y temido distorsiona la percepción de los iguales, suele más bien proyectar el conflicto y la ambivalencia y por tanto teñir y cegar la relación con los otros.

El mito fundacional de Caín y Abel ya revela la relación competitiva y finalmente destructora de los primeros hermanos rivalizando por «agradar a Dios» y hacerse con el lugar del favorito del padre.

Unamuno decía que si Caín no hubiera matado a Abel, este habría matado al otro y hoy hablaríamos de «abelismo» en lugar de cainismo. Aparte de ser una obsesión muy española, la reflexión unamuniana alude a la envidia y al deseo

infantil de ser único, a la fantasía codiciosa de eliminar a todos los rivales para quedarse con la herencia completa. Repartir es exponerse a quedarse con poco o nada, sobre todo si no hay mucho, si el cariño ha sido escaso o pobremente expresado (cosa bastante habitual entre varones).

Pero aparte de Caín y Abel, la narración bíblica más profunda y cruel sobre esta rivalidad fraterna es la historia de José y de sus hermanos, todos ellos hijos de Jacob, nieto de Abraham. Este relato, que ha fascinado a tantos escritores posteriores (Goethe se estrenó, siendo aún niño, como escritor revisando este texto, igual que Thomas Mann, que le dedicó una obra en cuatro tomos), admite diversas lecturas simbólicas y todas ellas universales.

José es el depositario de la preferencia del padre, lo cual tiene sentido por su inteligencia y generosidad (como se verá en el desarrollo posterior de su historia); no se trata de arbitrariedad paterna sino de genuinos valores e inclinaciones del hijo, lo que por contraste acentúa la mezquindad envidiosa de sus hermanos. Deciden deshacerse de él vendiéndole a mercaderes egipcios, y aquí comienza la travesía de los infiernos para el joven José: abandono, esclavitud, soledad... La expulsión forzosa del hogar y la experiencia de traición de quienes no podía sospechar refuerzan la fe del joven en lugar de desesperarle. Sus recursos interiores (en forma de don de clarividencia para entender los sueños, es decir, lo enigmático, lo aparentemente sin sentido) le granjearán la confianza de sus amos y la del faraón: ¿quién, mejor que José, puede interpretar el sueño del soberano («años de vacas gordas/ vacas flacas») puesto que ha vivido la experiencia en sus propias carnes de tenerlo todo y perderlo? Él ha pasado de la seguridad del amor paterno a la intemperie del exilio, desarrollando un profundo sentido de la ecuanimidad, así como la confianza en sí y en Dios. El joven ha madurado, ha llegado a un nivel de comprensión más allá de los hechos y las expectativas. Comienza su etapa de ascenso político-social, digamos de manifestación de su sabiduría aplicada al bien común. Sus previsiones permitirán superar las épocas de escasez e incluso ayudar a los más castigados, como sus hermanos, quienes acudirán a Egipto buscando recursos para sobrevivir, en una versión temprana de las actuales crisis migratorias. José pondrá a prueba a sus hermanos para detectar si hay arrepentimiento, es decir, si la desgracia los ha hecho compasivos y los ha humanizado, si han purgado sus corazones de la aberración que significa traicionar la fraternidad y están en condiciones de recomponer este vínculo que es la esencia de lo humano. En el relato bíblico son hermanos de sangre, todos ellos hijos del mismo padre, pero el alcance del relato va más allá de los lazos sanguíneos y es una metáfora de la

fraternidad humana. A pesar del daño y la injusticia (o quizá gracias a ello por lo que tienen de «purgatorio», de lugar de transformación de la desgracia en conocimiento), la compasión y el altruismo son el eje y la base de la condición humana. Su pérdida deshumaniza y nos expulsa de la condición de hermanos que es el genérico con que nos nombramos todos los mortales: estas dos categorías, hermanos y mortales, son los atributos quintaesenciados y definitivos del género humano.

José es la representación del adulto evolucionado, el que transforma la problemática familiar en motor de cambio y de crecimiento, volviendo al origen más sabio y completo: el reencuentro entre hermanos y con el anciano padre Jaco, es un acto de perdón y de generosidad, es decir, de amor adulto: aquel que ha sobrevivido a las pruebas de la vida.

En la historia de José asistimos a las dos manifestaciones básicas de la rivalidad fraternal: la exclusión del favorito (víctima) y la alianza patológica de los verdugos; los restantes once hermanos han de aglutinarse como una piña para sostener la culpa y la impostura. Esta confluencia neurótica es otra salida en falso: no resuelve el conflicto con el padre, sino que lo desvía hacia el ámbito fraternal. Matar (Caín) o deshacerse del «enemigo» (José), así como hacer un pacto de cómplices, mantiene y cronifica la fantasía infantil, no favorece la peripecia individual que cada adulto ha de recorrer con o contra el padre, a la búsqueda de su poder personal. Los atascos emocionales entre hermanos suelen ser extrapolaciones del conflicto con uno o con ambos padres; a veces se cronifican y se convierten en pleitos sin solución (hermanos que no se hablan o que se llevan mal), pero otras se revelan como facilitadores del desarrollo, como oportunidades de aprendizaje para las interacciones que la sociedad y la vida exigen. Pasar de ser rivales a ser iguales pero diferentes es el mejor fruto de la hermandad, del que suelen adolecer los hijos únicos o aquellos que se instalan en la desconexión y se separan de sus hermanos por miedo a compartir o por cualquier otra razón de índole narcisista.

Los hermanos Mann, Heinrich (el primogénito) y Thomas, compitieron en literatura y en política: Thomas ganó en el terreno de las letras, pero perdió, con su ambiguo filonazismo, frente a la clara militancia antitotalitaria de Heinrich. Se reconciliaron en el exilio norteamericano.

Son también notables las diferencias entre los hermanos Machado: Manuel, un año mayor que Antonio, era brillante socialmente, cronista de teatro y director de museo. Antonio fue siempre un humilde profesor de instituto, recorriendo la geografía española según sus destinos docentes. Los une la poesía (modernista y

a la moda Manuel, clásico e intemporal Antonio) y el teatro, donde colaboraron en obras a cuatro manos. Políticamente, Manuel estuvo del lado franquista mientras que Antonio murió en el exilio republicano. El conflicto entre hermanos es el tema de una obra escrita en colaboración (*Julianillo Valcárcel*), así como del largo romance *La tierra de Alvargonzález* de Antonio Machado.

Encontramos dos ejemplos de simbiosis en los Goncourt y en los Grimm. Los hermanos Goncourt, Edmond y Jules, superaron las preferencias de la madre por el benjamín, Jules, así como el relativo abandono de los padres, ya que fueron criados por unos tíos. Ambos compartían el rechazo a su época, la idealización del pasado nacional y la soltería: se veían a sí mismos como un matrimonio célibe que se desahogaba con prostitutas, dedicados a la religión de las letras, a su ingente *Diario*: cada noche escribían una entrada en total acuerdo de gustos y de tema. El mayor sobrevivió al benjamín y en homenaje a su memoria fundó la Academia Goncourt que otorga anualmente el premio de novela más prestigioso de las letras francesas.

Los hermanos Grimm fueron seis, pero son los dos mayores, Wilhelm y Jacob, los famosos autores de los *Cuentos infantiles*. Con la orfandad y la ruina económica, los dos hermanos mayores asumen el rol paterno y se dedican a cuidar y educar a los hermanos pequeños, así como a administrar la economía doméstica. Ambos se enamoraron de la misma muchacha, que finalmente se casó con Wilhelm, pero Jacob vivió con ellos en una especie de trío afectivo, así como en pareja literaria, ya que los hermanos trabajaron en común durante medio siglo recopilando sus famosos cuentos. Eran como una pareja, no soportaban la ausencia cuando uno se alejaba de la casa, discutían como un matrimonio cuyo hijo común sería la obra bajo el culto totémico de los padres muertos.

Finalmente, podemos observar el binomio de la diferencia y la complementariedad en los hermanos James, William (el psicólogo, un año mayor) y Henry (el novelista). De madre dura, viril y rígida, y padre indulgente, femenino y escritor frustrado, los hermanos heredaron el modelo parental, donde William era el brillante, el que ponía distancias con el hermano, mientras que el frágil Henry quería a William sin ser correspondido, más bien al contrario: el mayor juzgaba pobres y sin vida a los personajes de las novelas de su hermano menor.

William fue el favorito del padre, y lo vivió con peso, con necesidad de distanciarse de las crisis depresivas paternas viajando con frecuencia a Europa. No quiso convertirse en el académico de éxito que su padre esperaba y se

debatíó entre las artes (pudo haber sido un buen pintor) y las ciencias naturales. También le apasionaba la ficción literaria y filosófica, pero acabó estudiando medicina. «Estudíé medicina para ser fisiólogo, pero derivé hacia la psicología y la filosofía como una especie de fatalidad». Esta fatalidad fue, en gran medida, su padre, afirma Juan Arnau[104].

Henry es el favorito de la madre, su «ángel» (casi literalmente, como ser asexual), aunque en la familia es el «pobre Henry», especialmente después de la lesión sufrida en un incendio que lo dejó cojo. Estudió Derecho para acabar dedicándose a la literatura, siempre fascinado por la brillante figura de su hermano investigador de la conciencia y de la percepción. Henry, por el contrario, explora en sus novelas el mundo de las apariencias, la indecisión y la ambigüedad, la trama laberíntica y la indefinición sexual. Cuando William se casó, Henry quemó sus cartas como un acto de ruptura de la fraternidad que derivó hacia el ensimismamiento. Cada hermano desarrolló lo propio y encontró su camino, siempre con ese sesgo de complementariedad, de completar lo iniciado y no concluido del otro, de plasmar aspectos de la vocación ajena desechada. Dice Matamoro que Henry quiso vivir la vida de William, mientras que este quiso escribir las novelas de Henry. En cualquier caso, este vínculo especular fue productivo para ambos y valioso para el resto de la humanidad.

Si el padre es el referente, el horizonte son los hermanos. Hacerse un lugar en el mundo no es sino aprender a convivir y colaborar, a transformarse individualmente como fruto de la interacción. Las heridas no curadas del padre (ausencia, abandono, autoritarismo, mediocridad...) que hemos ido viendo como dificultades en el desarrollo identitario del hijo, en su aprendizaje del poder personal, pueden vislumbrarse en todos los conflictos sociales que nos atenazan: desigualdad, explotación, xenofobia, nacionalismo... El desencuentro y el desamor son la enfermedad que se transmite mecánicamente de generación en generación si no ponemos conciencia y responsabilidad, haciendo de este mundo un lugar tan desgraciado como el de cualquier familia patológica.

---

[104] Arnau, J., *op. cit.* 2016.

# Epílogo

Mi padre volvía del campo cargado de romero y de tomillo. Cuando entraba por la puerta de la cocina sonriendo, ya sabía que ese día prepararía un arroz con conejo que sabría a esas hierbas delicadas... Un arroz vivo. Podría haberlo hecho sin usar ninguna sartén. Podría haberlo hecho dentro de sus manos ahuecadas ofrecidas al fuego. Mi padre de romero y de tomillo, de hierbabuena y de mejorana, de hinojo y de anís.

J. Aguado, *Carta al padre*

La nostalgia del padre no es muy distinta de la nostalgia de los dioses. Freud decía que el hombre indefenso ante las fuerzas de la naturaleza (como lo puede estar un niño ante el padre protector y prohibidor a la vez) transforma esas fuerzas en dioses protectores y temibles. Con el desarrollo y con el mayor conocimiento de la naturaleza, esos rasgos se diluyen, pero persiste la indefensión, y con ella la nostalgia de los padres y de los dioses. Es una visión propia del carácter marcado por el miedo, pero en la medida en que ese fondo de temores irracionales es bastante universal, podemos corroborar y compartir la posición freudiana, al menos como punto de arranque.

A partir de aquí, uno puede suspirar por regresar al paraíso de la seguridad soñada o asumir el arduo y solitario proceso de la individuación. En realidad son dos fantasías insostenibles: ni se puede regresar a lo que fue un sueño ni la soledad es un castigo definitivo, puesto que crecemos en compañía y en interacción. Pero la maduración interior del varón va indisolublemente unida a esa experiencia de orfandad de la que ya hablamos y que supone dejar apoyos y muletas externos y encarar la responsabilidad de sí.

En el anhelo del padre subyace un reclamo infantil que corre el peligro de fijarse neuróticamente (como otra versión del peterpanismo, del rechazo a crecer) en vez de cumplir su función orgánica de combustible para la búsqueda, sea de la identidad masculina, o directamente de sí mismo. Los modelos, como los espejos, sirven de referentes, de indicadores, de guías... pero la indagación de sí, la conciencia de uno mismo, es una travesía en buena medida solitaria.

Como en los clásicos relatos del «Viaje del Héroe», el camino empieza por

abandonar la casa del padre, la seguridad doméstica, el calor materno y todas las contradicciones familiares cuyo conflicto (dolor, rabia, necesidad) serán el acicate para salir y buscar afuera. Por más ayudas que uno encuentre en ese viaje, siempre hay un momento definitivo de soledad, abandono, pérdida e incluso muerte (simbólica) donde cristaliza la conciencia genuina de sí, ya sea en forma de autorrevelación, de comprensión del sentido o de experiencia profunda del ser.

En su versión menos épica y más actualizada todo hijo ha de hacer esta travesía, desde la adolescencia a la madurez, cuestionando la mediocridad paterna, peleando con su exceso o su déficit, buscando otros referentes, aprovechando lo nutritivo y rechazando lo tóxico de entre todo lo recibido... en el largo período de tiempo que conlleva hacerse adulto.

En este texto he tratado de ilustrar literariamente los avatares de este proceso, sus idas y venidas, sus posibilidades y sus limitaciones, sin la pretensión de una solución definitiva, sino más bien como una caída de presuposiciones, ideales y mitos a los que tan aficionado es el joven (idealista o desesperado) y que operan igualmente en el padre en forma de exigencias y de frustraciones.

El *Ulises* de Homero «acaba bien» porque hay encuentro entre las aspiraciones del joven y del adulto, y sobre todo hay restauración del vínculo amoroso que es la condición básica de todo lo demás.

No así en la versión del siglo xx, el *Ulises* de James Joyce. Dice Rollo May, uno de los padres de la psicología existencial de los años cincuenta, que la versión homérica corresponde a un mundo estable donde el padre regresa dándole sentido a la espera, al anhelo del hijo. Mientras que la moderna versión de Joyce desmonta el mito de la búsqueda del padre. El joven hijo Stephen Dedalus deambulando por Dublín descubre la dura y cruda verdad: que no hay vuelta a casa, que solo queda la soledad y la orfandad como signo de nuestro tiempo. La creencia en un padre que nos ama (u otra figura sustituta: un jefe, un guía):

genera la ilusión del abrigo, del amparo de la seguridad, de la misma inmunidad ante la muerte propia. Su pérdida o su derrumbe implican aceptar la soledad, e incluso la soledad ante la propia muerte, así como hacerse cargo de anhelos hasta entonces depositados en la figura idealizada.

Arnoldo Liberman

Un acontecimiento definitivo es el fallecimiento del padre. Su falta física, más allá de las ausencias o abandonos afectivos sufridos en vida, cataliza una transformación profunda y peculiar que la palabra «orfandad» no expresa en su

totalidad. Porque es un duelo, un quedarse al descubierto, un miedo y una liberación, también un gozo interno al incorporar al padre como un talismán, más allá de la persona física, que residirá a partir de ahora en la memoria del hijo.

Así que es una «bendita orfandad» a la que cabe honrar como una bienvenida a la madurez: la conciencia de la existencia ya no volverá a ser la misma, estamos internamente en «otro lugar».

Con suerte habrá habido otras experiencias anteriores que nos preparen para esta vivencia: rupturas, despedidas, guerras que firman la paz, etc., con el propio padre y con otras figuras significativas, pero la muerte cambia las reglas del juego e impone otra cualidad de presencia en la vida.

Lo mismo ocurre con la paternidad: los varones que han tenido hijos narran la experiencia, dentro de lo inefable, como un antes y un después existencial. Volvemos al eje del tiempo: en un cabo el pasado, en el otro el futuro; al ser golpeado por uno o por ambos, cada padre ha de recomponer la conciencia y el sentido de la vida en el aquí y ahora.

Entre estos dos extremos (la muerte del padre/la madurez del hijo) hemos estado viajando a lo largo de estas líneas, deambulando por el anhelo, la idealización, la desilusión, el resentimiento, la pérdida y el encuentro.

Un proceso de madurez que los varones atrevesamos con más o menos conciencia y compromiso (según seamos más o menos buscadores), entre dos enigmas biográficos: el pasado (como hijos) y el futuro (como padres).

Pero ¿qué pasa con los varones sin hijos?

Porque muchos hombres no son ni serán padres, por decisión o por imposibilidad, rompiendo esa cadena que parece ser la condición natural de la vida, al menos del concepto patriarcal de la vida, donde tanta importancia tiene la continuidad del linaje, del apellido, del patrimonio, etc.

En terapia hoy día muchos hombres manifiestan su voluntad de negarse a la paternidad, a veces por razones de rebeldía hacia lo que se espera social y familiarmente del varón, a veces por resentimiento hacia la figura sufrida de un padre violento o ausente, a veces por inmadurez, en el sentido de resistirse a crecer y hacerse mayor. Aunque menos frecuente, también he conocido a varones incapaces de entregarse a una mujer para no quedar atrapados en el fruto de esa unión, de igual manera que muchos hombres con baja opinión de sí se consideran incapaces de esa tarea y sin las habilidades o la generosidad que supone tal empresa. En terapia estos temores o conflictos suelen ser atendidos y entendidos de forma que se vayan disolviendo o se acepten y den lugar a

cambios.

En cualquier caso, la cultura pesa sobre los hombres y las mujeres. Los gobiernos alientan el crecimiento poblacional para no empobrecerse, amenazando a sus ciudadanos con ser engullidos por la inmigración, o envejecer sin renovación generacional que mantenga los logros sociales ganados a lo largo del tiempo. Esta presión sobre los adultos en general y sobre el hombre en particular, culpabiliza al varón que no puede tener hijos. Afortunadamente, existen otras alternativas, como la adopción o el aprovechamiento de los avances científicos en materia de fecundación. Si no funciona ninguna de estas posibilidades o no están en su mano, ha de aprender ese límite y la frustración consecuente.

La pregunta pertinente ahora es si un hombre puede o no realizarse como ser humano completo sin la vivencia de la paternidad. Traigo a colación como anécdota la respuesta de un colega mexicano, Guillermo Borja, cuando alguien se quejaba de esta falta: «le recuerdo, querido», solía decir, «que el problema de la humanidad es precisamente la sobrepoblación, así que felicítese por no empeorarlo». Esta salida cómica y un tanto cínica tiene a la vez la sabiduría de enseñar los límites, aceptar la naturaleza y frustrar la voluntad egoica.

Dice Enrique Vila-Matas<sup>[105]</sup> que las personas que no desean descendencia suelen ser seres a los que su propia naturaleza aleja de la sociedad. Los «hijos sin hijos», según él, parecen no necesitar ninguna ayuda: si quieren seguir siendo de verdad, solo pueden alimentarse de sí mismos. Personas que se han inventado una especie de indiferencia distante que les permite no estar ligados a la realidad más que por un hilo invisible. Y pone de ejemplo a Kafka, el mayor «hijo sin hijos» de la historia de la literatura, el soltero que vivió toda su vida en casa del padre.

Tampoco es mala ilustración de esta actitud la biografía de Kierkegaard, como ya vimos al comienzo de este texto. Hay algo muy certero en esta mirada en profundidad al varón sin hijos, una especie de retrato de la desconexión del ciclo de la vida y de sus dependencias, por eso, paralelamente, suele haber una conciencia más acentuada de la muerte.

Yo he escuchado a muchos varones proyectar en el futuro una fantasía de desvalimiento que se acentúa con la ausencia de hijos, como si estuvieran más expuestos a la muerte que aquellos que tienen la protección de la familia. Cabe entender esta percepción mágica como una metáfora de que realmente la única manera de sobrevivir al límite temporal de la existencia es proyectarse en los hijos como extensión de la vida de los padres. Se ha repetido hasta la

extenuación que la muerte de los padres deja al hijo solo frente al futuro. Yo creo más bien que, en lugar de un descubierto ante la muerte, lo que se instala en el hijo es una pérdida de la perspectiva histórica sobre sí. Los padres han sido los únicos testigos de nuestra existencia entera, desde el momento de la concepción y nacimiento hasta todos y cada uno de los siguientes ciclos de crecimiento y desarrollo. Ellos «saben» de nuestra vida, por eso su pérdida deja en el hijo el mismo desconcierto que podrían sentir los personajes de una novela al fallecer el autor que los conoce y sigue sus peripecias.

A partir de ahora el hijo será el único albacea de su propia biografía, la memoria de su pasado y el cronista del sentido de su vida (si es que le interesa descifrar dicho sentido).

Paralelamente, la ausencia de hijos también abre la puerta de la conciencia de la finitud. Javier Gomá<sup>[106]</sup> habla del espanto que produce percatarse de que somos huérfanos (los padres antes o después mueren) condenados a producir huérfanos (también nosotros desaparecemos y dejaremos hijos sin padre). Creo que esta vivencia subyace en algunos varones que manifiestan una abierta rebeldía hacia la paternidad: no querer dejar huérfanos detrás de sí, no infringir el mismo dolor sufrido, restañar el resentimiento por la ausencia y tomar una posición de revancha contra el desorden de la naturaleza. Se pierde, en cualquier caso, el sentido de la continuidad y la permanencia frente a la muerte. Quien tiene sucesores no muere del todo, porque su existencia se alarga y prolonga en ellos. ¿Es universal este anhelo de trascendencia? Seguramente. Pero la perpetuación del linaje no es la única respuesta a este anhelo.

Tendríamos que hablar de «la obra», en el sentido más amplio de la palabra, como otra respuesta a esta búsqueda de continuidad y permanencia. Puede tratarse de una obra material; son los productos de la actividad de ese varón, que quedan en el mundo como una especie de hijos: libros, edificios, arte, empresas... cualquier obra producida sobrevive a su autor y lo mantiene vivo de una u otra manera. Llevado a un ámbito más cotidiano, toda actividad tangible, que se plasme en resultados, que sean fruto de la atención y la dedicación de cualquier varón adulto, es una forma de paternidad, siempre que la entendamos como acto, como producto, como expresión de su fecundación. Quiero con esto rebajar la mitología de la obra artística como el resultado por excelencia del varón creador. Se puede ser «padre» de empresas y proyectos muy sencillos y gratificantes. Pero esta vía de la paternidad plasmada en lo material adolece del componente emocional que se da sin embargo en la relación humana íntima.

Por eso podemos hablar de otra paternidad que ocurre en el dominio de lo

inmaterial. Son aquellas obras que fructifican en el corazón o en la mente de las personas. Igual que hablamos del mentor como un padre espiritual (espero que esta palabra no provoque rechazo, porque no lo utilizo en sentido religioso), también hay hijos espirituales, que es lo que en todas las tradiciones se llaman discípulos. La relación maestro-discípulo es una de las expresiones más nobles del vínculo paterno-filial, y desde luego una de las vías más satisfactorias y estimulantes para varones en general y para quienes no han sido padres, en particular, ya que pueden volcar en esta relación todo el aspecto educativo y orientador de la función padre.

Por lo que a mí respecta, mi caso es el de hijo sin hijos, es decir, que no me ha correspondido en la vida la oportunidad de ser padre biológicamente hablando, pero sin embargo me ha tocado ejercer de maestro, y lo siento como un privilegio: mis ansias de paternidad (que nunca pude calibrar con exactitud, puesto que no fue el interés central de mi vida) se han visto satisfechas con creces. He dedicado lo mejor de mí a formar terapeutas gestaltistas que están desarrollando su tarea en los más amplios ámbitos: psicoterapia clínica, educación, trabajo social, mediación y asesoramiento, disciplinas artísticas, etc. Nunca pude imaginar tantos y tan diferentes «hijos», con distintos grados de intimidad y de afecto, pero en última instancia resultado de una relación de intercambio entre mi vocación docente y la disposición y la receptividad de quienes tienen ganas y necesidad de aprender.

A la hora de cerrar este texto, cruzando lo vivido con lo estudiado, leído y reflexionado, observo que el camino ha seguido tres direcciones: la de la memoria personal, siempre selectiva, con sus introyectos, valores y símbolos; la de aquellos autores donde me vi reflejado; y la de mi experiencia en paternar terapéuticamente solo me queda recordar a mi padre como inspirador de este recorrido. Cuando empecé creía que el motor era la herida, aunque a veces se disfrazara de revancha o reclamo, como exige la madre de *Pedro Páramo*:

El olvido en que nos tuvo, mi hijo, cóbraselo caro.

Juan Rulfo

Ahora siento que no hay deudas. Las más sangrantes se fueron cauterizando con la terapia y las más violentas cumplieron su función de rebelarme contra él. Nunca he sentido odio por mi padre, más allá de la rabia asesina de la adolescencia. Lo más insoportable del autoritarismo patriarcal lo proyecté en dos profesores y en todas las autoridades franquistas de mi juventud (y aún me dura con los políticos actuales). Pero mi padre era más tozudo que autoritario, fue

más tierno de lo que su educación y su época permitían, y tuvo hacia mí un respeto admirativo que me resultó a ratos paralizador pero muy reconfortante. No fue un enemigo a derrotar excepto ideológicamente, e incluso ahí presentó muy poca batalla. En realidad, mi anhelo particular (además de lo que tenga en común con los demás varones) ha sido el de un padre más consistente, alguien a quien pudiera admirar (profesional, social e individualmente). Pero el deseo de una relación que no se dio tiene algo de fantasía y de idealización: ¿qué otro padre hubiera tenido que ser, según qué modelo?

Lo único que tengo claro es que no me gustaba su mediocridad, su espíritu acomodaticio y su sumisión a la potencia de mi madre, cosas que ahora puedo entender y perdonar además de rechazar.

Pese al esfuerzo voluntarioso de no ser como él, fue conmocionador descubrir mi identificación inconsciente, puesto que he desarrollado un carácter similar al suyo. Eso me ayudó a entender bastante de la dificultad entre nosotros, por el pudor y el disgusto de vernos reflejados en tantos aspectos comunes rechazados. Y también esa ha sido la base de una complicidad sutil que siempre mantuvimos y que no era, como yo creía, de género (los hombres de la casa rodeados de mujeres) sino de personalidad.

Hace ya muchos años que murió, y nunca he soñado con él o recordado el sueño, caso de haberlo tenido. Pero lo llevo tan profundamente dentro que creo que nunca en vida «hablé» (o pensé) tanto con él. Con ningún otro ser querido muerto me pasa algo similar. Así que este libro es un homenaje a su figura y a la de todos los padres, con la esperanza de que quienes lo lean encuentren aliento y compañía para su propia indagación.

---

[105] Vila-Matas, E., *Hijos sin hijos*. Anagrama. Barcelona, 1993.

[106] Gomá Lanzón, J., «Inconsolable», en *La imagen de tu vida*. Galaxia Gutenberg. Barcelona, 2017.

# Bibliografía comentada sobre el padre

## Ensayo

### **Samuel Osherson, *Al encuentro del padre***

Cuatro Vientos- Chile 1993

Revisa la importancia de la relación con el padre en la propia existencia de los hombres, en sus problemas emocionales y en lo inconcluso de la masculinidad, que el autor relaciona con la incapacidad de los hombres para mostrar el «padre-herido» dentro de ellos. Rescata igualmente la figura del mentor como figura sustituta.

### **Maria Charles, *En el nombre del hijo***

Anagrama- Barcelona 1990

La autora entrevista a lo más florido de la intelectualidad española sobre la relación con sus respectivos progenitores. Confesiones y reflexiones de F. Savater, F. de Azúa, E. Trías, E. Mendoza, J. Echeverría, J. Fernández de Castro, N. Comadira, V. Molina Foix y V. Gómez Pin.

### **Keith Thomson, *Ser hombre***

Kairós- Barcelona 2005

En la estela del título anterior, el compilador recoge textos de diversos autores (Bly, Jung, Miller, Campbell, Hemingway, Yeats, Hillman, Hesse, Kafka, Rumí, Neruda, Dalí, Gurdjieff y otros) para ilustrar su hipótesis de que «la masculinidad no existe, solo hay masculinidades», es decir, muchas maneras de ser hombre.

### **Pepa Roma, *Ser hombre***

Temas de Hoy- Madrid 2001

Con el mismo título y en la misma órbita, la editora encarga a diversos escritores españoles escribir sobre la masculinidad y la paternidad. Aparecen textos de G. Martín Garzo, V. Molina-Foix, V. Verdú, C. Herrera, M. Leguineche, J. Leguina, F. Sánchez Dragó, L. Carandel, J. A. Marina y E. Mendicutti.

### **Arnoldo Liberman, *La nostalgia del padre***

Temas de Hoy. Ensayo-Madrid 1994

El subtítulo, «Un ensayo sobre el derrumbe de la certeza paterna», alude a su indagación sobre «la muerte del padre», tema psicoanalítico clásico, a través de los progenitores de cinco gigantes de la cultura europea: Mozart, Kafka, Kierkegaard, Nietzsche y Freud. Mezcla de ensayo y biografía, original y apasionante.

## **Jacques Lacan, *De los nombres del padre***

Paídos- Buenos Aires 2005

Transcripción de la primera y única lección del Seminario de los «Nombres del padre», interrumpida en circunstancias dramáticas (su inhabilitación para el puesto de «didacta» en la formación de psicoanalistas). Lacan siempre se negó a retomar el tema, incluso a la publicación de esta primera lección, si bien la discusión de los límites del complejo de Edipo y del mito paterno seguirán apareciendo en otros escritos, rebajados a la categoría de síntoma y utensilio.

## **Tim Laurence, *El proceso Hoffman***

La Llave- Barcelona 2008

Descripción del método creado por Bob Hoffman en los años setenta, que Claudio Naranjo trajo a España bajo el nombre de «Cuadrinidad» o «trabajo sobre las relaciones parentales». Método terapéutico centrado en la cauterización del dolor infantil hacia las figuras parentales así como su integración emocional y espiritual.

## **Henri Nouwen, *El regreso del hijo pródigo***

PPC Editorial y Distribuidora- Madrid 1998

Se trata de una meditación ante una de las últimas obras de Rembrandt, pintura centrada en la parábola evangélica del hijo pródigo. Reflexionando sobre los tres protagonistas: el hijo menor, el hijo mayor y el padre, el autor alude al misterio de la paternidad y la filiación que Rembrandt inspira con sus pinceles.

## **Andrew Solomon, *Lejos del árbol***

Debate- Barcelona 2014

Monumental estudio (más de mil páginas) sobre cientos de familias que conviven con hijos «diferentes» (esquizofrénicos, síndrome de Down, niños prodigio, transexuales, etc.) y las relaciones que se establecen entre padres e hijos. Testimonio hermoso sobre la diferencia y lo que une a todos los que se sienten imperfectos y extraños.

## **Massimo Recalcati, *El complejo de Telémaco***

Anagrama- Barcelona 2014

Al complejo de Edipo, donde el padre es el rival a batir, Recalcati opone la figura de Telémaco, el hijo de Ulises, como metáfora de los tiempos presentes, donde el hijo espera la vuelta del padre con la esperanza de que ponga orden y justicia en un mundo corrupto y caótico. No es la nostalgia de un padre soberano, amo y señor, sino la de un padre testigo, humano y vulnerable, incapaz de demostrar el sentido último de la vida pero sí de mostrar, a través de su testimonio, que la vida puede tener sentido.

## **Massimo Recalcati, *La hora de clase***

Anagrama- Barcelona 2016

Proclama a favor de una educación humanista donde el maestro no es aquel que ostenta la verdad, sino el que desea contagiar esta erótica del conocimiento: este deseo de saber es rescatar el amor por una carencia que nos atrae y desencadena la búsqueda.

## **Massimo Recalcati, *¿Qué queda del padre?***

Xoroi Edicions- Barcelona 2016

Los movimientos contra la versión autoritaria del padre y sus metáforas pueden esconder un peligro: emanciparse del padre no significa rechazar su existencia sino aprender a servirse de él. El rechazo al padre en cuanto tal nos encadena a él para siempre, porque el odio no libera sino que ata a perpetuidad. Esta obra es un alegato contra el mito moderno de la autogeneración de sí mismo, del hijo que pretende hacerse el amo del fuego (como Prometeo) al declararse sin padres.

## **Blas Matamoro, *Novela familiar***

Páginas de Espuma- Madrid 2010

Según su autor, este libro empezó titulándose «El escritor y su padre», ampliándose luego a toda la familia, a la sociedad y la historia. Escrito en forma de fichas de decenas de autores de todos los tiempos, con aquello esencial de sus biografías que ayudan a entender la obra y la persona.

## **Blas Matamoro, *Puesto fronterizo***

Síntesis- Madrid 2003

Que puede ser un antecedente del anterior. Recorre las vidas de Rilke, Lou Andrea Salomé, Thomas Mann y familia, Proust, Baroja, Sarmiento, Chateaubriand, Goethe y Freud.

## **Biografía**

### **Franz Kafka, *Carta al padre/ Padres e hijos***

Anagrama. Compactos- Barcelona 1992

Se recogen en esta edición todos los escritos de Kafka que se refieren al ámbito familiar («La condena», «Once hijos», «Regreso al hogar», «El matrimonio»...) y en particular la terrible *Carta al padre*, texto definitivo contra el poder omnipotente y la severa ley del padre como autoridad absoluta patriarcal.

### **J. R. Ackerley, *Mi padre y yo***

Anagrama. Compactos- Barcelona 2005

El escritor británico, más conocido como crítico literario en la prensa de los años cincuenta, describe descarnadamente en estas memorias póstumas la doble vida de su padre (adúltero con dos familias que no llegaron a conocerse), así como la búsqueda infructuosa de un «amigo» donde volcar sus carencias emocionales y sexuales, con un nivel de transparencia poco frecuente en su medio.

### **Edmund Gosse, *Padre e hijo***

Belvedere- Madrid 2009

Esta autobiografía, publicada anónimamente en 1907, fue un revulsivo para la sociedad inglesa victoriana. El padre, Philip Henry, biólogo contemporáneo de Darwin, aunque no compartió sus tesis evolucionistas, dirigió una estricta secta religiosa puritana en la que educó a su hijo, volcando en él sus expectativas de santidad ideal e inalcanzable hasta que Edmund se rebeló, y esta obra es el retrato del

desgarro y la afirmación del hijo frente a los introyectos parentales.

### **Paul Auster, *La invención de la soledad***

Anagrama. Compactos- Barcelona 1994

Se puede rastrear en distintos textos de Auster una referencia a la figura del padre entreverada con reflexiones acerca del autor, del creador y de su obra. En estas memorias investiga y ajusta cuentas con su padre en dos partes: una indagación sobre la protohistoria de su padre («Retrato de un hombre invisible») y una reflexión sobre sí como hijo, como padre y como escritor («El libro de la Memoria»).

### **Philip Roth, *Patrimonio***

De Bolsillo- Barcelona 2007

El gran novelista americano crea aquí su mejor personaje: su padre. El subtítulo («Una historia verdadera») advierte sobre el nivel de honestidad con que Roth encara la enfermedad y muerte de su padre, así como la vulnerabilidad del amor. Un canto al legado recibido como patrimonio paterno: la tenacidad del superviviente y el compromiso con la vida.

### **Hector Abad Faciolince, *El olvido que seremos***

Seix Barral- Barcelona 2007

El autor tardó veinte años en poder acercarse a la figura de su padre para honrarle y cerrar el duelo de su trágico asesinato. De la ternura y el amor incondicional durante la infancia hasta la admiración y el peso de un padre activista de los derechos humanos en la Colombia de los años ochenta. Un testimonio de amor y sinceridad conmovedores, que tuvo una continuación de menor calibre (*Traiciones de la Memoria*).

### **Marcos Giral Torrente, *Tiempo de vida***

Anagrama- Barcelona 2010

Sorprende semejante acto de transparencia en las letras españolas (mucho menos frecuente que en las anglosajonas), mezcla de indagación personal, ajuste de cuentas y doloroso proceso de comprensión y perdón. A lo largo de la enfermedad y muerte del padre (el pintor Marcos Giral), su hijo reconstruye el vínculo tempranamente perdido por el divorcio de sus progenitores, en una especie de proceso terapéutico que ilustra ese ciclo de madurez que convierte al hijo en el padre de su padre.

### **Peter Weiss, *Adiós a los padres- Punto de fuga***

Lumen- Barcelona 1970

El dramaturgo berlinés exiliado en Estocolmo reúne aquí dos libros de memorias complementarios: el primero centrado más en la infancia y posterior descubrimiento de la sexualidad y el segundo más en la madurez (artística, emocional), donde podemos asistir a una dura revisión de la influencia paterna, de la rabia del hijo y de su aceptación final.

### **Thomas Mann, *Desorden y dolor precoz***

**Klaus Mann, *Novela de niños***

Alba- Barcelona 2000

La edición conjunta de estos dos relatos breves, uno del padre y otro del hijo, enfrenta en el terreno artístico lo que fue una descomunal lucha emocional. El padre, Thomas Mann, Premio Nobel y orgullo de

las letras alemanas, retrató en esta obra a su propia familia, siendo especialmente descalificador con el hijo mayor, Klaus, al que disfrazó de personaje bobo y detestable. El hijo, dramaturgo y escritor precoz que ya había triunfado antes de los veinte años, le contestó con su propia versión. Los conflictos paterno-filiales de esta familia pueden rastrearse en las obras de todos ellos: Klaus; la hija mayor, Erika, artista y activista contra el nazismo; el tercer hijo, Golo, autor de unas hermosas memorias (*Una juventud alemana*), que escribieron «contra» el peso y el prestigio del gran padre y tuvieron vidas intensas y trágicas (Klaus y Michael, el hijo menor, se suicidaron, por ejemplo).

### **Anaïs Nin, *Incesto***

Siruela- Madrid 1998

Hago una excepción con estas memorias de «hija», ya que en las anteriores predominan la versión del hijo varón (que ha sido el tema de reflexión de este texto), por la franqueza y libertad con que se enfoca uno de los tabúes básicos de nuestra cultura: el incesto.

Anaïs Nin, escritora y musa del mismo rango que lo fueron Lou Andrea Salomé o Alma Mahler en otras épocas, fue abandonada por su padre, el famoso pianista español Joaquín Nin, al divorciarse de su madre, siendo Anaïs muy niña. Su carrera de escritora va asociada a unos cuantos genios de los que además fue amante: Henry Miller, Antonin Artaud, y también su psicoanalista Otto Rank, y René Allendy (nombrado por Freud como representante del psicoanálisis en Francia), hasta reencontrarse con su padre, quien cree culminar su carrera de don Juan seduciendo a su hija, sin saber que más bien es ella quien necesita de este trofeo para vengarse de su abandono infantil.

### **Martin Amis, *Experiencia***

Anagrama- Barcelona 2001

Cuando se publicaron estas memorias, las reseñas coincidieron en definir las como un ajuste de cuentas del hijo, Martin, con su padre, el prestigioso escritor británico Kingsley Amis. Yo no he visto esa supuesta rivalidad dentro del mismo oficio, sino un respeto, veneración casi solemne y complicidad entre el joven novelista y el padre ya instalado en el olimpo de la literatura. Rescato esta escena: «Cuando era niño a veces oía a mi padre en mitad de la noche jadeando horrorizado. Mi madre lo traía a mi cuarto y encendía la luz. Me pedían que les contara cosas de la jornada del colegio, de mis juegos. Mi padre escuchaba débil pero amorosamente. A la mañana siguiente le preguntaba a mi madre el porqué de todo aquello. —Le calma, porque sabe que no puede estar asustado delante de ti. —¿Asustado de qué?, decía yo. —Sueña que abandona su cuerpo. Aquello me hacía sentirme importante: curaba a un hombre adulto: a mi propio padre».

### **Elisabeth Roudinesco, *Freud en su tiempo y en el nuestro***

Debate- Barcelona 2015

Freud es sin duda el padre de la psicoterapia occidental. Sus biografías son muchas y diversas, desde la primera (en vida de Freud) de su discípulo Fritz Wittels (1924), hasta el monumento en tres volúmenes de su albacea Ernest Jones, que tuvo acceso a los archivos de Anna Freud (1953-1957), pasando por la de Peter Gay de 1988 y la de Michel Onfray de 2011, *El crepúsculo de un ídolo: la fabulación freudiana*, en tono crítico y casi panfletario. Por contraste, la visión de Roudinesco intenta ser ecuánime y documentada en los últimos archivos y correspondencias abiertos recientemente, revisando su vida familiar, su labor intelectual, los discípulos y pacientes (aporta un apéndice con las 130 personas que Freud trató en su vida, incluyendo aquellos a los que, como Gustav Mahler, solo vio una vez: cuatro horas exactamente), las guerras, el exilio, su cáncer y su muerte. Obra que aspira a ser definitiva, es, en cualquier caso, amena y apasionante por momentos, empática con la personalidad de este genio, y a la vez crítica con sus errores y contradicciones.

## **R. J. Hollingdale, *Nietzsche, el hombre y su filosofía***

Tecnos- Madrid 2016

Se ha traducido esta biografía de Friedrich Nietzsche, que se consideró definitiva en el momento de su aparición (1965) y que apenas ha sido actualizada. Mantiene en cualquier caso su rigor, así como su estilo casi periodístico que la hacen accesible y entretenida para todo público, además de los filósofos. Un clásico.

## **Renato Cisneros, *La distancia que nos separa***

Planeta- Barcelona 2016

El padre del autor, Luis Federico Cisneros, militar y político peruano, fue «descubierto» después de muerto por el hijo al enterarse de las mentiras familiares: las bodas de sus padres son falsas y la carrera del progenitor es un historial de torturas y colaboraciones con la Junta Militar argentina de Videla. Giralt Torrente pregunta en la reseña del libro de Cisneros cómo vivir con esta herencia, cómo manejarse con la vergüenza, el estigma y la melancolía de asumir que el padre recordado tiernamente era también un torturador.

## **Paolo d'Iorio, *El viaje de Nietzsche a Sorrento***

Gedisa- Barcelona 2016

Delicioso relato de un momento puntual de Nietzsche en otoño de 1876: su primer viaje al extranjero, al sur de Italia. A sus treinta y dos años está cayendo de su idealización hacia Wagner, en medio de grandes sufrimientos de salud, solo aliviados por el estímulo intelectual y la amistad de sus acompañantes (Paul Rée, Albert Brenner). El deslumbramiento del Mediterráneo tendrá un efecto transformador en él y le abrirá a la madurez de su filosofía.

## **Hisham Matar, *El regreso***

Salamandra- Barcelona 2017

Memorias del hijo a la búsqueda del padre (militar, opositor al régimen de Gadafi) secuestrado y desaparecido en la cárcel: cuando el hijo regresa a Libia en 2011, tendrá que aceptar su muerte aunque no exista cadáver. «A diferencia de Telémaco, después de veinticinco años continuó soportando la muerte desconocida y el silencio de mi padre. Envidio el carácter definitivo de los funerales. Anhele la certeza, colocar los huesos, poder tocar el trozo de tierra y rezar una oración».

## **Ficción**

### **Varios autores, *Cuentos de hijos y padres***

Páginas de Espuma- Madrid 2001

Antología de relatos breves que tienen en común la relación entre padres (ambos) e hijos, a manos de las mejores plumas hispanas: Borges, Rulfo, Umbral, Vila-Matas, Martín Gaité, García Márquez y Roa Bastos, entre otros muchos. Resultados desiguales.

### **Ignacio Martínez de Pisón, *Carreteras secundarias***

## **Anagrama. Compactos- Barcelona 2008**

Esta novela, también llevada al cine como una *road-movie*, describe la deriva de un padre inmaduro y chanchullero con su hijo adolescente. Historia de huidas, mentiras y mezquindades contada con enorme ternura y humor.

## **Yoko Ogawa, *La fórmula preferida del profesor***

Funambulista- Madrid 2008

Hermosa ilustración del padre tutor. Un viejo y huraño profesor de matemáticas se irá encariñando con el hijo de su asistente, niño de diez años huérfano de padre. Transmisión del saber, no solo el matemático, sino también el del corazón.

## **Edward St. Aubyn, *El padre***

Mondadori- Barcelona 2013

Se trata de una trilogía donde se reúnen las tres novelas breves cuyo protagonista es Patrick Melrose, hijo que cuenta el brutal comportamiento del padre durante su infancia, la juventud ahogada en adicciones y la recuperación en la madurez. Existe la trilogía dedicada a la madre. Poderoso texto, de vitriólico humor y denuncia de la hipocresía de la clase alta inglesa.

## **Hanif Kureishi, *Mi oído en su corazón***

Anagrama- Barcelona 2005

Mezcla de ensayos, memoria y biografía. El autor indaga en la juventud de su padre y de su tío (modelo inalcanzable) a la búsqueda de sí como escritor y persona. Novela familiar de las relaciones entre padres e hijos a lo largo de tres generaciones.

## **Joseph Roth, *Zipper y su padre***

Acantilado- Barcelona 2011

Novela corta sobre la ausencia paterna y la transferencia en otra figura, que comienza así: «Yo no tenía padre. Es decir, nunca conocí a mi padre. En cambio mi amigo Zipper sí lo tenía. Aquello le otorgaba un prestigio especial...».

Son los albores del siglo xx en una Viena convulsa que anuncia las guerras venideras y la desilusión de dos generaciones.

## **Karl Ove Knausgard, *La muerte del padre***

Anagrama- Barcelona 2012

Obra de indagación en el pasado, la infancia con un padre distante, cuya muerte prematura suscita sentimientos contradictorios de alivio y de profundo dolor en el hijo. Desvelamiento de lo que habitualmente es privado y secreto.

## **J. M. Coetzee, *Verano***

Mondadori- Barcelona 2010

Memorias noveladas del autor sudafricano, continuación de su *Infancia y Juventud*. El Premio Nobel de 2003 recurre a una argucia argumental: un hipotético biógrafo investiga una época de la vida de Coetzee, en torno a los treinta años, que vivió con su padre en Ciudad del Cabo. La figura de este padre contable,

secreto y mediocre transmite un frío emocional envuelto en humor y brillantez literaria.

### **J. M. G. Le Clézio, *El africano***

Adriana Hidalgo Editora- Buenos Aires 2008

La búsqueda de la figura paterna queda así de explícita en esta novela del Premio Nobel 2008: «Durante mucho tiempo imaginé que mi madre era negra. Me había inventado un pasado para huir de la realidad (la vuelta de África a Francia, donde no conocía a nadie) y me había convertido en un extranjero. Más tarde descubrí, cuando mi padre al jubilarse volvió con nosotros a Francia, que el africano era él. Fue difícil admitirlo. Debí retroceder, recomenzar, tratar de conocer. En recuerdo de todo eso he escrito *El africano*».

### **Patrick Modiano, *Trilogía de la ocupación***

Anagrama- Barcelona 2012

Toda la obra de otro Premio Nobel, Patrick Modiano, está traspasada por la búsqueda ambivalente del padre, judío perseguido en plena ocupación nazi de Francia, obligado a huidas, cambios de nombre y fidelidades, abandonos del hijo en otras manos más seguras y a la vez descompromisos y traiciones. Travesía por el dolor, el rencor y la comprensión de las buenas intenciones que no mitigan el desarraigo. Esta trilogía es buena muestra, a la vez que otras obras recomendables al respecto: *Libro de familia* y *Pedigrí*, por ejemplo, todas en Anagrama.

### **Ivan S. Turguenev, *Padres e hijos***

Alba Clásica- Barcelona 2015

La editorial Alba es la responsable de rescatar y publicar este clásico de la literatura rusa que inauguró en su día la atención sobre la relación entre padres e hijos, de tan fructífero linaje posterior. Publicado en 1862, este texto canónico hoy y rompedor en su momento, trata el desencuentro generacional y la dificultad de los padres tradicionales para entender a sus hijos, jóvenes estudiantes iconoclastas, críticos con la sociedad semifeudal de la Rusia del siglo XIX y desclasados por la cultura y los nuevos tiempos prerrevolucionarios. Este contraste entre el corazón de los padres y la ideología de los hijos es uno de los más conmovedores procesos que se va desarrollando a lo largo de las páginas de este clásico.

### **Antonio Scurati, *El padre infiel***

Libros del Asteroide- Barcelona 2015

Una brillante, unas veces amarga, otras conmovedoramente tierna reflexión sobre el impacto de la paternidad en un varón a la búsqueda de sí: desde el enamoramiento hasta el desenamoramiento de la pareja tras el nacimiento de su hija, Scurati revisa el cambio de valores y de roles que nos trajo el cambio de siglo y retrata la educación sentimental de toda una generación. Un libro hermoso y lúcido.

### **I. R. Moehringer, *El bar de las grandes esperanzas***

Duomo Ediciones- Barcelona 2015

Conmovedor y divertido relato del niño sin padre que busca con hambre una figura sustitutiva. En parte, su tío materno ocupará esta función, pero es sobre todo un espacio, el bar donde el tío trabaja precisamente de camarero, el lugar donde se desarrolla este paternaje. El pub que reúne a los hombres adultos del pueblo, allí donde se expresa la masculinidad en su más íntima contradicción y libertad, se convertirá en el lugar de iniciación y protección del joven.

La novela narra este proceso de inclusión en el mundo de los varones: el chico ha de ganarse el reconocimiento, encontrar su sitio y aprender a descifrar los pequeños gestos, las bromas, las confianzas y

desencuentros de estos adultos que van a «educarlo», de la forma más heterodoxa, sobre lo que significa la hombría y la pertenencia.

### **Héctor Aguilar Camín, *Adiós a los padres***

Random House- Barcelona 2015

Novela con formato de «memorias-saga familiar». Retrata al padre mediocre, anulado por el abuelo patriarcal, que abandona sus deberes familiares en manos de una esposa-madre-coraje que criará al hijo en un entorno femenino de tías y amigas colaboradoras. Lo singular de esta novela es el reencuentro final del hijo, ya adulto y bien establecido, con el padre deteriorado y en situación precaria. Asistimos al acercamiento (a pesar del resentimiento), al proceso de comprensión y perdón y a la reinstauración de esta figura rechazada en el corazón del hijo que completa así su propia identidad. Relato de indagación personal, de búsqueda de quiénes fueron «ellos» para descubrir quién eres «tú» hasta las últimas consecuencias.

### **Michele Serra, *Los cansados***

Alfaguara- Barcelona 2014

Sátira autocrítica sobre la primera generación del mundo dual, analógico y digital, que rompe el eslabón de la comunicación entre padres e hijos. Es la era del post-padre, que ya no porta las tablas de la ley y que no hace falta matar, sino simplemente ignorar. En el tiempo de la comunicación y la información, son el silencio y la soledad los que parecen aumentar.

### **Alejandro de la Gandara, *El día de hoy***

Alfaguara- Santillana- Madrid 2008

Un padre fracasado en su matrimonio que se ha hecho cargo del hijo adolescente con un trastorno de déficit de atención (TDAH) y que se hace reflexiones como estas: «¿Cómo se puede ser padre y madre? Como si fuera fácil saber qué es padre y qué es madre. Padre: autoridad, desapego, normas, vida exterior. Madre: comprensión, ternura, apoyo, vida interior. ¿Cómo ser las dos cosas? ¿Quizá fines de semana padre, y de diario madre? Y si comete una tropelía, ¿le castigas y le comprendes, le pegas y le besas? ¿Y qué cara pone el hijo cuando te acercas, si no sabe quién viene, si el padre o la madre?»

### **Gustavo Martín Garzo, *No hay amor en la muerte***

Destino- Barcelona- 2017

Fabulación sobre la historia bíblica de Abraham e Isaac, indagando ese vínculo misterioso, extraño y desigual que mezcla autoridad y amor y que es la base de la relación entre todo padre y su hijo varón.

## Sobre el autor



### **FRANCISCO PEÑARRUBIA**

Psicólogo y psicoterapeuta, fue uno de los introductores de la Terapia Gestalt en España. Ha dirigido el centro psicoterapéutico CIPARH durante 30 años y la Escuela Madrileña de Terapia Gestalt durante 25.

Es discípulo y colaborador de Ignacio Martín Poyo y de Claudio Naranjo. Autor de *Terapia Gestalt. La vía del vacío fértil* (Alianza Editorial, 1998) y *Círculo y centro: El grupo gestáltico* (La Llave, 2014). Actualmente se dedica al entrenamiento de gestaltistas, al análisis y conducción de grupos y a la supervisión de profesionales (Gestalt Cervantes, Madrid) y a grupos experimentales de Creatividad (Sonora, Piedralaves).

Miembro de honor de la Sociedad Española de Psicoterapia y Técnicas de Grupo y de la Asociación Española de Terapia Gestalt.

## Títulos publicados por ARZALIA

### ***Viaje al corazón de España***

Fernando García de Cortázar

### ***El milagro del Prado***

*La polémica evacuación de sus obras maestras  
durante la guerra civil por el Gobierno de la República*

José Calvo Poyato

### ***El poder de tu nombre***

M.<sup>a</sup> Antonia Quesada

### ***El secreto de Wadi-as***

José María Espinar

### ***Cuentos clásicos feministas***

Ángela Vallvey

### ***Bajamar***

Alberto Vázquez-Figueroa

### ***Mi maratón contra el cáncer***

Jesús Martín Tapias

### ***La isla del último pirata***

Jesús Nieva Ozcoz

### ***La resurrección***

### ***De hombre a dios***

Javier Alonso López

### ***La relación hurtada***

### ***En busca del padre***

Francisco Peñarrubia

### ***La monja bastarda***

Marta Banús

### ***Sáhara español***

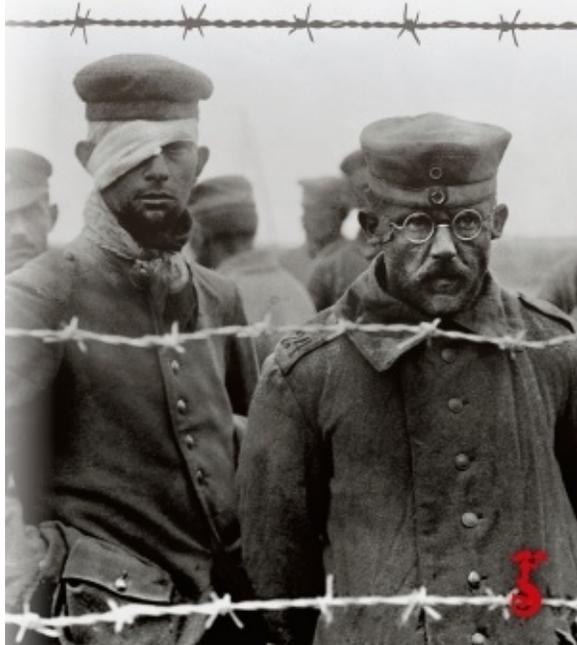
### ***El último reemplazo***

Xavier Gassió

<https://arzalia.com/catalogo/>

LORD MORAN  
**ANATOMÍA DEL VALOR**

EL ESTUDIO CLÁSICO DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL  
ACERCA DE LOS EFECTOS PSICOLÓGICOS DE LA GUERRA



# Anatomía del valor

Moran, Lord

9788417241308

296 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Publicado originalmente en 1945, Anatomía del valor es un relato radical sobre los efectos psicológicos de la guerra narrados a través de vívidas observaciones de primera mano, así como de jugosas anécdotas. Al exponer el "metabolismo íntimo" de su propia mente y recordar sus experiencias como oficial médico en las trincheras durante la Primera Guerra Mundial, Lord Moran explora la verdadera naturaleza del valor en el frente. En estas páginas la vida y la muerte no son conceptos filosóficos lejanos, sino que se sienten y se padecen como si estuviéramos hundidos en las trincheras. Lord Moran es considerado uno de los médicos de guerra más importantes de la historia y sus observaciones llenas de humanidad, sus análisis científicos y las soluciones que propuso estaban muy adelantadas a su época y constituyen una gran fuente de información sobre la Primera Guerra Mundial. Los temas abordados en este libro trascienden la historia militar para arrojar luz sobre el comportamiento humano en situaciones extremas y la manera de gestionar crisis colectivas.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

FERNANDO  
GARCÍA DE CORTÁZAR

*Viaje al corazón  
de España*



# Viaje al corazón de España

García de Cortázar, Fernando

9788417241216

912 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Fernando García de Cortázar, con un enorme bagaje como historiador y viajero por España, acomete aquí su obra más ambiciosa: un viaje sentimental al corazón de la nación a la que ha dedicado todas sus energías y su decidido compromiso intelectual, un viaje también contra el olvido en horas de desaliento colectivo. A lo largo de unas 900 páginas el autor recorre la geografía de España en busca de lo más bello que ha dado la naturaleza y de lo más original que ha desarrollado el hombre en su lento caminar por los siglos, en sus momentos de esplendor o desasosiego. Nunca antes un solo autor había acometido semejante tarea y la había culminado con tal éxito. Una obra excepcional, que pretende servir de guía para recorrer la geografía española con el acompañamiento de un notable escritor que, gracias a su sensibilidad literaria, nos hace gozar al mismo tiempo de rincones inéditos o bellezas ocultas y de encuentros inesperados en los caminos más trillados. Este libro se completa con numerosas ilustraciones, de característico estilo abocetado, que, al igual que el relato que vienen a completar, son una mezcla equilibrada de lugares ineludibles y rincones más desconocidos. También, abundando en la

parte gráfica de la obra, un experimentado cartógrafo e ilustrador ha elaborado un espectacular mapa de gran formato que recoge por medio de iconos cincuenta de las principales maravillas de España

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Javier Alonso López

## LAS CINCO CARAS DE DIOS

*Guía breve para comprender  
las principales religiones  
del mundo actual*



# Las cinco caras de Dios

Alonso López, Javier

9788417241322

408 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Por qué los judíos no comen cerdo? ¿En qué se diferencian las diversas confesiones cristianas? ¿Es verdad que el Corán insta a los fieles musulmanes a hacer la guerra santa? ¿Por qué se bañan en el río Ganges los hindúes? ¿Qué son las cuatro Nobles Verdades del budismo? A pesar de la secularización, así como múltiples prohibiciones, las religiones han sobrevivido con fuerza a la modernidad. Además, el contacto permanente con otros pueblos y colectivos suscita nuestra curiosidad ante las distintas formas de religiosidad. Javier Alonso nos ofrece una breve introducción para el gran público sobre las principales religiones que se profesan en la actualidad por parte de casi 6.000 millones de seres humanos: judaísmo, cristianismo, islam, hinduismo y budismo. De cada una de ellas nos explica brevemente su origen, los fundamentos de su credo, sus símbolos, ritos, textos, profetas, templos, jerarquías, lugares sagrados y fiestas destacadas. La obra se completa con una veintena de ilustraciones que representan visualmente algunos de los ritos y lugares tratados en el texto.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

JESÚS NIEVA OZCOZ

# ALAS DE MARIPOSA

LA NOVELA DE UN MAESTRO



# Alas de mariposa

Nieva, Jesús

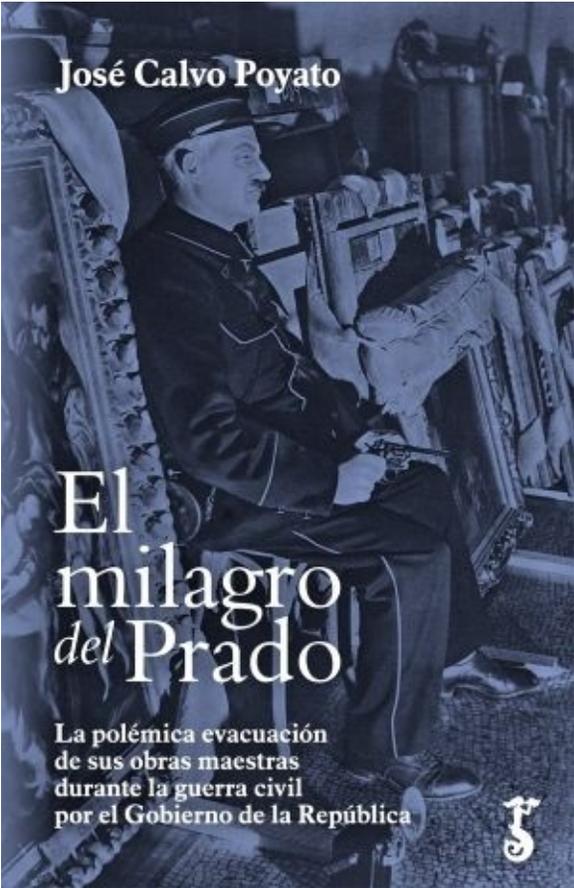
9788417241315

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un maestro de secundaria, llegado el momento de su jubilación, recuerda con nostalgia su trayectoria docente. Los inicios y las experiencias vividas con los alumnos en las aulas y con el grupo de teatro que él mismo funda desde el primer año de su llegada al centro. Los sucesos con distintos chicos y chicas le irán haciendo descubrir que educar es mucho más que impartir clase. La vida colegial, las vivencias personales que lo transforman, la propia evolución personal y profesional del maestro y, en definitiva, todo aquello que determina la vida de los adolescentes, constituye una guía para cada capítulo, que se inicia con un cuento para introducirnos en el maravilloso mundo de la educación. Los alumnos, los educadores y los padres se sienten interpelados en cada suceso y rememoran el pasado y el presente de sus propias experiencias, que son las de todos nosotros cuando pasamos por las aulas, en el día a día de nuestra formación, que nunca termina en realidad. Una novela llena de emociones y sentimientos, inspirada en hechos reales, y contada con el corazón y el alma de los protagonistas. Un homenaje al valor mágico de la educación.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



José Calvo Poyato

# El milagro *del* Prado

La polémica evacuación  
de sus obras maestras  
durante la guerra civil  
por el Gobierno de la República



# El milagro del Prado

Calvo Poyato, José

9788417241223

240 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El estallido de la guerra civil no solo trastornó radicalmente la vida y destino de todos los españoles, sino que provocó un auténtico terremoto en el patrimonio histórico y artístico del país. Además de detallar los destrozos provocados por las propias acciones bélicas, el autor recuerda los incendios y desmanes que, en zona republicana, sufrieron las instituciones religiosas y se detiene en la oscura historia del Vito y las piezas del Museo Arqueológico. Sin embargo, El milagro del Prado se centra en la mayor amenaza para el patrimonio artístico español durante la guerra: la supervivencia de los más importantes cuadros del Museo del Prado, sacados durante meses y sometidos a unos riesgos innecesarios que podrían haber tenido un final trágico. Con su característico estilo ágil y directo, Calvo Poyato nos sitúa en el Madrid de comienzos de la guerra y nos sumerge en las vicisitudes a que quedó expuesto el que quizá sea el mayor tesoro español: las insustituibles piezas maestras del Prado. Una epopeya internacional —digna de una novela de aventuras— llena de intereses inconfesables, decisiones más que discutibles y reencuentros inesperados.

[Cómpralo y empieza a leer](#)